

Rafael Ruiz López

El Burro del Tío Antón

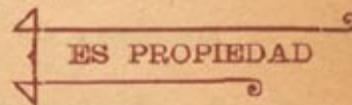
E LEJANDRIA

08.172

Ruiz López

El Burro del tío Antón

NOVELA ORIGINAL



BARCELONA

Casa Editorial de Lezcano y C.^ª

Provenza, número 199

1902

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL BURRO DEL TÍO ANTÓN

RAFAEL RUIZ LÓPEZ

PUBLICADO: 1902

FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE

EDICIÓN: LEZCANO Y C^a, BARCELONA, 1902

ÍNDICE

El burro del tío Antón

CAPÍTULO PRIMERO

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

UNA TRAGEDIA VULGAR

I

II

III
IV
V
VI
VII

A LA SEÑORITA

D.^a Consuelo de Luque

El mayor mérito de mi modesto libro, es, sin duda, el de llevar tu nombre al frente. Lo pongo para que al leerlo los adoradores de la Virtud, se descubran.

Rafael Ruiz López

CAPÍTULO PRIMERO

El tío Antón y su burro formaban una pareja, una yunta, si queréis, deliciosa. Yo tengo por indudable que habían nacido el uno para el otro.

El hombre había adquirido por sesenta reales aquel animal, cuando era rucio y saltaba y corría con la ligereza del gamo.

Perico—con tal nombre fué *bautizado*—aun era muy revoltoso y muy tierno cuando se vio sujeto á ganarse la vida «con el sudor de su frente.»

—*Quid non laborat non manducat*—se vio precisado á pensar el tío Antón, aunque no en latín.

Y con verdadera pena, porque el hombre sentía gran afecto hacia su burro, tomó una determinación seria: la de que el burro enganchado á la noria diese vueltas y sacase el agua necesaria para regar el pintoresco huertecito.

Él sentía inefable goce viendo á Perico correr, saltar y revolcarse libremente; pero se impuso á la necesidad imperiosa y cruel: las cosas no podían pasar así; el tío Antón tuvo que convertirse en tirano y arrebatár al rucio todos sus derechos: los que tienen los animales jóvenes de revolcarse al sol, hacer diabluras y comer.

Repito que el hombre, que tenía corazón mejor que el oro, sintió gran pena al convertirse en tirano del animal, hasta el punto de que le dio á Perico las siguientes explicaciones, mientras le propinaba cariñosos golpecitos en el lomo.

—Hay que sentar la cabeza y moderar los ímpetus juveniles. Ya se yo que voy á jugarte una mala pasada; pero tú serás razonable y no me guardarás odio por ella. Ya ves que no hay otro remedio. La huerta no puede resistir sin agua y el cielo no la da siempre que conviene; de modo es que no soy yo solo el que te quita la libertad de que gozabas hasta el día, somos dos; el tío Antón, que no tiene

dinero para que te des una vida regalada, y el cielo que no puede dar agua cuando la necesita el tío Antón.

Hechas las precedentes reflexiones, que, no entendió el burro, el tío Antón procedió á engancharle á la noria, consiguiéndolo no sin gran trabajo.

Perico, al sentir sobre sí tales arreos, debieronle parecer cosa diabólica y endemoniada, y emprendió vertiginosa carrera sin hacer caso de las voces del tío Antón que le recomendaba calma. El animalejo creyó al principio que con tan desenfrenado correr lograría deshacerse de aquel peso infernal que arrastraba. Pronto se convenció de que no conseguiría nada; aquella cosa estaba unida á él tan fuertemente como si perteneciera á su propio cuerpo. Soltarse los fatales ataderos era empresa superior á sus fuerzas. Esta fué la causa de que no tardase mucho en aminorar su marcha, y de que filosofando un poco adquiriese el convencimiento de que el mejor partido que podía tomar era el de pararse; prescindir de los saltos y locas carreras de la pasada vida, y reflexionar seriamente sobre lo presente.

No se incomodó el tío Antón al ver el comportamiento poco recomendable de Perico. Lejos de castigarle airado, acercóse á él; le pasó suavemente la mano por el lomo, y con el acento más cariñoso y paternal del mundo:

—¡Pobre Perico!—murmuró,—te has asustado, ¿verdad? Tú no sabías lo que era estar sujeto de esta manera y te ha pillado de sorpresa. ¡Pobre Perico! Descansa, sí, descansa un poco y tranquilízate: esto, es peor que la libertad de antes, ya lo se pero ¡qué puñales! hay que tener resignación.

Aseguro que le faltaba poco al tío Antón para llorar, á lagrima viva, al ver al pobre rucio tan fuertemente ligado á la noria, aguzando las orejas, y dando resoplidos, como si estuviera falto de respiración. ¡De que buena gana le hubiera soltado!

—Pero ¡puñales! hay que trabajar: la huerta pide agua y no hay más remedio que dársela, si se quiere que luego ella dé mercancía, para la plaza. Desgraciadamente los hombres han arreglado las cosas así y hay que tomar y aceptar de buen grado el mundo como esta hecho, si se quiere vivir pacíficamente teniendo lo necesario para no pasar hambre.

Claro está que Perico no entendía gran cosa de razones, y aun cuando aguzaba las orejas, no era, sin duda, para oír las palabras del tío Antón. Sentía, sí, la voz del amo y las caricias que le hacía, y, á pesar de esto, le temblaban las patas endemoniadamente y no se atrevía dar paso.

El tío Antón acabó por *persuadirle* de que debía seguir la interrumpida marcha.

Volvió, pues, á dar vueltas, ahora menos azorado y más dócil, como resignado á aquella penitencia que le habían impuesto por el delito de pertenecer á un amo, que, aunque le quería, no era rico y se veía precisado á utilizar sus fuerzas.

Luego su tristísima condición de burro obligábale á la esclavitud en que los más astutos hacen vivir á los más pacientes y buenos, y creo que me concederéis que el hombre es, á veces, superior al burro.

Los chirridos del eje de la rueda llena de canjilones desportillados le hacían á Perico un efecto extraño; pero poco á poco se fué habituando hasta que acabó por no extrañar nada.

Mientras marchaba á paso lento debía hechar de menos el campo, cubierto de sabroso verde y de pintorescas flores, donde pastaba libre, corriendo á su antojo, y parábase cuando quería, para revolcarse en la arena y recibir en su blanca panza las caricias del brillante sol, saboreando la fresca hierba, agradable á su paladar.

De la vida antigua de libertad y de jolgorio jumentil, nada le quedaba, á no ser el dulce recuerdo. Pero ¡qué caramba! todo pasa en el pícaro mundo, y al fin y al cabo de esperanzas viven y de recuerdos se alimentan los seres.

Perico también tenía esperanzas. No unas esperanzas remotas y brillantes, porque al animalejo no se le alcanzaba tanto, pero sí la de que llegase la hora de la comida, y la noche tranquila y reposada. ¿Acaso no tenéis todos iguales esperanzas que Perico?

La vida mareante del pobre rucio, esclavizado dando vueltas á la noria, si no envidiable por completo, ya la hubieran deseado muchos de los que trabajan.

Perico era explotado prudentemente. Tenía amo, pero el amo era tan bueno, tan caritativo, tan considerado que jamás le había

pegado, ni había exigido de sus fuerzas más de lo que realmente podían dar de sí.

No era tirano el tío Antón, como la generalidad de los hombres. En muchas ocasiones, cuando veía que el burro se cansaba demasiado dando vueltas, arrastrando aquella pesada carga, haciendo girar pausadamente la rueda rellena de canjillones desportillados, cuyo eje chirraba endemoniadamente, el tío Antón mandábale parar, y llegándose á él le daba en el lomo cariñosos golpecitos con su callosa mano, mientras le dirigía afectuosas palabras, todo lo afectuosas que podían ser las de aquel hombre rudo, alejado casi por completo del trato social.

De aquellas frases y de tales palmaditas gustaba mucho Perico, que resoplaba satisfecho y volvía la cabeza aguzando las largas orejas, y, alargando el hocico, mordiscaba la ropa del tío Antón; ¡suprema caricia que el animalito podía prodigar dada su constitución física!

No se contentaba el tío Antón solo con acariciar al burro. Aunque él no era inglés, ni su tiempo era oro, no podía perderlo; necesitaba mucha agua para regar sus hortalizas y no podía estarse parado mucho tiempo acariciando á Perico.

—Vamos, hijo mío—le decía, como si realmente se hubiera tratado de uno de sus descendientes.

El burro entonces echaba á andar de nuevo tirando de la primitiva maquinaria, cuyos chirridos herían el viento con tonos lastimeros, como si la vieja rueda protestase de que se la hiciese servir tanto tiempo, y el tío Antón, colocándose detrás de Perico, agarrábase al largo palo en que estaba enganchado este y empujaba con fuerza para que aquel compañero de su vida no tuviese que arrastrar peso tan extraordinario.

Puedo aseguraros que á pesar de las pocas facultades del misero cuadrúpedo, á él se le alcanzaba algo del sacrificio que se imponía el tío Antón.

Indudablemente á poder demostrar su agradecimiento de otra manera, hubiera dado pruebas patentísimas de lo mucho que gustaba de aquella ayuda y de cuán profundamente la agradecía.

Y es gran lástima que Perico no hubiese sabido hablar, y más lástima aun que haya pasado aquella edad dichosa en que los

animalejos y alimañas tenían voz y nos daban lecciones de moral; porque yo, aprovechándome de la ocasión, habría puesto en boca del burro muchas cosas curiosísimas, que hubieran revelado claramente la buena cabeza y el inestimable corazón de Perico...

Pero estamos ya en el siglo XX y no es cosa de poner en labios de un pollino palabras y conceptos que no se ocurrirían á muchos altos personajes. Así, pues, veóme precisado á seguir prosaicamente esta interesantísima historia.

II

Quiero hablaros un poco del tío Antón; dárosle á conocer perfectamente; hacer que, penetrados de su carácter y de su modo de ser, conocedores del medio ambiente en que su vida transcurre, podáis sentir con él, identificaros un poco con su suerte y comprender sus alegrías y sus angustias...

Quisiera que asistiérais al proceso de su vida con verdadero interés y que sacarais algún provecho de esta historia tan verdadera como torpemente narrada.

—¡La vida de un patán! ¿Y qué se puede sacar de provecho de la vida de un patán?—preguntaréis.

Yo creo que mucho más que de la del duque que sólo ha vivido la vida de la horripilante novela de folletín.

Anuncio por de pronto que no pienso fantasear; que me ajustaré en todo á la verdad, aun cuando se pierda algo del interés culminante de las obras de imaginación.

El tío Antón fué un mártir y los mártires enseñan siempre mucho; aun cuando no sea más que la gallarda y majestuosa postura de su caída.

Un hombre de bien, mejor que el pan, según expresión de cuantos le conocía, era el tío Antón.

A los veinticuatro años había tenido la desgracia de perder á sus padres, que le dejaron como herencia la huertecita de que he hablado; un pedacito de terreno adquirido á fuerza de muchos afanes y sudores y conservado á fuerza de muchos sudores y afanes.

Cuando aun no contaba con fuerzas bastantes para el trabajo, su padre había necesitado de la escasa ayuda de sus débiles bracitos.

La boca del ser que no trabaja, entre esa miserable gente que pasa la vida comiendo mal, es pesadísima carga; al repartirse el mendrugo de pan á la hora de comer, y el puchero anémico, colmado de patatas, aquellas patatas y aquel pan para llegar á ser suficientes tienen que haber sido ganados por todos los de la familia, pequeños y grandes, juiciosos y traviosos.

Antón, pues, trabajó bajo la vigilancia de su padre que le obligaba, aunque con no poco dolor, y él no tuvo otro recurso que obedecer y sujetarse á tal vida de afanes, aunque más entendía de juegos, de revolcarse y de subirse á los árboles en busca de nidos mientras desgarraba la miserable ropa que cubría sus delicadas y tiernas carnes.

Todos los días, cuando aun faltaba una hora para que el sol viniera á caldear la tierra, Antón salía de la huerta con un esportón que hacia más bulto que él á recoger estiércol por calles y caminos, con toda la prisa que le permitían sus débiles fuerzas.

En poco rato hacia dos viajes, llevando en cada uno el esportón lleno de aquel abono, que, bien empleado, reanimaba la huerta aumentando su fertilidad y lozanía.

Después del almuerzo—consistente en un mendrugo de pan con acompañamiento de aceitunas, ó de frutas caídas del árbol fuera de sazón, ó picoteadas por los gorriones,—poníanse á trabajar padre é hijo; Antón arrancaba hierba y cababa con una azadita, ligera para un hombre, pero demasiado pesada para él; á intervalos de dos horas el padre se entretenía un momento en liar un cigarrillo y el muchacho aprovechaba el descanso para salir de la huerta y corretear por el bosque hasta que su padre le llamaba con un silbido extridente y prolongado.

Si el muchacho hubiera pensado en aquellas obligaciones á que se le condenaba cuando no sabía más que jugar, y no contaba con fuerzas para otra cosa, tal vez le habrían resultado irritantes; pero ¿él que entendía de aquello? El padre mandaba y, puesto que era el padre, había que obedecerle; él sabría por qué.

Y pasó su niñez trabajando y su juventud trabajando también, inclinado siempre sobre las hortalizas, en una posición imposible, que con el tiempo acabaría por hacerle andar con el cuerpo

inclinado hacia adelante, como buscando el pedazo de terreno donde había de caer de bruces para no levantarse jamás.

El vaso de vino que los jóvenes del pueblo acostumbraban á tomar en la taberna los domingos por la tarde, fué cosa desconocida para Antón, que se contentaba con mirar á sus amigos como jugaban al *truco*.

Y esta sencilla é inocente distracción no le duraba mucho; tenía que ir á la huerta á regar las hortalizas y los arbolillos que crecían frondosos; su padre le esperaba y el, dócil iba á la huerta, aunque le instasen á quedarse en la plaza, calculando la hora por la marcha del sol, y llegando siempre antes de que su padre pensase en esperarle.

La muerte de este le acongojó horribilmente, y, al encontrarse solo, lloró becerreando, su tremenda desgracia.

Pero aquel dolor profundo no le enervó; con esa superstición propia de los hijos del pueblo, creía firmemente que su padre tenía fijos los ojos en la huerta desde el otro mundo. Y trabajó con ahínco, por partida doble, puesto que ahora era él solo á labrar aquel pedazo de terreno que constituía su única fortuna.

Por consejo de sus amigos pensó en casarse, pues, según todos le aseguraban, era cosa que le convenía; un hombre solo no está bien nunca.

Como él también había pensado en la cosa, dio la razón á los mozos que trataban de convencerle.

Antón corpulento, forzudo, desmadejadote, fijó sus miradas en Amparo, una muchacha endeble que acababa de perder á su madre y que servía en casa del médico.

Amparo era la dulzura personificada. Mas bien alta que baja, delgada, de pelo castaño y ojos azules y dulzones; era una de esas mujeres que parecen haber sido arrancadas del Paraíso para pasar por la tierra y dejar en ella una impresión gratísima del cielo. Ni fea ni bonita, tenía una cara tan agradable, y era tan pudorosa y beatífica la expresión de sus grandes ojos, que Antón, al fijarse bien en ella, sintió dentro de su pechazo de atleta todas las ternuras que puede sentir el ser humano.

Claro está que estas ternuras las sentía nuestro mozo con rudeza, de modo casi salvaje, como las sienten los corazones grandes de

los que han cultivado mucho la tierra y poco la inteligencia. Rondó la casa del médico por la noche, al medio día, por la mañana bien temprano. Procuraba trabajar de prisa, no detenerse, ni para fumar; comía a la carrera, y no estaba satisfecho hasta que con su chaqueta al hombro y el pañuelo de hierbas atado á la cabeza se encaminaba en busca de Amparo.

Cada día era mayor aquel anhelo, aquella ansiedad que no le dejaba tranquilo, pero el pobre Antón no se atrevía á acercarse á la muchacha definitivamente.

La elegida, que algo había adivinado de aquel querer de Antón, salía á la ventana, cuando podía, al oírle toser en la calle, pero el hombretón aquel no sabía más que darle las buenas noches, con voz insegura, y no atreviéndose á acercarse, se marchaba lentamente, volviendo la cabeza, para tornar una vez y otra, sintiendo un temblorcillo raro dentro del pecho que le quitaba las ganas de comer y le hacía dormir desasosegado.

Las insinuantes miradas de la muchacha y la alegría manifiesta con que aceptaba sus saludos bruscos y huraños, no eran bastantes á decidir á Antón, que se sentía cortado y confuso cuando se acercaba á Amparo, y terminaba por irse mohíno al notar que nada podía decirle, aunque de decirle mucho llevara siempre intenciones.

—¡Puñales!—exclamaba Antón al encontrarse en la huerta... Y se reñía á si mismo, diciéndose que aquello no era posible y que había que acabar de una vez para siempre.

No me negaréis que hay algo misterioso, un poder formidable que parece no tener otra misión que la de proteger á los enamorados tímidos y cortos de genio. La circunstancia más rara, acaba, al fin, por arrojar á dos seres uno en brazos de otro, y lo que no ha podido hacer el amor, excitado por el deseo, termina por hacerlo esa diosa inestimable que se llama Casualidad, diosa que existe á pesar de cuanto puedan decir en contra los profundos metafísicos, que se ocupan mucho en esas cuestiones áridas.

Yo tengo por cierto que en este mundo todo es cuestión de nombre, sobre todo en ciertas materias, y tanto me importa que llamen á la voluntad por su nombre, como que la llamen *fuerza*.

Pero de esto no entiendo yo palabra y en estos renglones debo de haber dicho muchos disparates y si no entono el *mea culpa* es porque me consuela aquello de que «no hay disparate que no haya dicho un filósofo» y en algo he de parecerme á esos inestimabilísimos sabios.

La diosa Casualidad presentóse para proteger á Antón en forma de aguacero formidable; algo así como los preludios de una terrible inundación.

El día fué caluroso en extremo; la atmósfera pesada, casi masticable, enervaba brutalmente.

Las nubes que habían ocultado al sol durante la tarde, dando á la luz color amarillento y tristón, empezaron á ser más oscuras al anochecer. En el horizonte, á lo lejos, veíanse de tanto en tanto esas culebrinas cárdenas de formas caprichosas, parecidas á veces á espadas flamígeras y á veces á reptiles de fuego, nuncios de tempestad. El aire, aire abrasante y tenue, venía de la parte de la sierra, empujando quedamente á las nubes que marchaban por el espacio con sigilos de gato, como si desearan coger de sorpresa á los mortales. fué aquella una tarde de verano sin crepúsculo, tristonía y sofocante.

Antón terminó sus tareas y cubrió las plantas más tiernas con capachos en previsión de que la tormenta descargase violentamente. Luego de hacer estos preparativos con exquisito cuidado, cercioróse de si la alberca estaba tapada, tomó la cena de prisa y corriendo, y fuese á escape hacia la población por si «por un por si acaso» veía á la reina de sus pensamientos.

Al llegar á las primeras tapias del pueblo volvióse para inspeccionar el horizonte:

—¡Puñales! La cosa va de veras; la tormenta se viene encima poco á poco; vamos á tener la de Dios es Cristo.

En efecto; había obscurecido rápidamente y la franja negra plomiza de la nube se veía avanzar hacia la población; los relámpagos, aquellas culebrinas flamígeras, se sucedían más á menudo; los truenos empezaban á oirse como rumor lejano indefinible, tanto, que de no mirar al cielo habría sido imposible adivinar lo que causaba tal rumor.

—Lo que es como siga el ábrego—murmuró Antón moviendo la cabeza,—vamos á tener baile ¡puñales!

No había terminado de decir esto cuando el viento que empujaba á la nube comenzó á arreciar. Antón siguió su camino, después de aquella ligera observación que duró breves instantes. Poca distancia le quedaba que salvar para llegar al término que se proponía; la casa del médico donde servía Amparo estaba bien cerca, y él no anhelaba ir más lejos. Pero el aire huracanado, que barría las calles haciendo ese ruido especial de arrastre de tierra y de hojas arrancadas de los árboles, empujó tan violentamente á la tormenta que Antón recibió sobre sus anchas espaldas las primeras gotas de una lluvia que amenazaba ser torrencial.

No se arredró por eso, ni pensó siquiera en volver á la huerta. Aunque suponía que le sería difícil ver á Amparo aquella noche, por lo menos deseaba estar cerca de ella y pisar las piedras que tal vez había pisado la moza por la mañana.

Pronto se formalizó la lluvia; los relámpagos fueron más potentes, y los truenos atolondraban los oídos y hacían trepidar la tierra.

Antón tuvo que refugiarse temiendo que se iba á calar hasta los huesos, y se fué en derechura al zaguán de la casa del médico. Algunos mozos que se habían quedado rezagados en el campo, ó que venían de muy lejos, pasaron precipitadamente á todo correr; un perro cruzó la calle con una velocidad pasmosa,—la velocidad que da el instinto á los seres que se acobardan ante el peligro,—arañando el suelo con fuerza y produciendo un ruido semejante al que hacia poco rato habían producido las hojas al arrastrarse por el suelo, empujadas por el aire.

Diluviaba; el agua encharcaba la calle por el centro de la cual corría un verdadero arroyo; los caños de las casas escupían el agua con fuerza, y al ruido de las canales uníase el del trueno, el del arroyo corriente, y el del glu glu monótono y constante del agua que escupían los caños...

Antón, refugiado en el zaguán, miraba al cielo contemplando ensimismado el espectáculo grandioso de la tempestad. Muchas veces había oído tronar y visto relampaguear y llover de aquella manera, pero no recordaba haber recibido nunca tan profunda impresión. Sentía algo así como un anhelo de volar por el espacio y

de visitar y recorrer las grandiosas regiones de las nubes, y el mismo no podía explicarse aquellos raros anhelos.

El pobre Antón ignoraba que cuando el pecho está lleno de amor el hombre más rudo se convierte en artista, es poeta y sabe sentir y saborear las impresiones sublimes que se experimentan ante las grandiosidades de la Naturaleza.

De su abstracción vino á sacarle la voz de Amparo, aquella voz débil y dulce que tenía para Antón más encantos que la voz de la tempestad y la de la Naturaleza.

—¡Señorito! ¡Señorito!—gritaba la muchacha alarmada—¡Se ha anegado el patio! ¡El agua se mete ya por el portal!

Después oyó el mozo pasos precipitados y el ruido de otras voces que no llegaron distintamente á su oído. Luego se aproximó el ruido y llegaron á él frases cortadas como: «¡El caño está atrancado!» «¡Tu no podrás!...» y otras por el estilo, y por fin, la puerta se abrió inopinadamente, cuando menos lo esperaba el enamorado rondador, y apareció Amparo, que no tardó en verle y reconocerle.

—¡Ay, Dios mío! ¡Que suerte! ¡Cuanto me alegro de encontrarte! ¡Si quisieras ayudarme á desatancar el caño!

El mozo, que no habría sabido que responder al haberle preguntado el por qué se encontraba allí, y que no huyó porque no le quedó tiempo, recibió una gran alegría al ver que se le presentaba la hermosa ocasión de prestar un servicio á Amparo.

¡Vaya si quería ayudarlo!! A todo lo que ella quisiera! Allí estaba él en cuerpo y alma, deseando ser útil y servir para algo.

No á desatancar un caño, á trasladar las Pirámides de Egipto se habría comprometido él en obsequio de la muchacha.—Conste que Antón no tenía noticias de Egipto ni de sus Pirámides.

Y entretanto se remangaba y se quitaba los zapatos para entrar casi á nado en el patio, miraba á Amparo sintiendo que palpitaba su corazón con violencia, y bendiciendo la tempestad que le proporcionaba tan hermosa ocasión de acercarse á su reina y señora. Ya podía llover á cantaros como llovía, que á él nada le arredraba.

Los relámpagos, que se sucedían ahora más de tarde en tarde, tenían un brillo cegador, y alumbraban el patio con intensidad, dejando ver el emparrado, chorreando agua; los arrietes, en los

cuales la torrencial lluvia había hecho gran destrozo, llevándose la tierra y dejando al descubierto las raíces de las plantas; el jazmín del testero de la derecha, con sus ramas adosadas á la pared por un encañado...

Ea medio del charco inmenso, parecido á una gran alberca que anegaba el patio, y sobrenadando en el agua turbia, veíanse los sarmientos más tiernos de la parra, algunas florecillas y tallos del jazmín que habían sido arrancados con furia por el viento y los granizos, y que, como restos de un naufragio, se presentaban á la vista, despertando la idea triste de las muertes violentas. Un sarmiento de la parra tronchado, pero sujeto todavía por algunas fibras á la madre, caía lánguidamente, chorreando agua, como un miembro á medio amputar que sangrase copiosamente.

Antón tardo poco en meterse en aquel pantano, provisto de un palo, para poder apretar con fuerza los obstáculos que impidiesen el desagüe.

Amparo le alumbraba con un candil, colocada debajo del entechado, con la mano izquierda apoyada en la cintura y la derecha levantada por encima de la cabeza para que Antón viese mejor lo que hacia... Y contemplaba la arrogante figura del mozo, que, con las mangas de la camisa remangadas hasta más arriba del codo y el palo en la mano, se mantuvo derecho unos momentos en actitud gallarda, mirándola ardientemente para preguntarle:

—¿Hacia onde cae la boca del caño?

—Pacia aquí... un poco á mano derecha... ¡Ahí mesmamente!

Aquellas indicaciones bastaron. Antón comenzó su tarea con ahínco, consiguiendo bien poco en los primeros momentos.

¡Puñales! Aquello estaba duro. No pareció sino que lo hubiesen tapado á posta para que nadie pudiera destaparlo.

Acabo por prescindir del palo para servirse de la mano; á el no le gustaba andarse con melindres; eso se quedaba bueno para los señoritos.

Entonces empezó á tener más éxito; aunque con algún esfuerzo consiguió sacar un estropajo... El agua empezó á salir por aquel agujero con fuerza, removiendo las inmundicias detenidas en el estrecho cauce y llenando la casa de olor á cieno. En seguida

corrieron Amparo y Antón á levantar las baldosas y ladrillos que cubrían el caño á su paso por el portal y el zaguán.

La boca se tapo nuevamente impidiendo el paso del agua, pero esta vez la operación fué más sencilla; el obstáculo lo constituían solo las ramas y las hojas que había arrancado la tormenta.

Amparo había removido el cieno con un escobón fuerte y al salir el agua con fuerza llevóse hacia fuera toda aquella cenagosa pasta que olía tan mal.

Aunque continuaba la lluvia ahora era menos torrencial y el patio quedo pronto limpio y el caño siguió tragando el agua con su glu glu ansioso, regular y monótono.

El médico, que había presenciado el trabajo de Antón, ordeno á Amparo que le diese una camisa de dormir para que se quitase aquella que estaba chorreando. El no quería, pero tuvo al fin que acceder, lo mismo que á tomar la copa de vino con que Amparo le obsequio por orden del amo, mientras descansaba en la cocina donde le habían dicho que esperase hasta que se secase su ropa y cesase la tormenta.

A esto si que no opuso resistencia alguna Antón; precisamente iba á estar como en la gloria aquel rato recreando su espíritu en la contemplación de la muchacha. ¡Y que hermosa le parecía así, tan de cerca, y que dulce era la expresión de los ojazos azules de Amparo!

Pero no se trevía á decirle nada, y habrían pasado la noche sin hablar palabra si á la joven no se le hubiese ocurrido, por romper aquel silencio, darle de nuevo las gracias y ponderar el gran favor que le había hecho.

Entonces se atrevió á hablar el: «Si, si, le enfadaba mucho que le diese tanta importancia á la cosa; aquello no valía nada y el lo había hecho con mucho gusto.»

—Si—contesto ella, que deseaba hacerle hablar,—pero más á gusto hubiás estao quieto.

Antón protesto: no hubiera estado más á gusto quieto; á el le gustaba moverse, trabajar, porque trabajando se cría buena sangre y se viva satisfecho.

Y mientras daba estas razones se iba animando, como si recobrase la confianza perdida. Desaparecía su timidez poco á

poco, sin el notarlo siquiera. A este fenómeno contribuía mucho la actitud de Amparo que parecía animarle á proseguir, con su mirada dulce y su expresión satisfecha. Pero de nuevo iba á languidecer la conversación y la joven, con esa travesura inocente de las mujeres puras, que se dejan arrastrar por la curiosidad, le dijo que su satisfacción habría sido mayor si le hubiese llamado Petra, la muchacha de enfrente, á quien, según se decía, rondaba Antón.

Esto no lo pudo resistir el muchacho; comprendía que si Amparo creía aquello llevaba la mitad del pleito perdida. Toda la sangre pareció afluir á su cabeza y sintió que le quemaba la cara. Hubiera querido hablar mucho, decir á Amparo todo lo que el sentía, pero cuando quiso hablar se arrepintió lleno de temor y solo se atrevió á preguntar:

—¿Y quien dice eso?

—Pus toa la gente.

Antón movió la cabeza y dijo, tropezando, porque quería decirlo muy de prisa, que la gente se engañaba; que no era verdad que el rondase á Petra, en la cual no había pensado nunca, aunque no dejaba de reconocer que era buena muchacha, pero...

Se detuvo nuevamente. La joven espero en balde; Antón no hacia más que mirarla; se había quedado como mudo y llevaba trazas de no despegar los labios. Esto no le gustaba ni mucho ni poco, porque la situación quedaba en tal estado. Para hacer una nueva tentativa dijo:

—Vamos, que algo de verdad tendrá la cosa.

—¿Y por que?—preguntó Antón.

—¿Por que ha de ser, hombre? No lo negaras, porque yo te he visto muchas veces rondar por aquí y pasearle la calle á Petra.

—No es verdad—dijo con firmeza el muchacho.

—¿Que no es verdad que rondas?

Antón bajo la cabeza; no sabía ni mentir ni como salir del atolladero en que se veía, y temiendo que la terquedad le podía poner en mal lugar dijo, como el que confiesa una falta grave con arrepentimiento:

—Bueno, si, rondo...

—¿Lo ves?—agregó la implacable Amparo.

—Bueno, si—repitió Antón,—pero...

—¿Pero que?

—Pero no es por ella.

—Entonces por quien es?

—Por ti.

fué un escopetazo. Por más que la muchacha esperaba la contestación, ó por lo menos un resultado idéntico al que acababa de obtener, quedo como asustada. Ahora fué ella la que se puso encarnada como una amapola, y la que bajo los ojos al suelo avergonzada, sin atreverse á mirar al joven. Después de un silencio prolongado por algunos minutos se atrevió á suspirar:

—¡Por mi!

Antón, que al hacer su declaración tan bruscamente había cerrado los ojos, como el que dispara una escopeta por primera vez, se reanimo viendo que no podía volverse atrás, contestando:

—Si, por ti.

Ya no había timidez, sino firmeza; le sucedía lo que á los prudentes valerosos, que evitan el peligro siempre que pueden y que una Tez en él no tiemblan ni huyen.

—¿Me quieres tu?—agregó, notando la turbación de Amparo y aguardando con ansiedad tremenda.

La delicada muchacha siempre con la vista fija en el suelo titubeo un instante; luego con una voz tenue y dulce, que llego á los oídos de Antón como música divina, dijo:

—Bueno... si.....

Desde dentro llamaron á Amparo para que sirviese la cena; aquellos señores cenaban muy tarde, á las diez, y Antón se vio obligado á despedirse. fué á decir «con Dios» al médico y á su señora que le dieron nuevamente las gracias, y al alejarse de Amparo, oyó que esta le recomendaba que volviese al otro día...

El cielo estaba claro; las estrellas brillaban con esa limpidez que procede á las tempestades. Antón, satisfecho, tomó el camino de la huerta. En aquellos momentos era el hombre más feliz del mundo y caminaba cantando á media voz:

Aunque á puñales me maten,
no he de dejar de quererte;
que te quiero con el alma
y el alma nunca se muere.

Las suaves y sentidas notas del cantar, ondeando en la fragante brisa, iban á perderse en las lejanías, confundidas con el suave susurro de la Naturaleza dormida.



Nunca había abandonado Antón la huerta ni había desaprovechado una pulgada de terreno. Siempre verde y fragante siempre, daba gusto entrar en ella y ver los cuadros donde crecían las tiernas hortalizas bajo la vigilancia y los cuidados constantes de Antón. Sin embargo, aquel pedazo de terreno experimento una mejora notable desde la noche en que Amparo confeso á nuestro mozo que le quería: Antón arreglo un arriate alrededor de la tapia sembrándolo de geranios, alélíes, siemprevivas, claveles, jazmines, rosales... Las plantas que á el más le agradaban fueron puestas allí y cuidadas por el, con tal esmero, que hubiérase dicho que en aquellas flores estaba la felicidad del muchacho.

Los ratos de descanso los empleaba al principio en cuidar aquella parte de jardín, pero luego, como si todo hubiera sido una misma cosa, lo cultivo á la vez convencido de que si las alcachofas, los tomates, las lechugas, los cardos... eran el alimento del cuerpo, aque—Sillas flores constituían el del alma, toda vez que allí estaban sembradas para la bendita elegida por su corazón.

Las nuevas plantas, agradeciendo los cuidados y desvelos de Antón, crecían lozanas y hermosas, y el muchacho pasábase algunos momentos subido en el terraplén que formaba la noria, y allí, cruzados los brazos sobre su ancho pecho, con el cigarro en la boca, contemplaba satisfecho su obra, con ese ensimismamiento placido y sublime de los creadores. Porque todo aquello era debido á el, exclusivamente á el, y lo cuidaba con enternecimientos y mimos de madre. Embellecía con su trabajo asiduo aquel Edén que ya no le pertenecía, porque era para ella, para Amparo, á quien

había que prepararle el nido con objeto de que encontrara la vida más agradable.

Y tuvo la paciencia de no hablarle nada de aquello; quería sorprenderla agradablemente el día en que pusiese sus ligeros pies allí, en su casa.

Cuando llegó la Primavera, la huerta estaba desconocida por completo. Los claveles rojos empezaron á mostrar sus hojitas rizadas; los rosales, cuajados de rosas, llenaban la huerta con su delicado y suave perfume; la albaca, adornaba con su verdor la parte del arriate en que nada había plantado; aquel verde oscuro de la albaca empezaba á estar coronado por florecillas blancas; los jazmines, las clavellinas, los geranios... todas las flores del jardín parecían haberse dado cita, y todas abrían casi al mismo tiempo.

Antón, entusiasmado, contemplaba el resultado de su obra con un regocijo parecido al que debe experimentar la madre viendo sanos y robustos á sus hijos.

La Tierra hacia su promesa de abundancia engalanándose como enamorada que aguarda al objeto de su amor. ¡Que hermosa estaba la huerta! ¡Con cuanto amor trabajaba el mozo allí, y que alegría tan pura y tan sincera llenaba su pecho!

Algunos amigos que habían ido á pasar un rato con Antón quedaron maravillados.

—¡Camará, y como se conoce que trabajas! ¡Vaya que tiés la güerta bien, bien, camará!

Antón se sentía feliz al escuchar aquellos elogios, pero, modesto por naturaleza, solía contestar:

—¡Bah, hombre! Yo trabajo como otro cualquiera, solo que la Tierra es mu agradecida y con poco que se haga por ella da mucho.

Algunas noches paseábase Antón junto á los arriates aspirando aquel perfume que enardecía su sangre potente y joven. Párase ante las mejores rosas y las destinaba al pecho de su amada, «pa cuando se pudián coger».

Y, como el héroe de la leyenda alemana, se habría dejado arrancar el corazón antes de que hubiesen tocado una de las flores destinadas por él á su reina y señora.

A mediados de Mayo, un sábado precisamente, le dijo Amparo que su amo quería hablarle.

—¿A mi?—preguntó con extrañeza Antón.

—Sí, hombre; quié preguntarte que si consientes en que vayamos á la güerta mañana por la tarde, á merendar.

—Güeno, pus dile que si.

—Pero pasa, hombre.

Antón entro algo cortado, porque el médico le inspiraba un respeto exajerado; respeto que aumento cuando supo que trataba á Amparo con cariño. La señora era también para ella muy buena y los niños la querían y respetaban.

La muchacha aviso que estaba allí Antón; el médico le mando pasar y el se presento entonces, dándole vueltas al sombrero entre sus manos ásperas; y hecha la petición, contesto el, á su modo, que don Luis, (nombre del médico), podía mandar en su persona y en todo lo suyo, y que, por consiguiente, podía ir aquella tarde y todas las que quisiera, pues el tenía un verdadero gusto en ver por sus dominios modestísimos á personas tan santas y tan buenas como don Luis y los suyos.

Bebió una copa de vino que le ofrecían, y se despidió para volver á hablar con Amparo por la ventana.

Estaba contento, muy contento, y así se lo manifestó á ella. Le alegraba extraordinariamente aquello de la visita á la huerta.

Amparo no había estado en ella desde hacia mucho tiempo; en vida del padre de Antón, cuando el muchacho no había pensado decirle una palabra de amor porque no lo sentía, ni calculaba que un hombre pudiera llegar á casarse.

A pesar de su alegría no dejo de experimentar cierto malestar. ¿Le gustaría la huerta á Amparo? ¿Encontraríala digno refugio de sus amores?

No pudo resistir á la tentación de hablarle su hacienda.

—Es mu poca cosa lo que vas á ver, Amparo, mu poca cosa... Quiero icir que no vale na aquello.

Y Amparo le interrumpio para afirmar que que había de decir el. Después de todo, la huerta sería lo que sería y no lo que el dijera. A mas, que siendo de Antón y estando labrada por el, para ella sería como un pedazo del mismo cielo.

El feliz muchacho, al oír tales cosas de boca de la delicada niña, sintió extraño estremecimiento de alegría, y entusiasmado apretó nerviosamente la mano de esta hasta hacerle daño. ¡Si hubiera sabido hablar entonces! Pero deslumbrado por las palabras de la niña, no pudo hacer otra cosa que apretar bruscamente y mirarla con tal expresión de agradecimiento y de cariño, que aquello suplió con ventaja á las palabras más tiernas que hubiera podido decir...

Cuando Antón se encaminó hacia la era ya tarde, pero no por eso se acostó y quiso dar una vueltecita por los arriates, respirar el perfume fuerte de la albaca, el penetrante de los jazmines y el suave de las rosas. Figurabase que la Tierra, agradecida á los cuidados que le prodigaba, le daba como premio aquellas flores fragantísimas que alegraban su vista y entontecían dulcemente sus sentidos, al rodearle con sus fragancias.

Realmente aquella floración era algo así como la caricia suprema que prodiga la Naturaleza á sus hijos predilectos.

Si Antón hubiera poseído los vastos dominios de un rey, con seguridad que no habría sido tan feliz como con aquel pedazo de terreno labrado por él y dedicado á Amparo. Allí estaba él, siempre vigilante, encorvado día y noche, trabajando continuamente, sin rendirse jamás al cansancio, inclinado sobre la prodiga Tierra que le daba, agradecida, mil por uno.

Todavía antes de acostarse arregló algunas plantas; arrancó las hojas que amarilleaban y se subió al terraplén de la noria.

Desde allí contempló su obra con verdadero orgullo de creador y la encontró buena. Miró al cielo, agradecido, lleno su pecho de santa generosidad...

Los ruidos de la noche, ese murmullo extraño que no es otra cosa que la respiración de la Tierra dormida, llegaba á sus oídos como música solemne, llevando á su pecho gratísimo bienestar que le convidaba al reposo. Antón dirigió una cariñosa mirada á los cuadros de hortalizas, á los árboles en flor, á sus queridos arriates y se dirigió lentamente á su cuarto, andando con cierta majestad y satisfecho, como el poeta que ha agregado una buena estrofa á su poema predilecto.

IV

Toda la mañana la pasó Antón muy atareado, preparándose para recibir dignamente la visita que esperaba. Dio prisa al caballejo, que pasaba su vida dando vueltas y más vueltas alrededor de la noria, para que la alberca estuviese completamente llena á la hora en que *cayesen* por allí don Luis, su señora y los niños, acompañados de Amparo. Arreglo la veredita que conducía al emparrado, preparo los asientos (un banco de madera y algunos taburetes con culos de esparto); limpio los arriates y los caminitos estrechos que cruzaban la huerta, y lo puso en orden todo para que los esperados no encontrasen falta alguna en aquella limpia pobreza. Hizo mas: después de comer y de dar la ultima mano á todo, se desnudo la camisa y se chapuzo en la alberca, dejándose la cara limpia como un sol. Luego se metió en aquel casuco que le servía de vivienda, abrió el arca y saco los «trapitos de cristianar». Para algo los tenía y no era cosa de dejarlos pudrir de no ponérselos, sobretodo en tan grandes solemnidades como aquella.

Cuando salió á la puerta daba gozo mirarle con su camisa blanca, sus calzones nuevos, las flamantes polainas de cuero con caireles de lo mismo, sus zapatos de las fiestas y su faja encarnada, que oprimía aquella cintura de hombre vigoroso y activo.

Contemplaba los arriates paseando su vista por ellos, deseoso de que llegase la bendita hora en que había de entrar Amparo, y temblando, al mismo tiempo, por si ella no se manifestaba conforme con aquella su pobreza laboriosa.

Porque á Antón parecía poco cuanto hubiera podido ofrecer á la señora de sus pensamientos, aquella muchachita endeble, cuyos amores no cabían en su corpochón. Cruzados los brazos sobre el

anchuroso pecho, en esa actitud del hombre enérgico que no desmaya nunca, encontrabase Antón cuando acertó á entrar en la huerta el *Cuquillo*, uno de sus camaradas del cual nadie conocía el verdadero nombre.

—¡Paece que vas de boda!—dijo admirándose de ver á Antón tan emperegilado.

—No voy de boda pero es cuasi lo mesmo—contesto este.

—Pus, ¿aonde güeno?

Antón le dijo las causas que habían motivado aquella determinación de endomingarse.

—Haces bien, niño, haces bien.

Después el Cuquillo le dijo que no había ido á la huerta solo por ir: estaba en su pujal trabajando, se le había roto el mástil de la azada y no quería echar la tarde á perros. Si Antón tenía una, aunque fuese vieja y mala, no perdería el tiempo.

—Ahí tienes esa, que por ahora esta pare, pero guélvemela, que es la de mi padre, que este en gloria.

—A la noche te la traeré.

Echaron á andar hacia la puerta y no bien salió el Cuquillo al camino, cuando estendiendo el brazo en dirección al pueblo dijo:

—Míalos, por allí vienen. Conque, que sea pa bien y, hasta la noche.

Aquellas sencillas palabras emocionaron tanto á Antón que se echo á temblar como un azogado y tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta para no caer. Reanimóse en seguida y miro hacia el sitio indicado por su amigo.

Efectivamente, no se había engañado; á bastante distancia se veían avanzar los esperados; Amparo venía jugando delante con las hijas del médico; dos rubitas traviesas que brincaban y corrían como gamos; por los lados del camino, saltando vallados y zanjás, venían tres muchachos de siete á diez años, hijos también de don Luis y detrás, marchando lentamente y deteniéndose de tanto en tanto, como el que sabe saborear las delicias de un paseo por el campo, el médico y su señora.

Si á nuestro mozo se le hubiera aparecido una visión divina, con seguridad que no habría quedado tan encogido de puro gozo; empezó á palparle el corazón con violencia como si quisiera

salírsele del pecho, agitado por ese temblorcillo nervioso que experimentan los que, esperando á una persona querida, ven avanzar el tren en que debe de venir. Tan emocionado estaba, que con poco esfuerzo habría podido llorar á raudales, y si en aquel momento hubiese tenido que hablar, las palabras no habrían podido salir de su boca.

¿Habéis observado alguna vez la ansiedad de un pequeñuelo que entre risueño y desconfiado, con las manitas levantadas al aire, la boquita entreabierto por la emoción y los ojos chispeantes aguarda ver lo que sale de la cajita en que debe de venir el juguete que ha de hacer su felicidad infantil? Una emoción parecida experimentaba Antón viendo avanzar á Amparo por el camino, jugueteando con las niñas.

Pero cuando no pudo evitar que dos lágrimas de satisfacción rodasen por sus mejillas, fué cuando vio que la virgen bella de sus ensueños agitaba con la mano su pañuelo blanco, saludándole, como para indicarle que le había visto.

El estado de su animo era natural; habíase pasado los días y las noches encorvado sobre la Tierra, trabajando con ahínco, haciéndole producir flores y plantas como no las había producido nunca, y ahora esperaba al divino juez que había de juzgar su trabajo, á Amparo inspiradora de aquella obra que hizo en poco tiempo que cambiase la huerta por completo.

¡Dios mío! ¿Como encontraría aquello la muy amada?

Estoy por afirmar que si al llegar Amparo le hubiese dicho que nada de aquello le gustaba, se habría desgarrado las ropas, pisoteando después las plantas y acabando por tirarse de cabeza al pozo de la noria. Por eso experimentaba Antón aquellos anhelos y sentía sobresaltos horribles en medio de la alegría de ver caminar hacia la huerta á la virgencita de sus regocijos.

El estado de ansiedad duró poco. Amparo, desde que había visto á Antón aguardando á la puerta, se ingenio de modo que sus companeritas corrieron más y se acercaron con más rapidez. Cuando llegaron á donde estaba Antón, iban jadeantes y apenas pudieron darse los enamorados las buenas tardes; pero cambiaron una mirada tan elocuente que envolvía en si todas las caricias del mundo y superaba á cuantos discursos y discreteos hubieran podido

dirigirse. Antón quería esperar al médico y á su señora que venían muy despacio y tardarían en llegar, pero su impaciencia pudo mas, y acariciando á las pequeñuelas se atrevió á preguntar:

—¿Vamos pa dentro?

—Vamos—respondió Amparo que quería ver aquel pedacito de paraíso que le estaba destinado.

Echaron á andar; las muchachas penetraron corriendo, alegrando con sus límpidas y sonoras carcajadas las soledades de la huerta, y espantando en su carrera y con sus ruidos los gorriones, que empezaban á acudir á los árboles formando un murmullo ensordecedor. Antón y Amparo, cogidos de la mano, caminaron lentamente por la veredita que conducía al terraplén de la noria. El no hablaba; miraba á la cara de su amada esperando leer las impresiones que iba experimentando. Ella, sonriente, sentía como si se le metiese en el pecho un bienestar inefable que no sabía definir. Aquel ambiente la embriagaba; el perfume de las flores se le introducía en sus naricitas, que se abrían olfateando aquella voluptuosidad deliciosa de la Naturaleza en germinación.

—¡Que bien que se esta aquí, y que bien que güele!

Antón le habría dado un abrazo en pago de aquella satisfacción. Pero no fué aquella la ultima. La muchacha no había podido ver á su paso más que algunos cuadros de hortalizas; el arbolado impedía ver la huerta en toda su extensión. Antón le preparaba una sorpresa, Cuando subieron la cuestecilla del terraplén de la noria, Amparo quedo verdaderamente embobada. Miro á todos lados sin hablar, encantada de lo que veía. Nunca se había figurado que la huerta pudiera estar tan hermosa.

Antón á su lado no respiraba, contemplándola con emoción creciente, como los verdaderos creyentes contemplan á los santos milagrosos, pero, viendo que nada decía, se atrevió á preguntar en voz baja:

—¿Te gusta?

—¡Hijo mío, que hermosa!—contesto la muchacha ingenuamente
—¡Que hermosísima!

Antón sintió sublime enternecimiento al oír aquella contestación que llenaba cumplidamente todas sus aspiraciones, y, acercándose más á ella, le dijo:

—Pues es tuya.

Esta vez le toco á Amparo conmoveerse, y apretando con todas sus fuerzas la manaza de Antón, dijo con la ingenuidad de un chiquillo:

—¡Ay, que bien!

Se Labia vuelto de frente á Antón y le cogía las dos manos; este se inclino para verla mejor, y, temblando y sin saber como, se fueron acercando, contemplándose con amor creciente hasta que sus bocas se unieron. En seguida se separaron bruscamente, asustados como si hubiesen cometido el mayor de los pecados.

V

A los elogios que de la huerta hizo Ampara siguieron los del médico y su señora. Don Luis, encaramado en el terraplén de la noria, donde poco antes había estado la muchacha, recreo sus ojos contemplando el florido vergel que ante su vista se extendía. Y cambiando impresiones con su señora, los dos convinieron en que no había en el pueblo finca de más valía, ni con más esmero cuidada.

—¡Muy bien, Antón, muy bien! Da gusto entrar aquí y ver todo esto. Se conoce que trabajas con gusto y que no te duelen prendas.

Y todo esto lo decía el médico, dándole golpecitos cariñosos en la espalda, y tales golpes y alabanzas tales sabíanle al muchacho á gloria. El pobre hortelano no recordaba haber experimentado en su vida sensaciones tan agradables. Sentía inmenso regocijo tanto más cuanto que aquellas alabanzas se las prodigaban delante de Amparo y ella las oía.

¡Oh, si! El corazón humano tiene estas debilidades.

Ofended á un hombre delante del ser amado; tratad de ponerle en ridículo y os despedazara. Pero haced lo contrario: colmadle de alabanzas, decid que encontrais admirable su trabajo y buenísimas sus obras, y veréis entonces su cara iluminada por el regocijo y os habréis ganado un corazón.

Si don Luis hubiese solicitado de Antón, en aquellos momentos, que llevase á cabo la empresa más difícil, se habría puesto á su servicio sin vacilaciones, decidido á poner en practica cuanto le mandasen.

¡Oh, que buenos y que grandes encontraba en aquel momento á don Luis y á su señora! De buena gana les hubiese abrazado y

besado con entusiasmo.

—Pero yo no creía—añadió la señora—que también tuvieras flores en la huerta. Esos arriates están hermosísimos.

Antón creyó que debía ofrecer flores á la señora, pero no se atrevía á cogerlas por su propia mano, porque no las consideraba como suyas. Desde que las planto las había destinado á su virgencita santa, á la delicadísima Amparo, y hubiese creído usar de un derecho que no le pertenecía cogiéndolas para otra que no fuese ella. Así es que, dirigiéndose á la que en su corazón reinaba, dijo:

—Anda, y coge las que quieras, y dáselas á la señora; que tuyas son... ¡Cogelas toas si quieres!

Amparo se puso muy encarnada y bajo la cabeza ante éste ofrecimiento, pero las niñas tiraron de ella, y se dirigieron en grupo á los arriates seguidos de la señora. Letras, y cerrando la marcha de aquella alegre procesión, iban don Luis y el hortelano, los dos regocijados y tranquilos: el médico, porque se veía rodeado de los suyos y les vela satisfechos y alegres; Antón, porque sentía la proximidad de Amparo y oía su voz suavísima, que entraba por sus oídos produciéndole cosquilleos deliciosos de suprema caricia.

Las mejores flores de la huerta fueron cogidas por la delicada mano de la muchacha, que ofreció el delantal lleno á su señora.

Los niños entretanto correteaban de un lado á otro y pretendían subirse á los árboles corriendo el riesgo de destrozarse los pantalones. Aquellos diablillos daban á la huerta, desde que en ella penetraron, un alma nueva más alegre y regocijada de la que hasta entonces había tenido.

Después de recorrer por todas partes y de registrar todos los rincones, la señora, las niñas y Amparo fueron á tomar asiento bajo el tupido emparrado que de dosel servía á la entrada del casuco.

¡Y que bien y que patriarcal mente se estaba allí! El médico comparaba, mientras sonreía dulcemente á los suyos, la vida tranquilísima y alegre del pueblo, con la agitada y febril de las capitales, vorágines insaciables que todo lo consumen.

Indudablemente no se podía vivir en ninguna parte mejor que allí, donde los arriates, coronados de flores, daban á la atmósfera voluptuosidades sin cuento, y donde la madre Tierra, prodiga siempre, multiplicaba las semillas, dando augusto bienestar á los

que sobre ella trabajan. Había que convenir en que la huerta tenía algo de paradisiaco, de intensamente poético y grande...

Mientras hablaban don Luis y su señora de aquellas bellezas que les rodeaban, Antón, acompañado de Amparo, fué á coger algunas alcachofas, lechugas tiernas, y cuantos frutos estaban en sazón. Todo le parecía poco para obsequiar á huéspedes tan distinguidos, y no tardo mucho en llenar un gran cesto de lo mejor y más florido que en la huerta crecía.

La joven sentía regocijo inmenso viéndose allí, sintiendo junto á ella al que su corazón amaba con todas las ternuras imaginables. Veíale fuerte y gallardo, convertido en niño docilísimo en virtud de su amor, y escuchaba sus palabras placentera y sonriente.

—¿Conque de veras te ha gustao la güerta?

—Si, Antón, si, me ha gustao mucho; too esta mu bien; se conoce que trabajas mucho y que aprovechas el tiempo.

El le contesto emocionado, volviendo á afirmar lo que ya había dicho; asegurando que todo aquello era debido á ella y dándole cuenta de la transformación que la huerta había sufrido desde la bendita noche en que ella le dijo que le quería. ¡Era muy feliz y estaba siempre muy contento, y aquel contento y aquella felicidad le daban energías y multiplicaban sus fuerzas! Ya vería, ya vería ella lo bien que se podía vivir allí, en aquel paraíso que cultivaban sus manos con esmero incomparable... Se había propuesto que á la vuelta de algunos meses aquella, su modestísima hacienda, quedase transformada por completo; quería mejorarla cada vez mas, porque era para ella, y ella se merecía un imperio; y ya que Antón no podía dárselo, parecía muy puesto en razón, que los cuatro puñados de tierra de la huerta fuesen aumentando su valor.

Amparo escuchabale embobada. Las palabras de Antón, produciéndole agradable cosquilleo en los oídos, llevaban á su alma deliciosas impresiones.

Le dijo que no había para que darse malos ratos ya que ella se conformaba con que Antón la quisiera. No, no era ambiciosa, y, por consiguiente, á ella le parecería aquello un paraíso siempre que el estuviese á su lado...

La merienda fué suculenta; las tintas rosadas del crepúsculo embellecían el cielo y sobre la Tierra caía la luz suave del atardecer.

Cuando llego la hora de marchar, Antón acompañó á sus visitantes hasta la mitad del camino, rogándoles que repitiesen las visitas cuantas veces quisieran, porque á el le parecerían siempre pocas.

—Que vayas luego—le dijo Amparo, aprovechando una oportunidad.

El hortelano la miro cariñosamente, dándole palabra formal de que iría.

Les vio marchar y les siguió con la vista hasta que hubieron desaparecido.

Sin perder momento, Antón se puso á regar.

De la alberca salía el agua con ímpetu, y se llenaban los regueros que habían de conducirla á buen término. Antón trabajaba ágilmente, con la azada en la mano, dando paso al agua hacia los cuadros que la necesitaban ó impidiendo la entrada cuando creía que ya había bastante.

Como lo hacia de prisa, aunque sin atolondramiento, poco tardo en tener aquella ocupación hecha, y corrió á tapar la alberca, para no gastar el agua inútilmente.

Poco rato después caminaba hacia el pueblo mascullando una alegre tonadilla, sintiendo dentro su pechazo de atleta una felicidad inmensa. Como era temprano se fue, para hacer tiempo, á la taberna, donde algunos muchachos de su edad jugaban al *truco*, quienes le recibieron con aclamaciones de alegría.

—¿Camara, Antón, se pué saber que estrella se ha caído, pa que tu vengas hasta aquí?

—Dele osté vino á Antón, tío Roque.

—Asiéntate, hombre; gracias á Dios que te se ve un rato. Esta tarde te ha estao esperando Perico pa que jugases un partío de barra.

Y mil y mil frases siguieron al «Dios guarde á ostés» pronunciado por Antón al llegar á la taberna.

El tío Roque le sirvió un vaso de amontillado, que el bebió brindando por la salud de los allí reunidos.

Nuestro hortelano, que consideraba aquel día el más feliz de su vida y que sentía regocijo inmenso, dijo, pasado un rato de haber bebido:

—Tío Roque, eche osté la convida pa toos, y pa osté también.

Los presentes estaban maravillados; siempre resultaba difícil hacer entrar á Antón en la taberna, y había que rogarle mucho para que aceptase una copa. Y ahora entraba el por su pie, sin que se lo rogase nadie y bebía y convidaba. ¿A que era debido cambio tan repentino?

—Paece que estas alegre, Antón—le preguntó uno de los amigos, —.se pué saber que novedá güena te ha ocurrió?

Entonces Antón hablo: ¡Pues no había de estar alegre, puñales! Cabalmente había estao en la güerta toa la tarde Amparo y le había dicho que too aquello estaba mu majo y que le gustaba mucho.

Con esto el se había puesto alegre, tan alegre que la alegría le rebosaba del cuerpo, y había ido allí para eso, para que vieran su alegría y se regocijasen con ella sus amigos.

Y hablando, hablando, les participo que estaba decidido á casarse cuanto antes, y que por consiguiente debían prepararse todos para pasar un día de gran fiesta, porque el en cosa tan trascendental no se andaría con chiquitas ¡que había de andarse!

Aquí se interrumpio para decir al tabernero:

—Vamos, tío Roque, venga otra convida, que esto es cosa de tirar la casa por la ventana.

Bebieron. En los ojos de Antón brillaba la alegría.

¡Gamaral! Y el que había pensado muchas veces que la vida no valía para nada! Ahora sentía la alegría de haber nacido, y consideraba cosa insignificante todos los dolores del mundo, comparados con aquellas satisfacciones inmensas que el amor producía.

Alegremente transcurría el tiempo y Antón, que calculo que ya habrían cenado en casa del médico, y que Amparo podría esperarle con impaciencia, se levanto de su asiento anunciando que se marchaba.

—¿Pero donde vas tan pronto? Asíéntate hombre que too se andara. Cabalmente deben de venir Perico y Bastiaa con la guitarra y pensamos ir de música esta noche...

—Es que me esperan—dijo Antón, sin poder disimular su impaciencia.

—Aguardate una miaja; al fin y al cabo tu cantas bien, y la alegría que tendrá Amparo al oírte, y su orgullo al ver que le damos música, harán que se alegre.

El hortelano quedó indeciso, y después afirmó que si era cosa de esperar mucho que no esperaría; pero en este momento llegaron los antes anunciados, y se quedó.

Bebieron de nuevo y todos juntos salieron de la taberna del tío Roque.

Tras breve discusión, decidieron, en vista de la impaciencia de Antón ir primero á darle música á Amparo; después, dejarían allí al hortelano y volverían á la plaza á cantar bajo las ventanas de Rosalía y de Frasquita, novias de Perico y Bastian respectivamente.

En conversación animada llegaron á casa del médico y se detuvieron ante la ventana del cuarto en que Amparo dormía.

Bastian que había templado la guitarra por el camino, empezó á puntear con mano hábil unas malagueñas. En el silencio de la noche las notas cadenciosas vibraban como melancólicos suspiros de amor, y la brisa parecía recogerlas con orgullo, llevándoselas.

Amparo, que hacia rato esperaba á Antón á la ventana y que se había retirado de ella al oír gente que se acercaba, sintió en el interior de su pecho placido estremecimiento. Desde luego figuróse que aquello era debido á Antón, y las vibraciones de la guitarra llevaban á su pecho emoción inesplicable y gratísimo. Refugiada en la obscuridad esperó á que cantasen, para cerciorarse de si Antón venía, efectivamente, como ella lo presentía, con los músicos galanteadores. Peco tardo en oír la voz vibrante, dulce y melodiosa de su amado que cantaba:

Piensa el ladrón en robar
¡el asesino en la muerte!
¡el preso en la libertad
y yo, serrana, en quererte.
¡Nunca te podre olvidar!

Antes de que Antón hubiese terminado la vieja copla, Amparo estaba en la ventana y daba las buenas noches á los rondadores. En su cara brillaba la más pura alegría. Estaba hermosísima aquella

noche. Llevaba la cabeza adornada de rosas, y en el pecho ostentaba un ramo de bienolientes Jazmines.

Antón se quedó contemplándola, con el éxtasis con que un místico contemplaría una aparición divina, y se aproximó a la reja.

Los demás mozos cantaron cada uno la suya, menos Perico que se vio obligado a cantar tres más, porque lo hacía muy bien y daba gozo oírle.

Cuando hubieron terminado se despidieron de Amparo. Antón dijo a ésta que esperas porque quería convidar a sus amigos, ya que tan bien se habían portado con él, y tan obsequiosos habían estado con ella.

—Pero que no tardes.

La taberna del tío Roque estaba cerca y en ella les hizo entrar Antón, quieras que no, para convidarles.

¡Que puñales! Un día era un día, y bueno era hacer participar a los demás de aquel regocijo que llenaba su pecho.

Poco rato después Antón volvía solo al lado de Amparo.

Las horas trascurrieron deprisa, con esa rapidez vertiginosa é implacable con que se van las horas felices para no volver; el viejo Tiempo no se cansa jamás de devorarlas, engullendolas, ansioso é insaciable siempre.

Antón y Amparo no hablaron. Tenían muchas y muy grandes cosas que decirse y las palabras, rebeldes al conjuro, no llegaban para expresar la pasión inmensa en que ardían BUS pechos. Siempre ocurre lo mismo: las sensaciones grandes no pueden expresarse; las sublimidades de la Naturaleza no pueden describirse. Cuando encontramos seres queridísimos a quienes no vimos en mucho tiempo.—asno podemos hablar, y tenemos que contentarnos con acariciarles en silencio mientras las lágrimas acuden a nuestros ojos. Las grandes emociones son inexpresables.

Nuestros jóvenes se miraban arrobados; sus labios temblaban como hojillas tiernas impulsadas por la brisa, apretabanse las manos y respiraban anhelosamente...

Cuando llegó la hora de separarse, las primeras tintas de la aurora coloreaban suavemente el cielo.

Amparo arrancóse el ramo de jazmines que llevaba en el pecho y se lo dio a Antón;

—Toma, pa que te acuerdes siempre de este día.

Antón lo cogió con el arrobamiento con que un sacerdote creyente toma la hostia consagrada entre sus manos. Luego se lo llevo á los labios y lo beso ardientemente...

Se alejo de la ventana con esfuerzo, como si le arrancasen de allí contra su voluntad, y conforme andaba volvía la cabeza para mirar á la delicada niña que tras la reja quedaba mirándole marchar.

Cuando hubo perdido de vista la casa, se detuvo y contempló el ramo de jazmines que cuidadosamente llevaba. Hasta entonces no había dado á las flores tanta importancia. Le gustaban porque eran bonitas, pero no pudo calcular nunca que llegasen á adquirir tan alto precio. Porque el sentíase ahora con animo de dejarse arrebatarse la vida antes que el ramo que perfumó el adorable pecho de la muy amada.

Parecíale que aquellos blancos jazmines eran el símbolo de la virginidad y pureza de la linda muchacha, colocado en su mano, como encomendado á su protección y cuidado. Jamas se había figurado que unas flores tan sencillas pudieran ejercer influjo tal en un corazón.

Y es que hay que convenir en que el amor engrandece y vigoriza, á la par que llena los pechos de delicadezas sin limites...

Los olivos que se extendían á ambos lados del camino, vieron pasar á Antón con la cabeza alta, los ojos chispeantes, sonriente á boca y la actitud gallarda de los vencedores de la vida.

Los pájaros madrugadores le saludaron al pasar. Los perfumes de la huerta vinieron á envolverle, al entrar, como acariciándole. Hasta el caballejo de la noria relincho al sentir la proximidad de su amo, como para darle los buenos días... El sol tardaría poco en salir, y vendría á echar sobre la huerta su bendición germinadora.

VI

El idilio de aquellas relaciones amorosas, transcurrió tranquilo y suave, como marchan las aguas de los arroyuelos, besando rosas y entonando su eterna y poética sinfonía. Nada podía oponerse á la felicidad de los dos muchachos. Antón, gigantesco y forzado, estaba preso en los ojos de Amparo y esta se adormecía feliz y satisfecha, de ver al poderoso hortelano constituido en su adorador ferviente, Algunas veces pensaba que ella no merecía tanta dicha; y esta modestia le ocasionaba grandes regocijos al ver que el robusto muchachote no tenía más ilusión ni más anhelo que el de verla contenta. Cuando se alejaba el muy amado, mirábale marchar enternecida, y allá en las profundidades de su pecho, juraba serle fiel siempre y no mirar en la vida á otro hombre que á Antón.

Por su parte el hortelano sentíase como fortalecido y vigorizado por aquellos amores. Indudablemente, antes de pensar en tener novia le faltaba algo, y el arrimo y débil apoyo de una mujer era lo que le faltaba. Por esto Amparo vino á ser para el como complemento, como soplo vivificante, algo así como el agua para la tierra seca.

Los preparativos de boda se hicieron á la carrera, pues, pasados los primeros meses de relaciones, el deseo de vivir juntos, de consagrarse el uno al otro por completo, aumento, llegando á tomar proporciones gigantescas.

Había una circunstancia que les favorecía, o, por lo menos, que les evitaba todas las contrariedades, que los novios acostumbran á encontrar muchas veces. A nadie perjudicaban casándose. Ambos eran independientes y carecían de familia allegada. Ni Antón

desamparaba á nadie llevándose á Amparo á la huerta, ni Amparo abandonaba á persona alguna siguiendo á Antón.

Con tan buenos auspicios, claro es que el día de la boda, se preparaba bien y había de ser de júbilo inexpresable para todos.

El día llegó. Fué un domingo en que el sol parecía más radiante, el cielo más puro, más delicioso el perfume de las flores y más alegres los cantos con que las aves saludaron la venida de la aurora.

A las siete de la mañana empezaron á llegar á la huerta los amigos de Antón, empaquetados en sus trajes de fiesta, puestas las chaquetas, dentro de las cuales parecían no poderse rebullir. Todos movían los brazos con dificultad, y de buena gana habríanse despojado de aquel cilicio que no se ponían nunca, contentándose con llevarlo airoso al hombro; pero las circunstancias eran solemnes y no tenían más remedio que soportar aquel martirio hasta que, verificada la boda, saliesen de la iglesia.

Aunque Antón había pretendido casarse muy temprano, se vio obligado á consentir que la boda fuese á las ocho, para que pudieran asistir la señora del médico y sus hijos.

Cuando estuvieron todos los invitados y se dispusieron á salir, Antón sintió que se apoderaba de él una emoción grandísima que le acongojaba. Por su imaginación había pasado el recuerdo de sus padres, muertos, y sintió angustia suprema porque al ir á llevar á cabo el acto más serio y trascendental de la vida, no tenía quien le bendijera, después de darle un buen consejo, costumbre inmemorial en aquel lugar. En su boda iba á faltar aquel requisito casi indispensable... Y fué tal la tristeza del noble muchacho que hubieron de notarla los allí reunidos.

—¿Qué te pasa? ¿Te has puesto malo?

Y las preguntas llovieron sobre él, hasta fué le hicieron hablar y decir lo que de modo tal le entristecía. Luego busco con la vista entre sus amigos, y solicitó aquel favor, del consejo y la bendición, del tío Roque, el más respetable y el de más edad de los presentes. Formaron un semicírculo en cuyo centro quedaron el tío Roque y Antón... El momento aquel fué de una sencilla solemnidad, digna de ser cantada por los poetas y esculpida en mármoles; los rostros alegres tornáronse serios; las miradas se dirigieron á los dos

hombres que en el centro quedaban; las bocas enmudecieron y todos los oídos se prestaron á escuchar.

El tío Roque, enternecido ante el papel que le obligaban á representar de padre de aquel mozarrón, acabo por decir con verdadera solemnidad sacerdotal;

—¡Hijo mío: tú eres güeno; los consejos puedes tu darlos; no necesitas más que la bendición!

Antón se arrodillo entonces inclinando la cabeza, con aire de profundísimo respeto, y el tío Roque, extendiendo su mano, como hubiera podido extenderla un apóstol, agregó:

—¡Yo te bendigo, hijo mío, y ojala que á la par que la mía, recibas la bendición de Dios!

Y dándole la mano para que se levantase le abrazo tiernamente, como hubiera abrazado á un hijo.

Sobre sus cabezas pasó una bandada de jilgueros cantando alegremente.

Se encaminaron con lentitud hacia casa del médico, por la novia, para ir después á la iglesia.

Amparo estaba pálida, emocionada, y en sus ojos veíanse huellas de reciente llanto. La despedida de la señora había sido tiernísima; don Luis le dio algunos consejos cariñosamente, y le dijo que no olvidase el camino de aquella casa donde tan buenos recuerdos dejaba.

Cuando salió á la calle su presencia produjo un murmullo de admiración. Delgadita, esbelta, vestida de negro y con la mantilla prendida admirablemente, parecía una señorita; la palidez de su cara, venía como á aumentar la delicadeza de su figura, y sus ojos azules, de bondadoso y tranquilo mirar, revelaban claramente las bondades de su alma.

Las comadres salían á las puertas y miraban curiosamente la comitiva, y los chicuelos la seguían con gran ruido y algazara.

Ningún percance digno de mención ocurrió durante la ceremonia.

Al salir de la iglesia, los hombres parecieron respirar libremente y se dieron prisa á quitarse las chaquetas que aprisionaban sus pechos, dificultando el movimiento de los brazos.

En todas las caras reflejábase el más puro contento. Antón iba radiante, Amparo parecía sobrecogida por un sentimiento de pudor,

pero en sus ojos brillaba la alegría más pura...

El casuco de la huerta había sido transformado por completo. El sitio que ocupaba antes el modestísimo catre de Antón ocupábalo ahora una gran cama de matrimonio con colcha blanca como la nieve. Los muebles eran todos nuevecitos, de pino blanco.

La limpieza que reinaba en la casa contribuía á aumentar su encantadora poesía, de tal manera que daba gusto permanecer en ella.

Antón llevo allí á Amparo, después de la boda, casi en brazos y al entrar por la puerta la levanto en vilo y como si llevase á una niña la condujo hasta el terraplén de la noria.

Ella protestaba riendo á carcajadas, satisfecha de haberse constituido en la esclava fiel de aquel hombretón capaz de atender á todas sus necesidades y de socorrerla en todos los peligros.

—¡No seas así, que me vas á tirar!

Antón reía también al ver la carita medio asustada de Amparo. Los invitados iban detrás aplaudiendo, satisfechos de tanta alegría.

El terraplén de la noria fué testigo de aquel general contento, y bajo el emparrado que protegía la entrada del casuco hubo lo que no había habido nunca: una gran fiesta en que se bailo y se canto durante todo el día.

Bien entrada la noche se fueron despidiendo los amigos de los recién casados. *Ellos* estrechaban con fuerza la mano de Antón y le daban manotazos en la espalda en prueba de amistad y cariño; *ellas* apretujaban á la delicada amparo, abrazándola, besuqueándola, zarandeándola, y todos se despedían repitiendo la misma frase.

—Conque... que sea pa bien, y que dure muchos años:

Antón y Amparo salieron hasta la puerta despidiendo á la gente. Estaban atolondrados, cansados, rendidos; el día había sido fatigoso: primero las emociones de la mañana en la iglesia; aquellas cosas que les había recomendado el señor cura y que no habían entendido; después el jaleo que hubo en la huerta, la comida succulenta que á campo libre hicieron (comida que había pagado el médico en obsequio á la novia, que durante tanto tiempo había servido en su casa); luego el bailoteo de la tarde, los cantos á voz en grito, las carreras, de tanto en tanto, por las vereditas de la

huerta... Todo aquello era más que suficiente para marear á la cabeza más firme.

Cuando se quedaron solos, en medio del camino, tras de seguir con la vista á los últimos que marcharon, encontraronse como cohibidos de estar así, el uno frente al otro, sin testigos que les molestasen.

La luna daba de lleno en el camino iluminando el grupo que formaban los recién casados. La figurita de ella parecía hacerse más pequeña, más delicada al lado de Antón, tan grandote, tan robusto. Este fué el que se atrevió á romper el silencio.

—¿Vamos pa dentro?—preguntó.

—Bueno—dijo ella encogidita y temerosa, temblando, sin saber por que.

Entraron; Antón atranco la puerta con la gran aldaba. Después rodeando con su atlético brazo la cintura de su mujercita caminaron hacia el casuco, lentamente, como si comprendieran á la perfección la solemnidad de aquellos momentos, los más hermosos de su vida. No hablaban; comprendían, por instinto tal vez, que las palabras sobran siempre en las grandes fiestas del Amor. Iban muy despacio, muy despacio, mirándose fijamente, acariciándose con la mirada y sintiendo en sus pechos anhelos desconocidos. Algunas veces se detenían, como si temiesen que al entrar en la vivienda se rompiese el encanto y se desvaneciese aquel ensueño de intensa felicidad. Por fin, entraron en la casa...

En la huerta todo era poesía: las flores llenaban el ambiente con su fragancia; la brisa movía suavemente las hojas, produciendo un ruido alegre y placido... Y la luna presidiendo aquel reposo tranquilo y dirigiendo aquella estrofa brillante que parece arrullar á la Naturaleza dormida.

VII

¡Que dichosa fué aquella luna de miel! Los más felices habrían envidiado con toda el alma á los recién casados. Antón no hizo mucho tiempo el vago; desde el día siguiente al de la boda empezó de nuevo sus tareas, que solo había interrumpido por veinticuatro horas. Alcanzábale muy bien que de la holganza ningún fruto podría sacar y comprendía que si de soltero no había perdido el tiempo, menos debía perderlo después de haberse creado una familia, que, indudablemente, tardaría poco en aumentar.

Porque el sonaba también con verse rodeado de hijos que, andando el tiempo, acabarían por ser su sostén y apoyo, como el lo había sido de su padre.

Por esto, y porque Antón tenía en la masa de la sangre la afición al trabajo, fué por lo que se agarro á la azada con los bríos de siempre, ganoso de poder contar en las circunstancias difíciles con unos cuantos duros bien guardados en el fondo del arca, para poder salir con ellos de cualquier calamidad imprevista.

Durante los primeros meses Amparo tenía pocos quehaceres: con barrer la casita, hacer la cama y poner la olla al fuego, todo estaba cumplido y eso le ocupaba escaso tiempo. Mas era activa y no gustaba mucho del reposo. Sin decírselo nadie, y aun teniendo que luchar contra las razones que Antón le daba para que tal no hiciera, echose sobre si la dulce obligación de cuidar los arriates de flores.

—Ya se—le dijo á su marido, cuando este quería oponerse á que se encargase de aquella labor.—Ya se que no las cuidare tan bien como tu; pero no tengas miedo que no se secan; me acordare de que tu las has plantao y cultivao, y veras con que mimo las trato... ¿Es que no quieres que las toque porque no me crees quien pa ello?

Y sonreía dulcemente al decir esto, y Antón enternecido, dominado por aquella vocecila dulce, acabo por decir, sonriendo también;

—Ea, bueno, mujer, como tu quieras.

Esta frase fué la norma que, sin saberlo el mismo, se marco Antón para tratar á la delicadisima Amparo. Cuando ella le rogaba alguna cosa, no tenía que ponerse muy pesada para conseguirla. El

fuertísimo Antón estaba dominado por aquella niña y no tardaba mucho en decir, sin que se notase en el violencia de ningún genero.

—Ea, bueno, mujer, como tu quieras.

Amparo era tan buena que jamás pensó en abusar de aquella superioridad metafísica que ejercía sobre su marido.

Un día Antón cogió un catarro fuertísimo. Muchos había cogido en su vida como aquel, pero jamás hizo caso; se curaba traginando por la huerta, trabajando como siempre, sin ocuparse de la tos. Pero esta vez no pudo ser así, porque Amparo colgándose á su cuello aquella noche, le rogó mientras le colmaba de caricias, que guardase cama, por lo menos un día.

Antón la miro asombrado. ¡Guardar cama! ¿Y para que? ¿Acaso le dolía algo? Estaba fuerte como un roble, y no tenía necesidad de acostarse y hacer el vago cuando los quehaceres eran tantos.

—Escucha, no me duele na, absolutamente na—repitió varias veces.

Amparo volvió á suplicar; aquella tos la asustaba; figurábase que Antón iba á caer malo si no guardaba cama, aunque no fuese más que hasta las once. Ella lo había oído decir en casa del médico muchas veces: las enfermedades suelen empezar por poco para acabar luego dando sustos horribles...

—Y si tu tubiás que estarte acostao mucho tiempo... si al fin, por no hacerme caso ahora, me tuviá yo que pasar las noches en vela, llorando, pensando siempre en que te ibas á morir, y á dejame sola... Antón, Antón, no quieo pensarlo...

Y rompió á llorar desconsoladamente, y Antón la cogió en brazos como si fuese una niña de corta edad, y después de besarla repetidas veces con mucho cariño, acabo por decir:

—Ea, bueno, mujer, como tu quieras.

Amparo se consoló.

Y era cosa de ver á Antón muy tapadito en la cama, (después de haberse embaulado un gran tazón de flores cordiales, que le dio su mujercita con mimosa ternura), sudando muy quietecito por orden de Amparo, que se acostó también en un extremo de la cama para no molestar á su enfermo. Este, dócil, con la docilidad que saben tener los que aman mucho, permaneció sin moverse sudando á más

y mejor hasta las once de la mañana siguiente en que Amparo consintió que se levantara, porque el día era espléndido.

Detalles como este, se repetían siempre que había ocasión para ello. Algunas veces, cuando Amparo, tras de regar sus flores y arreglar la casita, se sentaba bajo el emparrado para coser, como pasase mucho tiempo sin ver á Antón, iba en su busca y le decía:

—¡Jesús, Antón, descansa un poco; trabajas mucho!

Antón entonces se acercaba á ella, liaba un cigarrillo y le explicaba como los cardos, las lechugas, las escarolas y todas aquellas cosas que cultivaba, iban creciendo, y los frutos pecuniarios que podían rendirles, si una mala tormenta no lo estropeaba todo.

Porque eso sí; había que tener siempre cuenta con el cielo, que en más de una ocasión había hecho ya de las suyas en la huerta, arrasándola. Pero después de todo mientras la huerta estuviese bien cuidada y á el no le faltasen bríos para trabajar, todo podía arreglarse en pocos días.

Otras veces era Antón el que desde lo alto del terraplén de la noria contemplaba á Amparo, que cosía bajo el emparrado, entonando á media voz cantares, que salían de su boquita con modulaciones suaves llenando de emoción el pechazo del fuerte muchachote.

¡Oh, y que feliz era el, contemplando aquel cuadro! Todo lo que le rodeaba era suyo; el huerto frondoso y fértil, que el había labrado con tanto afán; aquellas flores que daban al ambiente suaves fragancias; los frutales que había visto crecer; la rueda de mimbre donde estaban sujetos los canjilones, rueda que había fabricado el con sus propias manos... Y para colmo de felicidad había dejado de pertenecerse, se había entregado á Amparo en cuerpo y alma; ella era su reina y señora y, por consiguiente, reina y señora de todo aquello que le rodeaba.

La débil y delicada niña, no sabía hasta que punto tenía sujeto á Antón; amabale con toda su alma y era siempre dócil y dulce, y no movía una silla sin pedir parecer á su marido. Por eso la tranquilidad de que disfrutaban duraría toda la vida.

Cuando Antón se acercaba lentamente al emparrado, sin pestañear, recreándose en la vista de aquel cuerpecito de su mujer,

sentía latir su corazón regocijadamente.

—Niña—le decía, procurando que su voz resultara cariciosa,—coses mucho; te van á doler luego los ojos.

Ella levantaba la cabeza sonriente siempre, como el que ha conseguido resolver el arduo problema de la felicidad.

—Que quiés, Antón, las cosas tién que hacerse.

—Pus yo no quiero que trabajes.

Y Antón se sentaba en el suelo al lado de la silla ocupada por Amparo, y hablaba y reía sujetándole las manos, diciéndole que de ninguna manera quería que aquellos ojitos que eran el encanto de su alma se cansasen de estar fijos en la costura.

Cierto día (habíanse pasado ya cinco meses desde el de la boda) Amparo sintió un malestar desacostumbrado: dolíale la cabeza mucho y de vez en cuando sentía angustias indefinibles.

Primero no quiso decirle nada á Antón para no asustarle, pero el que la miraba siempre con mucha atención noto la palidez que cubría la linda carita de su reina y señora, y le preguntó.

—¡Oh, no es naa!—contesto ella para tranquilizarle.

Contemplándola con mucho susto pasó Antón largo rato, sin saber que palabras dirigirle para calmar el dolor que la mortificaba.

Luego le mando que se fuese á la cama, donde estaría mejor; el se encargaría de hacer la comida.

Amparo no consintió de ninguna manera en acostarse, diciendo que otras veces le había dolido también y se le había pasado en seguida. Iba á hacer café; en casa del médico, cuando la señora padecía una cosa que le llamaban jaqueca y que consistía en un dolor de cabeza, más fuerte que el que Amparo tenía, la señora, mandaba que le hiciesen café y, en seguida se encontraba buena. ¡Ya vería Antón como se ponía buena ella también!

Y tanto dijo y rogó tanto á Antón que no se asustase, que al fin este acabo por creer que lo de su reina y señora no era nada, y se fué á trabajar á los cuadros de cerca de la casita para estar al alcance de la voz de Amparo á quien beso cariñosamente prodigándole tiernos mimos. Pero por más que quería convencerse á si mismo de que aquello no era cosa de cuidado, no las tenía todas consigo y mientras arrancaba coliflores y las acondicionaba en unos capachos que había de llevar á la plaza á la mañana siguiente,

pensaba en que aquel dolor de cabeza no era lo corriente y en que menos corriente resultaba aun el color pajizo que tenía la cara de su mujercita.

—¡Puñales! Si se me pusiá mala, y se muriera... había pa tirarse al río de cabeza—decía temblando.

En esta disposición de animo estaba cuando Amparo, que sentía grandísimas angustias, y que no quería asustar á Antón, se levanto de la silla y quiso meterse en la casa, pero antes de entrar en ella le dio una arcada angustiosa y tuvo un vomito.

Antón que vio esto, dio un salto como si le hubiesen pinchado y quiso acudir á ella; pero al llegar á su lado, pasó por su cabeza la idea de que lo más á propósito sería que la viese el médico. Y atolondrado, sin fijarse siquiera en lo que hacia salió corriendo de la huerta, como si le persiguiese un toro, diciendo á Amparo:

—Voy á por don Luis.

Ella no pudo impedirlo. Antón corría como endemoniado llevando en la mano izquierda la coliflor que estaba cogiendo cuando le dio el vomito á su mujercita, ignorante de que la llevaba. Sin sombrero, despechugado, corriendo con tal velocidad y llevando en la mano la coliflor habríasele tomado por loco. Los perros le seguían gran trecho ladrando; los viandantes se fijaban en el, y como era tan conocido de todos por su formalidad y hombría de bien figurabanse en seguida que algo grave debía ocurrirle cuando de tal modo corría.

La criada de don Luis que barría el zaguán en aquellos momentos, vio entrar desalentado, sin fuerzas apenas para hablar. Había hecho el camino en pocos minutos y su respiración era entrecortada y fatigosa, y su pecho subía y bajaba ensanchándose y achicándose como fuelle de fragua.

—¿Esta el señor médico?—pudo preguntar.

La voz salió de su boca como resoplido jadeante de una maquina próxima á reventar. La muchacha contestole afirmativamente y el creyó encontrar el cielo abierto, al ver que entraba en la casa la criada, aunque no con la prisa que hubiera querido.

Un momento, que fué un siglo cuajado de angustias indecibles para Antón, tardo la criada en salir para decirle que podía entrar que don Luis estaba en el despacho esperándole. No aguardo á que le

repiteen la orden. Penetro en la pieza indicada sin pedir permiso. Todavía era su respiración anhelosa y no había desaparecido de su cara la expresión de susto y angustia. Instintivamente impulsado por la costumbre, fué á llevarse la mano á la cabeza para quitarse el sombrero, pero como no lo llevaba, su mano no pudo tropezar con el. De lo que se dio cuenta entonces fué de que empunaba una hermosa coliflor cuya procedencia no habría podido explicar en tan difíciles momentos.

—Vamos á ver, ¿que te pasa?—preguntó don Luis bondadosamente, sin mostrar extrañeza alguna, por estar acostumbrado á presenciar semejantes escenas.

¿Que qué le pasaba? ¡Puñales, ahí era naa la cosa! Que Amparo se le moría, que el no había sabido que hacer para aliviarla y que iba por don Luis para que el le diese la melicina mejor, y la curase en seguida.

Don Luis, viendo aquellos anhelos de Antón y compadecido de el, se puso el sombrero diciéndole:

—¡Vamos!

Antón salió con el y camino á su lado sin saber contestar á las preguntas que le dirigía. Verdad es que Antón sabía sobre el particular lo mismo que el médico: Amparo se había levantado muy pajiza, le había dicho que le dolía la cabeza y luego, á poco rato había visto que se ponía á vomitar y había echado á correr en busca de don Luis. Esto fué todo lo que Antón pudo decir al médico, que por seguir al asustado muchachote iba quedándose sin respiración.

Cuando llegaron á la huerta, Amparo se hallaba sentada bajo el emparrado, encogidita, con los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos. Al sentir ruido de pisadas levanto la cabeza y viendo al médico se puso en pie saliendo á su encuentro, con gran asombro de Antón que se figuraba encontrarla medio muerta.

Dijo que don Luis se había molestado sin motivo, que Antón tenía la culpa de haberse alarmado de aquel modo, cuando ella no tenía ninguna cosa de cuidado.

Don Luis la hizo preguntas y más preguntas y Antón les miraba alternativamente, queriendo notar la impresión que producía en el médico lo que su mujer decía; pero don Luis no cesaba de reir

bondadosamente, y esto, unido á que Amparo continuaba en pie, empezó á animarle y á alejar de el todo temor.

Y sonriendo y bromeando, con una delicadeza á toda prueba, les dijo lo que Amparo tenía.

No era ninguna cosa de peligro, no debían asustarse de aquellas angustias y de aquellos dolores de cabeza; cuando se sintiese muy fatigada debía de acostarse, pero no para estarse en la cama, sino para reposar un poco y volverse á levantar cuando sintiese alivio. Tenía que animarse, hacer ejercicio, distraerse, pasear, y no debían preocuparse porque lo que tenía era un principio de embarazo.

Antón, gozoso y satisfecho, miraba á su mujer con ternura infinita, y de no haber estado don Luis presente, la hubiese colmado de besos y de caricias.

A partir de aquella fecha, la adoración de Antón hacia Amparo aumento, si esto era posible. Atento siempre al menor movimiento de la muchacha, tenía constantemente el alma en un hilo, pues creía que al menor tropiezo podía ocasionarse daño de muerte.

Empezó por impedirle que fregase y barriese, y solo le consentía hacer la cama y coser al sol bajo el emparrado. Dejaba con más frecuencia el trabajo para ir á verla, y transportábase de alegría cuando la escuchaba cantar á media voz. Los cantos de Amparo llegaban á su oído como arrullo acariciador.

Cuando su alegría no tenía limite, era cuando veía á su mujer ocupada en hacer la ropa del nene que estaba por venir. Cogía con sus manazas callosas aquellos vestiditos y los miraba atentamente, acabando por preguntar:

—Escucha: ¿no te paece que esto sera mu chico pa el?

—¡Tu que entiendes! ¡Si te creerás que va á salir un gigante!

Antón la miraba entonces y charloteaba con ella. Era verdad; el, (porque desde luego había de ser chico), sería así, como la madre, mu poquica cosa, pero que, como la madre, valdría también más que el mundo entero.

Otras veces discutiau sobre el nombre que había de llevar la criatura, pero esta discusión duraba poco, porque quedaba resuelta por la costumbre. Se llamaría Manuel, como el padre de Antón, y si era hembra, Josefa; más no había que pensar en que fuese hembra.

Como el médico había dicho que le convenía pasear, Antón, á pesar de que se detenía muchas veces para ver Amparo, dabase tal prisa, que hacia doble faena en la mitad del tiempo. Y todos los días, á la caída de la tarde, después de regar las hortalizas, obligaba dulcemente á Amparo á que saliese con el. Le parecía poco campo la huerta, donde había aire puro como el que recomendaba el médico y donde se podría pasear; creía que á su mujer le sentaría mejor el aire fresco de las canadas y el paso por las vereditas estrechas, orladas de pitas y zarzales.

No se atrevía á dejar que Amparo diese un solo paso separada de el, y desde que salían de la huerta iban cogidos de la mano, porque eso de cogerse del brazo, según ellos, hacia muy señor.

Antón caminaba siempre con los ojos muy abiertos, avizorandolo todo. La menor piedra, la más ligera desigualdad del camino, era vista por el á gran distancia, y advertía á Amparo para evitarle un tropiezo ó un mal paso. Siempre iba con el alma en un hilo, temiendo que su reina y señora se pudiera hacer daño.

Cuando volvían á la huerta, Antón estaba cansado por la tensión en que había tenido los nervios durante el paseo, y porque había hecho con su cuerpo, á más de los movimientos naturales, todos los que Amparo hacia. Algunas veces, cuando la necesidad le obligaba á salvar un mal paso, una zanja ó un vallado, Antón mandaba detenerse á Amparo y la pasaba con un cuidado verdaderamente místico. Un sacerdote, iluminado por la fe y creyente con ceguedad, no habría llevado á su Dios con tanta reverencia como Antón levantaba á su mujercita.

Amparo sentíase satisfecha y feliz al lado de aquel mocetón que adoraba en ella con fe ciega.

Por nada del mundo habría cambiado la tranquilidad que reinaba en la huerta, comparable solo á la tranquilidad feliz que debió de reinar en el Paraíso, según nos cuentan libros viejos, durante los primeros tiempos, es decir, antes de la caída del hombre.

Y paseaba su principio de maternidad, feliz y animosa, en la esperanza de un porvenir tan feliz como el presente por lo menos.

Para que nada faltase, el trabajo de Antón resultaba más fructífero; la huerta parecía estar en eterna Primavera; la Tierra agradecía el mimosso cuidado con que la trataba Antón, y en su

pasmosa prodigalidad, le daba mil por uno, exuberante siempre, en eterno parto de riqueza y de vida.

VIII

Yo quisiera terminar aquí esta novela; no escribir una palabra más y que cada lector acabase por darle el final que le pluguiese, conforme á su gusto. Pero.... La mano del pintor no debe detenerse si, copiando la Naturaleza, encuentran sus ojos un reguero de sangre; en su paleta esta el rojo y por algo y para algo esta allí. No ha de servir solo para pintar labios que rara vez son rojos, si no han llegado á ellos los productos químicos de tocador. Con el rojo sedan perfectamente las impresiones del fuego y de la sangre derramada, y bien sabéis que se queman muchas cosas en la vida; que se deben quemar mas, y que la sangre no esta siempre guardada en las venas.

No creáis por esto que es mi novela una de esas que chorrean sangre; puedo aseguraros que no hay una gota. Pero he aquí que siguiendo la vida de una familia llego al punto en que el idilio se rompe y la tragedia empieza, y podéis creerme: si la tragedia no fuese tan humana como el idilio no proseguiría.

Se que las paginas de los libros donde palpita el dolor son pocas leídas; quizás porque el dolor tiene más sabrosa enseñanza que el placer, y sabido es, que con lo que sabemos, por poco que sea, tenemos bastante... Y sin embargo, no puedo resistir á la tentación de proseguir; creo justo que pueda conocer el que quiera la vida de Antón, aunque en ella no encuentre más que una vida y un pedazo de Naturaleza.

Y conste, lector carisimo, que no empuño la palmeta del *domine* soy yo muy poca cosa para eso. Así es que me limitare á narraros, sobriamente, todo lo sobriamente que pueda, los dolores de mi protagonista.

Amparo era una de las contadisimas mujeres que durante el periodo de embarazo no tienen caprichos ó por lo menos no los manifiestan. Y no pedía, como otras, por no pedir inútilmente, nada de eso; sabía ella muy bien que Antón hubiera sido capaz de los mayores sacrificios por complacerla. Tal vez fuera esta la verdadera causa de que se contentase con todo.

Durante los primeros meses de su embarazo desplegó tal actividad, que el séptimo ya lo tenía todo arreglado sin que le faltase el detalle más insignificante. Cuando necesitó algo se lo dijo á Antón y á este le faltó tiempo para acompañarla á las tiendas del pueblo, autorizándola para comprar cuanto quisiese, dispuesto á pagar con largueza todo lo que necesario fuera para tan hermoso objeto.

Amparo después de mirar y remirar las telas y puntillas que suponía indispensables para hacer las repitas al esperado hijo, fijaba en Antón sus ojos melancólicos y dulzones y le preguntaba:

—¿Qué te parece?

—Hija, lo que á ti te paezca. Tú sabrás,—contestaba mientras sonreía bondadosamente, como para darle á entender que todo lo que ella hiciera estaría bien hecho.

Como si la Naturaleza no hubiera consentido darle más fuerzas á la desdichada Amparo que las indispensables para que hiciese por sus manos las ropitas nuevas, no bien las hubo terminado empezó á debilitarse y á perderlas.

Primero vino una inapetencia casi absoluta. Antón se desesperaba viendo que la pobre niña iba perdiendo fuerzas; por más que rogaba á Amparo que comiese, sus ruegos no eran atendidos.—Ella no podía. Le pedía al afligido Antón que la perdonase; no era que se negase á hacer caso de el... Le quería mucho, con delirio, y le daba mucha pena verle tan cabizbajo y tristón; pero el estomago se negaba á recibir alimentos, y por más que se proponía Amparo comer de todo, sus esfuerzos resultaban inútiles; no tenía gana ni de abrir la boca.

Tampoco podía pasear como antes; estaba muy pesada, al poco trecho se veía obligada á descansar y sentarse. En pocos días se le puso la cara tan pálida y triste que el pobre Antón pasaba horribles desasosiegos viéndola. Las carnes se le habían puesto flácidas, y

tan lánguida era la expresión de sus ojos azules, agrandados por los semicírculos cárdenos de las ojeras, que se sentía al verla piadosa con misericordia. Don Luis iba a visitarla todos los días y le recomendaba algo que era imposible hacer: que tuviese ánimos, que comiese, que no se privase de danzar por la huerta...

Amparo tenía un presentimiento espantoso: el de que pronto iba a abandonar a su Antón y se iba a alejar de aquel pedacito de terreno, tan hermoso y florido siempre, que era el refugio de la felicidad.

Si un sacerdote se hubiese acercado a ella asegurándole que por la bondad de su corazón iba a ganar la gloria muriéndose entonces, y que si vivía estaba en peligro de perderla, por creyente que hubiera sido, Amparo hubiera dicho que no; que quería vivir allí al lado de *su hombre*, rodeada de las flores de sus arriates, oyendo por toda música los ásperos chirridos de la noria, respirando aquel aire embalsamado del jardín... Prefería aquella felicidad a la insulsa de la gloria eterna.

Claro es que Amparo no decía a Antón ninguno de sus tristes presentimientos; no quería darle cuenta de aquellas amarguras, pues sabía perfectamente, cual sería el sufrimiento del pobre mozo.

Algunas veces, cuando se sentía con más ánimos, se aventuraba por las vereditas de la huerta y marchaba en busca de Antón, que previendo que necesitaría mucho dinero para que nada le faltase a su enfermita, no se daba punto de reposo y trabajaba con tal ahínco, que no parecía sino que se hubiesen multiplicado sus fuerzas. Cuando la veía llegar despacito, salía al encuentro y en sus ojos brillaba un relámpago de alegría.

Ella procuraba animarse y Antón entonces machacaba sobre el mismo tema, dándole esperanzas, hablándole de la felicidad aquella, que acabaría por ser completa cuando se pusiese buena. Ya vería cuantas veces tendría que sujetar el nene, para que no se metiese corriendo por los cuadros estropeando todo el trabajo de su padre. ¡Oh, sería muy bueno aquello! Y como veía la sonrisa dulce de Amparo y escuchaba la promesa que le hacía de ponerse buena, con voz suave, en la que se notaba un dejo de amargura infinita, que Antón achacaba a la debilidad, poníase alegre y continuaba su charla, invitando a la delicada niña a caminar otro poquito, para que le supiese más sabrosa la comida. En estos días, realmente Amparo

comía mejor y Antón recobraba algo de la tranquilidad perdida, y su sueño era más sosegado.

—En verdad—pensaba—que no hay pa asustarse; la probecilla tié bastante con lo que tié y no es na de extraño lo que le pasa.

Se refería al embarazo. Como el no había vivido nunca al lado de mujeres, ni había oído hablar tampoco de aquellas cosas, llegaba á creer que el estado enfermizo de Amparo era debido á la proximidad del alumbramiento. Sin embargo, la tranquilidad le duraba poco, porque comprendía, por intuición, aun cuando no fuese mas, que para el terrible trance porque iba á atravesar su reina y señora eran necesarias muchas fuerzas y Amparo, lejos de adquirirlas, las iba perdiendo rápidamente.

Una de las grandes distracciones de la enfermita era ver cómo salía el agua de la alborea cuando Antón regaba. Muchas tardes, colocabase cerca del recipiente (especie de ah barquilla de cuatro caños, que distribuía el agua por todos lados) y allí permanecía contemplando silenciosa el agua, que corría por los regueros de la huerta y que iba anegando los cuadros de hortalizas donde la tierra se la tragaba con un glu glu ansioso.

El agua, saliendo de la alberca con gran empuje y precipitándose en los regueros, recordábale siempre aquella noche feliz en que Antón tuvo que desatancar el caño en casa del señor médico, para que pudiese salir el agua que anegaba el patio. Otras veces contemplaba meditabunda los regueros, y seguía con la mirada las hojas secas que arrebatada la corriente, recibiendo la impresión tristísima de las cosas que huyen para no volver mas. Entonces pensaba en lo corta que había sido la felicidad; tenía el convencimiento de que huiría pronto del fecundo campo de la vida, de igual manera que huían aquellas hojas arrebatadas por la corriente.

Sin que pudiera evitarlo, el llanto corría por sus mejillas copiosamente, como si su cuerpo fuese una alberca que se desocupase al evocar las ideas tristes.

Las visitas de don Luis se repetían á diario y el buen señor parecía complacerse en alentar á aquella feliz pareja. Pero en su interior pensaba en lo mal que se presentaba aquello. El momento de la maternidad se aproximaba, el instante terrible del

desgarramiento de las entrañas estaba cerca, y Amparo tenía pocos alientos, lo cual constituía la mayor de las contrariedades. Sin embargo, fuera por el buen deseo, fuera porque realmente tuviese en que fundarlas, tenía grandes esperanzas de salvar á Amparo, si Dios le ayudaba un poquito dándole un buen parto.

Y así se iba pasando el tiempo. Abril había llegado y en aquel mes quedaría decidido todo. La Naturaleza, como Amparo, estaba en germinación; la Tierra llevaba en sus entrañas las riquezas fecundas de Agosto.

IX

Don Luis, que no las tenía todas consigo, había advertido á Antón, aconsejándole que no se quedase solo en la huerta con Amparo. El instante del alumbramiento podía llegar á la hora menos pensada y se hacia indispensable la presencia de una mujer que no ignorase nada de aquellas miserias de la vida. Al efecto un día en que Amparo sentíase algo más fuerte y estaba más animada que de costumbre, salió de la huerta encaminándose á casa de la Monjilla, una viuda que había tenido catorce hijos y que estaba más ágil que una muchacha.

No tuvo que rogar mucho para conseguir su objeto; la Monjilla era una buena mujer y se avino gustosa á las condiciones impuestas por Antón. Ella conocía á Amparo á la que debía no pocos favores que la muchacha le había prestado durante su estancia en casa del médico.

Trasladóse pues á la huerta, alegre de poder ser útil, dejando el cuidado de su casa á cargo de la mayor de sus hijas solteras que ya tenía veinticuatro años.

Amparo veía los preparativos para el momento trágico con cierta tristeza y con no poco miedo. La Monjilla empezó por preparar la ropa indispensable para, en el momento dado no tener que titubear ni un minuto; encargose del gobierno de la casa y acompañó constantemente á Amparo, haciéndole pasear por la huerta, apoyada en su brazo y animándola, procurando desterrar de ella aquel vago temor de muerte que tanto la entristecía.

En poco tiempo Amparo se repuso un poco y volvieron á ella el apetito é imperceptible suma de tranquilidad. Quería ser fuerte, vivir para disfrutar de la compañía de su Antón y de la alegría de la

huerta, no podía resignarse á dejar la vida en la flor de su juventud y precisamente en los momentos en que era más feliz. Antón vi ó aquello con verdadero júbilo, su tranquilidad aumento y empezó á creer que efectivamente no se había equivocado don Luis al asegurar que Amparo se pondría buena.

fué una mejoría que trajo el contento á la huerta, desde donde hacia algunos meses no se había visto más que las lágrimas de Amparo y el gesto de susto que caracterizaba á Autou. Llegaron á creer, que el mejoramiento de la enferma era debido á los cuidados de la Monjilla, y si bien la habían mirado hasta entonces, ahora la miraban y consideraban mas.

Un día estaba Antón abonando unas plantas cuando oyó cerca de el la risa de su reina y señora. Levantóse de súbito y de un salto se puso al lado de ella, que caminaba despacito, escuchando las historietas y chascarrillos que la Monjilla le contaba. Al ver que Antón se acercaba tan deprisa, con los ojos muy abiertos, como el que acaba de saber el sopetón algo que le parece imposible, le dijo:

—¿Que te pasa? ¿Te has asustao?

—No, hija mía, no. Pero, ríete, ríete otra vez que yo te oiga; que me paece que acaba de entrar Dios en la güerta.

El momento tan temido lleugo. A las seis de aquella tarde de Abril sintió Amparo los primeros dolores y se puso tan pálida que Antón perdió toda su presencia de animo. Afortunadamente, la Monjilla, para quien ninguna de aquellas cosas era nueva, se impuso y ordeno á Antón que fuese en busca de la comadrona y que avisase de paso á don Luis que había manifestado deseos de estar presente.

Antón partió como un rayo, no sin acariciar antes á Amparo que estaba atemorizada y pocos momentos después volvía alentando fuertemente, sin poder hablar; había avisado á don Luis y á Andreíca, la comadrona, que vendrían ya por el camino; el no había querido detenerse por si hacia falta para algo.

Amparo, que continuaba amarilla como la cera, porque cada vez se sentía peor, le miro cariñosamente, como dándole gracias por aquella rapidez con que la servía.

Casi al mismo tiempo Andreíca y don Luis llegaron y todos empezaron á apercibirse para el rudo trance.

Afortunadamente y contra todo lo que se esperaba, este fué de los menos pesados y más felices que se conocen. Como decía Andreíca, Amparo había tenido una buena hora.

A las ocho de la noche, ya reposaba tranquilamente en la cama, teniendo muy apretadito entre sus brazos y el pecho un niño, que momentos antes había becerreado no poco, dando señales de que no había venido al mundo para estarse callado.

Don Luis se marchó tan satisfecho á dar la noticia á su señora. Antón le acompañó hasta la puerta y cuando el médico se despidió, dándole la enhorabuena, estaba tan conmovido que no pudo darle las gracias sino apretándole nerviosamente la mano.

¡Que hermosa le parecía la noche! Allá, en el cielo, figurábase ver algo extraordinariamente hermoso que no había visto nunca.

y, sin embargo, la noche era como otras muchas noches deliciosas y templadas del mes de Abril, y en el cielo brillaban las mismas estrellas de siempre.

Solo el había variado. Del miedo continuo y sostenido, pasó de pronto á la tranquila alegría de los hombres dichosos.

Al entrar, se dirigió á la cama y aproximando su áspera mano á la cara suave de Amparo, le preguntó que como estaba.

—Muy bien, muy bien; mucho mejor de lo que creía estar á estas horas. Solo me duele un poco la cabeza, pero esto pasara en seguida.

Andreíca, que estuvo en la casa hasta las diez, cuidó de darle al recién nacido jarabe y de acondicionarle del mejor modo posible. Antes de marcharse, dio algunas instrucciones á la Monjilla, aunque estaba poco necesitada de ellas.

Antón pasó aquella noche á la cabecera de la cama mimando á la enfermita y sintiendo que se despertaba en su pecho un sentimiento nuevo; el de la paternidad.

y contemplaba con respeto religioso á Amparo, que, arrebujadita, y teniendo muy apretado al pecho á su hijo, sin atreverse á hacer el más insignificante movimiento, estaba calenturienta, como la Tierra en Agosto tras de cumplir sus promesas de abundancia.

X

Desde el nacimiento de aquel chico, bautizado con el nombre de Manuel. Amparo, lejos de mejorarse, empeoraba. Pudo darle el pecho porque sacó fuerzas de flaqueza. El sentimiento de madre se había despertado en ella tan vivamente, que cuando dormía, rendida por los afanes, y aniquilada por la debilidad, bastaba á despertarla el más ligero estremecimiento del muchacho: dabale el pecho y arrebujábale cuidadosamente sin consentir nunca que de ella le apartasen.

Algunas veces cuando Antón le tomaba en sus brazos Amparo seguía ansiosamente todos sus movimientos temerosa de que le dejase caer al suelo al menor descuido. A pesar de hacer grandes esfuerzos por contenerse de tanto en tanto solía gritar:

—¡Por Dios Antón! Le vas á tirar.

Antón reía entonces asegurándola que no tenía las manos de manteca, pero, en vista de que Amparo se asustaba tanto, volvía el niño, que ella estrechaba entre sus brazos con efusión, besándole apasionadamente, como si acabase de salir de un grave peligro.

—Míale; se parece á ti; por eso le quió tanto.

Esto lo decía para que Antón no experimentase celos, por aquel cariño inmenso sentido con toda su alma.

Y no es decir esto que hubiera disminuido su cariño á Antón, antes había ido en aumento, convirtiéndose en más reposado. Veía en él al valiente defensor de ella y de su hijo, al compañero grande y bondadoso de toda su vida y seguía queriéndole con delirio. Testigo constante de los afanes del incansable Antón, agradecía bondadosamente el trabajo continuo de aquel mocetón, á quien no

dolían prendas siempre que se tratase de echar el pulmón en utilidad de la familia.

Antón, que idolatraba á aquellos dos seres por los cuales habría dado la vida sin titubeos ni vacilaciones, no estaba muy contento. Por lo debilucha que encontraba á Amparo comprendía que de continuar las cosas así pronto se quedaría sin ella. A veces, cuando se encontraba lejos de la vista de su mujer, acometíanle congojas angustiosísimas, pues le rondaba continuamente el presentimiento de que iba á quedarse solo en el mundo. ¡Que negro le parecía todo cuando pensaba en estas cosas tristes de la vida! La idea de la soledad, probable, volvía huraño á ratos y refunfuñaba por cualquier cosa cuando se encontraba solo.

Pero, en presencia de su mujer, hacia todo lo posible por aparecer tranquilo y se esforzaba en sonreír para darle ánimos á la triste criatura que también notaba que la vida iba huyendo de su cuerpo poco á poco.

Amparo veía llena de dolor que mientras otras mujeres se desarrollan y acaban por hacerse fuertes criando á sus hijos, ella perdía fuerzas y se debilitaba. Manuel, aquel muchachote que venía á la vida con todas las energías del padre, iba matando poco á poco á Amparo. Cogido constantemente al pecho, insaciable siempre, parecía empenado en esterilizar á la madre, que no sabía apartarle de sí. Hasta que el niño cumplió los siete meses Amparo no se atrevió á darle sopitas, pues creía que acostumbrarle antes á comer habría sido robarle algo que le pertenecía por derecho propio.

El niño, que crecía robusto, se acostumbro pronto á los nuevos alimentos y entonces Amparo pudo descansar un poco. Pero ya era tarde. Había agotado sus energías en aquel esfuerzo titánico de madre, y moría estenuada tras de haberle dado la vida á su hijo.

El triste Otoño llegó con sus tardes breves y tediosas, y sus noches largas en las que el viento áspero gemebundeaba, constantemente, empujando las hojas secas que se dejan arrastrar con la pasividad fría de todo lo muerto. Los frutales de la huerta iban quedando desnudos y sus ramas parecían retorcerse ateridas, y alzarse como brazos que implorasengracia. A los días oscuros, en que el agua caía incesantemente sobre la Tierra, como si el cielo no

se cansase de llorar por las miserias de la vida, sucedían los días de sol tibio y de crepúsculos rápidos. Las golondrinas habían huido en busca de otro clima más vigoroso y más cálido; las tórtolas no quisieron detenerse á presenciar como la Naturaleza desnudaba los frondosos bosques precisamente en la época en que el abrigo se hace indispensable.

Pero, toda la gente de aquel pueblo estaba alegre y llena de esperanzas; el Agosto les había dado una cosecha abundante y el Otoño se presentaba bien porque había llovido que era una bendición, y se preparaba una sementera de primer orden. Solo en la huerta de Antón reinaban las tristezas otoñales; solo el y Amparo se identificaban con la Naturaleza.

Antón no conseguía nada en favor de su reina y señora, y veía con rabia aquella impotencia á que le condenaba el cielo. Tenía que conformarse (como se conforma uno con todo lo malo: á regañadientes) con ver que Amparo se consumía rápidamente, sin poder contrarrestar aquella consunción.

Don Luis, el médico, estaba ya cansado de ir á la huerta para presenciar siempre el mismo espectáculo: Amparo se moría; los medicamentos no eran útiles para nada. No parecía sino que la pobre muchacha no hubiese traído á la tierra otra misión que la de querer á Antón, ser la alegría de aquel paraíso durante muy poco tiempo, dar luz á Manuel y marcharse de la vida.

Desesperabase Antón viendo que su mujer no comía y más aun observando que se pasaba las horas muertas ensimismada, acurrucada en una silla recibiendo los tibios rayos de sol; contemplando con melancólico embeleso al pequeñuelo que jugaba arrastrándose por el suelo, andando á gatas, para coger lo que más llamaba su atención.

Tan recojida en sus tristes pensamientos estaba Amparo que muchas veces no oía las fuertes pisadas de Antón que se iba acercando lentamente para ver como se encontraban aquellos dos seres que constituían toda su familia y eran el objeto de todas sus aspiraciones.

Un día, á principio de Diciembre Amparo no pudo levantarse. Había pasado la noche tosiendo, sin tregua ni reposo, y estaba estenuada. Dolíale el costado y el pecho y no podía moverse.

Antón fué en busca de la Monjilla, para que fuera á cuidarla, y aquel día no pudo trabajar; cuando se alejaba cuatro pasos de la habitación con animo de ocuparse en sus quehaceres, volvía al lado de la cama, creyendo que su presencia podía ser útil; y allí "permanecía en pie, inclinado, contemplando la expresión angustiosa del semblante de su mujer, que parecía irse achicando y convertirse en una muñequita.

Así estaba largo rato, basta que las lágrimas empañaban sus abiertos ojos y se alejaba un momento para desahogar las angustias de su pecho.

Pero no estaba mucho tiempo alejado de aquel lugar. Un poco repuesto de la honda emoción que experimentaba, volvía al lado de Amparo, con animo de contemplarla de nuevo, sin pestañear, como si de aquella manera pudiese devolver á su mujer la vida que iba perdiendo.

Amparo, que notaba la tristeza de Antón, solía de vez en cuando sacar las manitas, afinadas por la enfermedad, y le acariciaba suavemente, mandándole inclinarse mas, para poder tocarle la cara sin esfuerzo. Y le preguntaba que si sufría mucho al verla sufrir á ella, y aconsejábale que no se apurase, que ya vería como tardaba poco en ponerse buena. Podía creer en su palabra; viviría aunque para vivir tuviera que hacer un esfuerzo muy grande.

Realmente, aunque las más de las veces estaba muy apenada, había llegado á creer que cuando esta enferma una persona joven, que tiene un hijo á quien cuidar y un hombre á quien querer, pueden realizarse todos los esfuerzos imaginables y conservar la vida por lo menos el tiempo indispensable. Esto le daba alientos, pero tan pocos, que no tardaba en caer en sus angustiosas dudas. ¡Oh, no tenía fuerzas para más y se iba á morir!

De tanto en tanto se empenaba en que le llevasen á su hijo, y por más que don Luis había recomendado mucho que no se airease ni desabrigase, porque podía empeorar, era tal su empeño y con tanto afán reclamaba ser complacida, que Antón no podía por menos de darle gusto, pues consideraba muy lógico que una madre quisiese acariciar al hijo de sus entrañas.

Durante aquellos días Antón quedo convertido en niño. Cuando Manuel no dormía y la Monjilla estaba ocupada en los quehaceres

de la casa, que la enfermedad de Amparo aumentaba, Antón cogiale en sus brazos y le mecía y zarandeaba. Si se le dormía el niño en sus rodillas contemplabale atentamente y se perdía en meditaciones tristísimas. Producíale gran pena considerar que Manuel iba á vivir sin el arrimo y amor de una madre, y como el ya había saboreado aquellas angustias que trae consigo la falta de ternura, entristeciase pensando en el frio porvenir de su hijo...

Y llegaron las noches terribles en que se aguarda con incalculable ansiedad y con dolor infinito que la muerte llegue á arrebatarnos al ser querido que sufre. Antón no dormía, no podía dormir nunca, y la Monjilla velaba, dormitando á ratos en un rincón dela cocina, donde el fuego iba apagándose lentamente. Como la enfermedad de Amparo había tomado tan mal aspecto, como no había posibilidad de reposo en aquella casa visitada por el dolor, algunos amigos de Antón y las compañeras de Amparo quedábanse hasta tarde en la huerta, por si ocurría algo.

Todos entraban á ver á la enferma y desfilaban por delante de la cama, contemplando tristes y cariacontecidos á la angelical Amparo, que miraba á los visitantes con sus ojazos lánguidos y melancólicos, sin pronunciar palabra. Y todos se despedían con la misma formula:

—Ea, mujer, que t'alivies, que Dios quedrá que eso no sea cosa de cuidiao.

Y se marchaban llenos de tristeza y de pena también, con la convicción de que Amparo no se levantaría mas.

Durante las ultimas noches, se quedaban algunos á hacer compañía á Antón, aconsejándole que tuviese calma y que se acostase, porque no se podía vivir de aquella manera, sin comer ni dormir, y trabajando como trabajaba Antón en los ratos en que la enferma parecía más tranquila. Pero Antón no hacia caso á nadie; sentado en una silla, á la cabecera de la cama pasábase las horas, sin acordarse de el mismo, siempre con el alma pendiente de la respiración de su mujer. Algunas veces caía rendido y dormitaba media hora, pero con tal intranquilidad que cuando despertaba poníase en pie con ligereza y miraba con los ojos espantados á Amparo creyendo que se iba á encontrar la cama vacía.

—¡Pobre Antón!—exclamaba esta al verle tan sobresaltado—
Debes acostarte; vas á caer malo y sera peor.

¡Caer malo! ¡Ahí no era nada la cosa! Antón afirmaba que el no podía enfermar, mientras ella pudiese necesitarle. Estaría bueno y firme para cuidarla; para no darle la pesadumbre de que pudiese creer que estando en la cama le faltaba algo...

—¡Que buenísimo eres!

Y le acariciaba con sus manitas flacas y le hacia acercarse para besarle con pasión infinita...

En una de aquellas frías madrugadas de Diciembre Amparo se murió sonriendo. Su muerte fué tranquila y pacífica, como la de los elegidos. Probablemente se fué de la vida, sin darse cuenta de que se iba, sin ver llegar la muerte, porque aquella misma noche había estado más animada que de ordinario, y hasta había jugado un poquito con Manuel.

Cuando Antón se dio cuenta de su desgracia. SU dolor no tuvo limite; volvió á llorar sin consuelo, con desesperación, como cuando se había muerto su padre, mas, mucho mas, por que la perdida de Amparo era para el la perdida de toda alegría, la huida de su juventud; todas sus ilusiones se desvanecían; el cuadro alegre de la huerta con sus arriates de flores se convertía en un cuadro tétrico de invierno.

Y cuando se la llevaron tuvo ideas de destrozarlo todo mientras corría alrededor de la huerta, tronchando con mano nerviosa las pocas flores que quedaban y que fué á arrojar á la caja llorando angustiosamente.

XI

Con que compararía yo el dolor de Antón? De que imágenes me valdría para daros la impresión exacta de su ahogante pena? No se; solo podre afirmar que alcanzo todos los grados y que la manifestación de tan terrible angustia recorrió todos los tonos. Primeramente quedo atontado, como si no comprendiera la intensidad de aquel sufrimiento á que el implacable Destino le condenaba; después camino por la huerta desalentadamente, á grandes zancadas, con los ojos extremadamente abiertos, los puños crispados, como si fuese presa de un ataque furioso de locura. Quedóse luego parado, sin que pudiera leerse en su cara expresión alguna, ni de dolor ni de alegría, igual que si en aquel instante se hubiese vuelto imbécil... De haberle preguntado lo que le sucedía no habría sabido contestar.

Al cabo de un rato de ensimismamiento sombrío se encamino inconscientemente hacia el terraplén de la noria y allí se sentó en el suelo y permaneció largo rato desalentado, con la cara oculta entre las callosas manos, inmóvil y silencioso como la imagen del dolor. Así permaneció media hora larga sin dar señales de vida, abismado por decirlo así, en su terrible aniquilamiento.

Cuando alzo la cabeza sus ojos giraron inconscientemente recibiendo la vaga impresión de cuantos objetos le rodeaban... Pero en su retina no se grababan las imágenes sino de modo tan imperfecto y velado que apenas si podía distinguirlos.

Y pasó largo rato recorriendo sus miradas por todas partes, sin fijarse en ninguna, mientras en su cara se marcaba una expresión perfectísima de estupidez. Dijorase que su inteligencia carecía de tuerza para comprender su desgracia y su corazón de potencia para

sufrir toda la intensidad de su desventura. Se puso en pie y vago de nuevo por la huerta...

Unas flores deshojadas y algunas ramas de rosal que babiansele caído en una de las veredas, le hicieron volver un tanto de su anonadamiento.

Aquellos restos de plantas, tirados en el suelo, con señales inequívocas de haber sido arrancados violentamente, hirieron su memoria con el recuerdo de Amparo muerta, tendida en su pobre caja, que el mismo había cubierto con las últimas flores que adornaban la huerta.

Las piernas del fuerte Antón temblaron como si se negasen á sostenerle, y los sollozos subieron á su garganta y las lágrimas corrieron copiosamente por sus mejillas...

¡Oh, si, era muy desgraciado y su agonía era superior á todas las fuerzas del mundo!

El recuerdo de su pequeñuelo hirió vivamente su imaginación y corrió llorando á la casita á buscarle. Y allí cogiendo á Manuel entre sus robustos brazos, le acaricio con toda la dulzura de que el era capaz, diciéndole de tanto en tanto con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Probecillo mío! ¡Ya no tiés madre!

El chico, lloraba también, porque le sobrecogían y asustaban aquellos gritos destemplados de su padre, y le hacían daño las caricias apretadas que le prodigaba Antón.

Los sollozos del padre y los gritos de la criatura hicieron acudir á la Monjilla, que se ocupaba en arreglar la habitación y en guardar en el arca las ropas de Amparo con el piadoso fin de que Antón no las viese.

Y sermoneo al desgraciado, dulcemente, procurando dar á sus palabras toda la ruda lógica que las circunstancias requería.

Aquello no tenía ya remedio; los gritos y las lágrimas no podían volver á aquella casa á la que se había ido para siempre. Antón debía armarse de paciencia y aguantar resignado el tremendo golpe que acababa de recibir. A mas, cuando Dios lo había dispuesto de aquella manera, no restaba más que armarse de paciencia ó inclinar la cabeza, porque indudablemente había sonado para Amparo la hora y habría ido derechita á la gloria por lo buenísima que era.

Desesperarse equivaldría á no conformarse con la voluntad de Dios.

Antón escuchaba las razones de la Monjilla como quien oye llover, sin pararse á pensar en ellas, como si hubiese perdido el verdadero sentido de la realidad... Por fin cuando se dio cuenta de aquel mosconeo escucho un poco y parecieron llegar á sus oídos mil veces repetidas palabras sueltas, como «paciencia», «voluntad de Dios», «gloria», «resignación».... Y entonces volvió á estallar la tempestad con más fuerza que nunca y repitiéronse los sollozos convulsivos. Instintivamente dejó Antón el niño en brazos de la Monjilla porque sentía deseos de retorcerse desesperadamente los suyos y de revolcarse por el suelo maltrecho y dolorido.

Hablarle de Dios en aquellos momentos era igual á hablarle á una madre del asesino de su hijo diciéndole que había hecho bien en asesinarle.

¿Que estaba en la gloria su idolatrada Amparo? ¿Y que le importaba á el? ¿Acaso no se la habían arrebatado violentamente? ¿Es que no hacia más falta en la tierra para cuidar á su hijo, que en el cielo para estar conjlos bienaventurados? Y loco, desesperado, saboreando su desesperación pensaba en que resulta muy cruel, á veces, el fabulista de allá arriba.

El amor que por Amparo había sentido continuamente vivo, potente como el primer día, más vivo y potente porque entre ellos se levantaba el obstáculo insuperable de la muerte.

La Monjilla, notando que sus palabras parecían exacerbar el dolor pofundísimo de Antón, guardo silencio mientras mecía en sus brazos á Manuel que había cesado de gritar. No acertaba á encontrar palabras á propósito para llevar un consuelo, por insignificante que fuese, á aquel corazón amilanado por la desgracia.

Aprovechando un momento de tranquilidad la Monjilla le hablo del niño, que necesitaría todas las fuerzas del padre para criarse, sin padecer miserias. Esta vez la buena mujer, consiguió fijar más la atención de Antón, que la escucho sin contestar, pero haciendo propósito de volver á los afanes de la lucha diaria por el, solo por el pobre muchacho que iba á crecer sin el apoyo y arrimo de la tierna madre que había huido para siempre del árido campo de la vida.

Cuando llego la hora de acostarse Antón, á instancias de la Monjilla se fué á su cama y la encontró fría, fría; como nido abandonado y pensó tristemente en que aquel lecho no volvería á calentarse mas, y en que las paredes de aquella habitación no volverían á ser testigos de escenas de ternura y de arrebatos ardientes.

XII

El dolor moral no mata. Por grandes que resulten las penas que acosan al individuo; por inmensos que sean los padecimientos, la vida no se acaba de pronto. El dolor es verdugo cruelísimo que asesina lentamente, como saboreando las angustias infinitas que produce.

En un naufragio, el buque que, al fin, ha de ser devorado por las olas, bailotea sobre la agonía de su desastre, lucha desesperadamente y permanece horas y horas sosteniendo la esperanza de los que naufragan, prolongando un poquito más la agonía... El mar iracundo, amansa sus olas á ratos, y al chocar suavemente contra su victima, produce ruido de alegres risas y de besos apasionados. Y es que parece vengarse cruelmente del hombre que pretende domarle, orgulloso y altivo; y para que su desesperación sea mayor, quiere antes de devorar su presa, mostrarle la tranquilidad apacible de sus olas...

Antón era un naufrago de la existencia un desgraciado, que, pretendiendo acabar de una vez, ve que su vida no se acaba. No murió, no, al verse separado tan rudamente de la delicada mujer á quien había elegido por compañera de dichas y afanes; pero estoy seguro de que el hubiera querido morir y que le llevasen á ocupar un lugar al lado de la idolatrada niña muerta.

La desgracia inmensa á que le condeno su mala suerte, prodújole agudísimo dolor durante los primeros días; después el espíritu de Antón permaneció impassiblemente sombrío, como el mar que refleja las compactas y oscuras nubes que han de producir la tempestad devastadora, prodiga en rayos; tras esta impassibilidad en que no le importaba nada de cuanto le rodeaba, empezó á dedicarse al

trabajo continuo, que, á ratos, llegaba á distraerle un poco; pero trabajaba con la fría pasividad del que cumple una función orgánica, sin ardor y sin entusiasmo.

No le faltaba mucho para tornarse huraño y taciturno por completo, y se volvió con la muerte de aquel ángel, que había alegrado la huerta durante algunos meses, y que en su huida se llevo el espíritu alegre y juguetón que informara la felicísima luna de miel.

La Monjilla, á quien conmovía hondamente la desgracia de Antón, comprendiendo que SU presencia allí seria necesaria, quiso encargarse del cuidado de la casa, de vestir, limpiar y alimentar al niño y de cuidar también al desgraciado muchachote que solo se quedaba. Así es que un día la bondadosa mujer, después de haber servido la comida al hortelano, le dijo:

—Escucha, Antón: ¿Sabes que he pensao una cosa?

—Dígala osté.

—Que como tu no te podrías manejar solo y con el chiquillo, yo me quedo aquí pa cuidale y pa cuidate.

Antón comprendió en seguida el sacrificio que se iba á imponer la bondadosa Monjilla, y conmovido se levanto y le dio un abrazo rudísimo en prueba de que agradecía y aceptaba el ofrecimiento. Y, con voz entrecortada por los sollozos, el buenazo de Antón le dijo que allí seria ella el ama, hasta que quisiera...

Ella juro que no le abandonaría mientras el no mandase otra cosa, y sin hacer trato alguno se constituyo en ama de la casa y, más que ama, en madre cariñosa de los dos seres que solos y desamparados se quedaron en el mundo.

La Monjilla aprovechaba los días procurando que Antón no tuviera que mezclarse en nada que no fuese su trabajo; cosía y lavaba la ropa y cuidaba de Manuel con tanto mimo, que el muchacho lloraba y becerreaba cuando la Monjilla tenía que dejarle, para hacer las camas ó cuidar de la comida.

Por las tardes, cuando hacia buen tiempo, la pobre mujer iba en busca de Antón con Manuel en brazos, y le advertía que iba á salir á dar una vuelta por el pueblo y por su casa, para enterarse de lo que ocurría y de como estaban sus hijas.

Antón, á quien no se le ocultaba la obra de caridad que con el y con su hijo hacia, contestabale diciendo que podía hacer cuanto le viniese en gana, en la seguridad de que el no se enfadaría por ello. Y, así hablando, dejaba la azada y salía á la veredita para ver y acariciar á Manuel que crecía gordinflón y saludablote, con todas las fuerzas de su padre.

Y encargaba á la Monjilla que llevase una buena cantidad de los mejores productos de la huerta de regalo á sus hijas, y no paraba, viendo la prudencia dela mujer, hasta llenarle un cenacho grande de cardos, lechugas...

Después la acompañaba hasta la puerta, haciendo carantonas al chico que reía; y quedábase triste recordando su hogar deshecho; y veía marchar á su hijo pensando melancólicamente en las venturas pasadas.

Sin que ocurriese nada que sea digno de notarse, el tiempo siguió pasando con su impasibilidad fatal. Al Invierno sucedió la Primavera, y á esta el Verano y después vino el Otoño triste y sombrío como el espíritu de Am ton. Y sucediéndose unas estaciones á otras pasaron diez años.

Los negocios de Antón no iban mal del todo, pero su salud estaba algo quebrantada y la tristeza continua en que vivía desde la muerte de Amparo había ido aviejandole.

Por este tiempo fué cuando el caballejo que tiraba de la noria, murió, cansado de dar vueltas sobre el mismo punto, lo mismo que mueren muchísimos racionales que parecen enganchados al carro de la vida del que tiran perezosamente.

La muerte del caballejo constituía una verdadera desgracia para Antón, pues, por aquel entonces, no contaba con capital suficiente para reponer á su compañero de afanes. Vióse, pues, precisado á hacer trabajar á Manuel y á trabajar el doblemente, aprovechando las horas que debiera dedicar al descanso del cuerpo y esparcimiento del espíritu, en dar por si mismo vueltas á la noria hasta que los canjilones desportillados sacaban del pozo el agua que la huerta necesitaba.

Poco tiempo después, realizando un sacrificio grande, hizo la adquisición de Perico—a quien ya tenéis el gusto de conocer—pero

tan tiernecito era el pobre animal, que en un principio le di ó gran pena al bueno de Anion, utilizar sus débiles fuerzas.

También os he referido en los comienzos de este mi pobre libro, como la necesidad obligo al hortelano á enganchar al juguetón Perico; el susto que este recibió al ser tan tiránicamente sujeto á la noria, y la buena amistad que reinaba entre el hombre y el burro que parecían nacidos el uno para el otro.

Llevando una vida monótona y triste, si las hay, sin ilusiones rosadas, ni hermosas esperanzas, Antón iba siguiendo pacientemente el áspero camino que le había trazado su mala suerte.

Manuel se hizo mozo. Era bonachón, pero taciturno y poco comunicativo, y padre ó hijo se habrían pasado semanas, y hasta meses enteros, sin hablar, de no haber estado presente la Monjilla, que continuaba cuidando de ellos, y solía hablar algunas veces hasta por los codos de las escasas y poco interesantes cosas que por el pueblo ocurrían.

El mozuelo había crecido dócil, como su padre, pero los dos parecían un tanto ariscos y huraños, y aunque sus pechos rebosaban bondad, no eran ellos capaces de manifestarse el cariño profundísimo que sentían el uno hacia el otro, por parecerle la exteriorización de los sentimientos de ternura, cosa impropias de hombres fuertes como ellos eran.

Por lo que se refería á su hijo Antón estaba más que satisfecho, por lo bien que le ayudaba en sus trabajos, que habían hecho que la huerta floreciese como en sus buenos tiempos.

En los días de Verano, durante las fatigosas siestas, el mozo solía acostarse debajo de un árbol para descansar un poco su cuerpo enervado por el calor sofocante. Antón quedábase algunas veces contemplando á Manuel mientras este dormía, y entonces sentía que allá en las profundidades de su pechazo de atleta, se despertaba una ternura infinita.

Esto obedecía á que la cara de Manuel, perdía su rigidez habitual, que le hacia parecer hombre serio y reflexivo desde su niñez, y se iba dalzurando, poco á poco. Entonces sus ojos cerrados, de los que solo podía verse la linea formada por las pestañas, y la limpieza de su frente pura, por la que jamás habían pasado malos

pensamientos, recordaban á Antón la cara de Amparo, tan dulce y melancólica... Y se sentía enternecido y apenado ante las remembranzas de aquel sueño brevisimo de amor, y pensaba conmovido en los deseos que no pudo satisfacer por completo; en las caricias de aquellas manos delicadas, de las que se sentía siempre ansioso; en sus ardorosos sueños de amor, que no habían podido apagar ni el tiempo con sus fatigas, ni la ausencia con sus frialdades...

De buena gana, se hubiese acostado al lado de su hijo y le habría besado ardientemente, con besos calcinantes de amor infinito... pero se contenía, á duras penas, y se sentaba ocultando la cara entre sus manos, entregándose así á los tristísimos recuerdos de su amor perdido.

Cuando estallo la ultima y desgraciada guerra de Cuba, Manuel tenía dieciocho años.

Antón casi no había pensado en que á su hijo le llegaría irremisiblemente la hora de pagar su tributo—ese bárbaro ó inhumano tributo de sangre que nos vemos obligados á pagar en las naciones civilizadas—pero cuando se supo que había guerra, y cuando Antón había visto las amargas lágrimas que vertían las desgraciadas madres, despertó á la realidad y desde entonces le persiguió una terrible pesadilla en la que el hijo de su alma, aquel fruto queridísimo de su amor á la incomparable Amparo se le presentaba desgarrado, chorreando sangre, muerto en los campos de batalla, sin encontrar siquiera la mano caritativa que cerrase sus ojos abiertos y espantados.

Desde entonces Antón no tuvo sosiego ni reposo tranquilo. Pasaba las noches desvelado, dando vueltas en la cama, pensando en aquella separación que se acercaba; en aquella separación que vendría á undirle en las negruras de una noche interminable. Porque aunque poco comunicativo Antón idolatraba á Manuel, como se idolatra al hijo único que dejó la mujer amantísima, la cariciosa compañera... Amparo había sido el norte de Antón, la vida de Antón, la luz esplendente que llenaba su existencia, arrebolando su porvenir risueño; y muerta ella, la única luz que iluminaba su triste

vida era Manuel, el hijo queridísimo que había tomado la sagrada comunión de vida en el pecho amantísimo de la insustituible muerta.

Entonces el pobre hortelano empezó á sentir como un remordimiento de haber sido tan poco expansivo en sus amores paternos, y cuando se encontraba frente á frente de Manuel sentía deseos de abrazarle y de comersele á besos y le hablaba dando á su voz los acentos más dulces que podía.

Todos los domingos, después de almorzar, le mandaba arreglar y le decía:

—Vete pa misa, hombre, y diviértete con tus amigos que hoy hay poco que hacer.

Manuel se iba, más por obedecer á su padre que por los deseos de abandonar el pedazo aquel de tierra con el que estaba encariñado y donde se encontraba solo como en la misma gloria, sin tener necesidad de sufrir impertinencias de nadie.

Al volver á comer, ya lo encontraba todo preparado, y veía á su padre, no sin cierta extrañeza, situado en mitad del camino esperándole. Luego cuando habían comido, Antón invitaba á su hijo á que se fuese hacia la plaza á ver las muchachas y á jugar una partida de *truco* con los amigos ó un partido de barra. Entonces le daba un par de pesetas para que no quedase mal; porque ya estaba hecho todo un hombre y los hombres no deben vivir encogidos ocultos en un rincón.

Salía hasta la puerta con el, y cuando se separaban quedábase contemplándole, viéndole caminar desgarradamente, como el que no se ha cuidado en la vida del cuerpo.

—Escucha—solía decirle con mal disimulado enternecimiento;— que no guelvas pa regar, que no me haces falta.

Y Antón se metía en la huerta, pesaroso y tristón, cofesándose que acababa de decir una herigía muy grande. Porque el consideraba una herigía inmensa el decirle á Manuel que no le hacia falta.

¡No le hacia falta! ¡Dios mío, que cosas se ven obligados á decir los padres para que los hijos puedan gozar un poco de la vida!!
¡¡¡No le hacia falta!!! Y, sin embargo, no dormía, pensando en la separación, y sentía no ser más joven para irse á alternar con el, y ser su compañero... Entonces si que no le habría arredrado la

guerra, porque lo hubiese vendido todo y se habría marchado con el «a la fin del mundo». Si, señor, á la fin del mundo.

El día tan temido lleo. ¡Y que día, cielo santo! ¡Después del de la muerte de Amparo no recordaba otro peor! Manuel entro en el sorteo y le toco uno de los números más bajos. Y como era hombre robusto y fuertísimo, y como la guerra no puede alimentarse más que con carne vigorosa de jóvenes de veinte años y como que había que alimentar la guerra, no se por que inconcebibles torpezas, Manuel debía salir del pueblo muy pronto para incorporarse á un regimiento, con el que le enviarían á caza de hombres que eran enemigos suyos, sin el saberlo.

Entonces sonaba mucho el nombre de Patria pronunciado por labios impuros y por labios imbéciles, que carecían por completo de la verdadera noción de humanidad, que debe informar y regir todos los movimientos de los pueblos.

¡Patria! ¡Patria! La Patria del hombre es toda la tierra, é indudablemente no tiene más derechos sobre ella quien más mata...

Pero no quiero dejar correr la pluma que resbala nerviosamente por el papel y que escribiría muchas cosas impropias de mi humilde novela. Quédense estas cuestiones para otros libros que llevaran otra misión y que escribiré si para ello tengo fuerzas.

Antón cuando supo la mala suerte de su hijo; cuando se entero que no había otro remedio que ir á servir al rey, abrazóse á el apretándole nerviosamente contra su pecho y vertiendo un mar de lágrimas.

Hablarle á Antón entonces de resignación habría sido un disparate tremendo. El estaba verdaderamente indignado contra todo lo que pudiera ser causa de que su Manuel tuviese que abandonarle tan á la fuerza. ¿No le había dado su hijo Dios? Pues entonces quien tenía derecho á arrebatárselo? Acaso el, su Manuel, tenía alguna culpa de lo que ocurría allá á miles de leguas? ¿Acaso había en el mundo quien tuviese más derechos sobre Manuel que el, su padre, que le había engendrado en una hora suprema de amor?

Las ideas se embrollaban en la cabeza del pobre Antón que se desesperaba y gemía ante la desgracia horrible que le amenazaba.

Porque para él la desgracia mayor del mundo era que le quitasen á su hijo, y sobre todo que se lo llevasen al matadero.

La Monjilla, atribulada también por aquel rudo golpe del Destino, lloraba desconsoladamente, porque, al fin y al cabo ella había criado á Manuel, cuidándole como madre cariñosa y tierna, y como tal había llegado á quererle.

De nada servía que les dijiesen para consolarles, que la cosa no era para desesperarse por completo; muchos van á la guerra y vuelven sanos y salvos, y hasta llegan á hacer fortuna. ¡Si en el mismo pueblo tenían una prueba patentísima! El hijo de Bernardico el lencero hizo toda la guerra del Norte y volvió bueno y sano y con el grado de capitán. Allí estaba—el hijo porque el padre había muerto hacia muchos años—viviendo como un señor sin tenerse que preocupar de labrar la tierra, ni de hacer ningún trabajo para vivir á sus anchas. ¿No podría esperarle á Manuel una suerte igual?

Pero Antón no se acordaba más que de los hijos del pueblo á quienes en otros años había tocado la bola negra y habían tenido que ir á Cuba. Entonces no había guerra, pero era raro el que volvía porque las enfermedades en aquel país eran tan terribles que casi siempre tenían por fin la muerte.

Por eso no había nada que le consolase y por eso pasábale las noches sin dormir, llorando á ratos y desesperándose siempre.

No había que pensar en dinero; Antón no había tenido en su vida el que se necesitaba para librar á un hombre de la terrible y barbara contribución; la huerta no valía con seguridad tanto, y caso de valer no habría encontrado seguramente comprador. Manuel, pues, tendría que marchar á defender la Patria, que para Antón no era Patria puesto que estaba tan lejos, y tan desconocida de él era.

¡Y se marchó! Al pueblecito llegó la orden de que los quintos habían de concurrir á la ciudad inmediata, para ser destinados á cuerpo, y no valían achaques ni dilaciones. Había que obedecer las ordenes, superiores, viniesen de donde viniesen, porque si no prenderían al desobediente y le harían correr la misma suerte agravada por el castigo.

Antes de amanecer, Antón, que no había podido dormir durante la noche, despertó á Manuel, que dormía con la tranquilidad del justo, molido por las manotadas y abrazos que le dieron los amigos en

señal de despedida, y atontado por los consejos que las comadres y ancianos del pueblo le habían hecho escuchar, quieras que no.

Vistiéronse ambos, y en silencio comieron el almuerzo que la Monjilla les había preparado, y después de abrazar tiernamente á esta, que protestaba llorando á gritos de las injusticias de la suerte, que venían á arrebatarse á aquel muchacho á quien tanto quería, salieron del pueblo. Antón cabizbajo, con las alforjas al hombro, sin alientos para hablar; gruñendo de tanto en tanto algo ininteligible, hosco como el mastín á la vista del enemigo, y Manuel, resignado y silencioso, con el cuello rodeado de estadales benditos y de santos escapularios y medallas que habían de librarle, si no de la muerte, por lo menos de una mala hora...

Allá en la ciudad, cuando después de haberle elegido para infantería le consintieron que se despidiese de su padre en la puerta del cuartel, se abrazaron becerreando, mordiéndose, sin poder articular más que gritos desgarradores, sin saberse desligar el uno del otro, de tal manera que el centinela de la guardia de prevención llamo al cabo creyendo que aquellos hombres eran enemigos y se estaban matando.

Tuvieron que separarles á viva fuerza, y Manuel se vio obligado á entrar en el cuartel, cabizbajo, llorando como un niño, mientras Antón quedaba en la puerta apretando los puños, desesperado de su impotencia.

La noche la pasó allí, rondando por aquellos alrededores, llorando á ratos copiosamente, á ratos pataleando rabioso, pensando en la inevitable perdida de su hijo, á quien á la mañana siguiente se llevaron para Madrid.

Y el, Antón, volvió al pueblo maquinalmente, mirando de tanto en tanto hacia atrás, renegando airado de la sociedad que le arrebatara el único ser á quien quería con toda su alma.

A su cabeza vino el recuerdo de la muerta queridísima y murmuró:
—¡Si lo hubié visto!

Y ante el recuerdo de estos dos seres, Antón sintió que á su garganta subía un nudo, algo que le abogaba, y se dejó caer en un vallado, llorando desconsoladamente, sin alientos para continuar su camino...

Y allí hubiese quedado, no so cuanto tiempo, si unos arrieros del pueblo no aciertan á pasar por aquel lugar.

XIII

A partir de aquella fecha Antón fué hombre muerto. Pasábase los días enteros sentado en el terraplén de la noria, solo con su dolor y sus recuerdos, abismado en tristísimas reflexiones, contemplando cuanto le rodeaba con los ojos muy abiertos, con expresión perfectamente estúpida. Vivía, como maquina desconcertado, sin poder darse cuenta cabal de su verdadera situación. Caminaba encorvado, como si su desgracia inmensa pesase sobre su espalda haciéndole mirar hacia la Tierra, que parecía retardar demasiado el momento en que había de recibirle cariñosamente en su seno.

¡Pero la Tierra nos quiere recibir siempre cuando menos imaginamos, y la muerte no llega más que inadvertida y cruelmente, como si quisiera hacer alarde de su imperio y poderío!

Parece que el Destino obra con mala intención, contrariándonos siempre; queriendo sorprendernos á traición, cual si fuese asesino vulgar que se complace en herirnos por sorpresa, para que no podamos defendernos.

La peregrinación de la vida resultaba para Antón muy amarga, muy triste, llena de angustias supremas y de dolores despiadados que destrozaban su pecho.

El pobre hortelano nada le debía á la suerte; su honradez á toda prueba, la constante bondad de su espíritu y su laboriosidad incansable, fueron inútiles para venir en aumento de su felicidad.

Parecía nacido para sufrir y la mala ventura le seguía por todas partes, con saña, como deseosa de destrozár su corazón.

La crueldad ciega del Destino cebábase en él aniquilandole, pero lentamente, sin acertar matarle de un golpe decisivo arrebatándole

una vida que pesaba sobre sus hombros de modo insoportable.

Rousseau ha dicho que el espectáculo de la Naturaleza es un consuelo para todos, pero esto no rezaba con el infeliz hortelano, no podía rezar con el. Encontrabase en plena Naturaleza; Abril llevo con su germinación asombrosa y Mayo cuajo de flores los arriates...

Pero el germinal trajo nuevas angustias para Antón y las flores de Mayo vinieron á aumentar sus dolores.

El espectáculo de la Naturaleza, que se presentaba constantemente ante los ojos de Antón, calcinados por el ardientísimo y copioso llanto que había vertido, lejos de ser un consuelo era una causa nueva de dolor profundísimo. Aquellos arriates los había hecho el y en ellos había plantado cuantas flores pudo encontrar. Y las planto con entusiasmo, destinándolas á su amadísima Amparo, queriendo hacer un paraíso de la huerta, para que la muy amada reina y señora encontrase agradable aquel rinconcito.

Esta circunstancia hacía le verter amarguissimas lágrimas. Recordaba la época más feliz de su vida, aquellos días en que trabajaba con tanto ardor y entusiasmo con objeto de que su modesta hacienda quedase embellecida para recibir dignamente á la que su alma eligió como compañera...

Ni en la huerta ni en la casa había rincón por obscuro y apartado que estuviese que no le recordase alguna ventura pasada, algún sueño de amor desvanecido y perdido en las sombrías penumbras que le rodeaban.

En el terraplén de la noria pareciale oír la voz de Amparo, aquel Hijo, que bien!» que pronuncio su boquita temblando de emoción el día que desde allí le enseno la huerta.

Cuando estaba bajo el emparrado acordábase de los primeros meses de embarazo de su mujercita, y creía ver á Amparo, ocupada en hacer afanosamente la ropita para el esperado, aquella ropa diminuta que el encontraba muy chica.

En las veredas que cruzaban la huerta creía ver á Manuel, niño todavía, corriendo atolondradamente, riendo con risa franca y alborotadora que heria agradablemente sus oídos y le hacia olvidar á ratos sus dolores, inconscientemente convencido de que la vida,

cuando tiene un objeto tan sagrado como el de velar por un hijo, encierra mucho de dulce y atractivo. Y por ultimo los mismos arriates coronados de flores venían á recordarle la tarde tristísima en que enloquecido por su angustiosa pena, había despojado los rosales de sus ultimas flores, que corto nerviosamente, para arrojarlas sobre la caja en que se llevaron á Amparo ¡para siempre!

Para colmo de penas la Monjilla, único ser que procuraba animarle, prodigándole palabras consoladoras, tuvo que dejarle para ir á cuidar á una de sus hijas. Pero la infeliz tras de pasar noches afanosas llenas de angustia, cayo en la cama enferma, para no levantarse mas.

La pobre mujer había trabajado mucho durante la vida, había sufrido penalidades sin cuento y la hora del descenso llego.

Antón quedo solo; volvía inútilmente los ojos á todas partes y no encontraba á los objetos de su amor. Se habría dejado morir buenamente, pero una esperanza ilusoria le hacia vivir. Aguardaba que su hijo volviese de la guerra, y que endulzase con su presencia los últimos días de su amarga vida.

¿Acaso esperar á su hijo era un disparate? ¿No se había ido sano y bueno? Pues sano y bueno podía volver, tras de haber burlado la muerte en los campos de batalla.

El único compañero de Antón desde entonces fué Perico, el pacientísimo burro que tiraba de la noria pausadamente, sintiendo los chirridos quejumbrosos de la gran rueda, viejísima ya y casi inservible.

Perico había perdido aquel su carácter juguetón y alegre, de que hacia gala cuando rucio, antes de que le enganchara el tío Antón á la noria, y ahora era serio como cualquier filósofo, y se resignaba con su suerte, en vista de que sus pujos de burro libre y travieso de nada habían servido.

Era dócil, como lo son la generalidad de los seres, en particular el hombre, con una docilidad á *fortiori*, porque no podía pasar por otro punto; pero de mejor pasta que la generalidad de los seres (incluso el hombre) resignábase lleno de paciencia, casi contento de su suerte. Además ya iba para viejo y como burro experimentado sabía

capitular con el mundo y tomarlo como esta hecho, convencido de que era locura imperdonable pedir y desear lo que imposible era.

La horrible pena que ennegrecía la vida de Antón vino á redundar en beneficio de Perico, hasta cierto punto; pero estoy casi seguro de que si el burro hubiese podido medir la desgracia de su amo no habría sido capaz de afirmar aquello de que no hay mal que por bien no venga, que tan frecuentemente afirman los hombres, sobre todo cuando tras una des—gracia les viene un bien, aunque la desgracia la hayan experimentado personas á quienes llaman queridísimas.

Al contrario, y tal vez por no tener muchos puntos de contacto con la raza humana—porque el orgullo de raza existe hasta en la de los burros,—habría hecho buenamente el sacrificio de las caricias de Antón con tal de que aquel hubiese sido más dichoso y dejado de sufrir lo que sufría.

Nuestro pobre amigo arisco y huraño, como nunca, no tenía á quien comunicar sus pensamientos fuera del burro, con el cual sostenía conversaciones, larguísimas é incoherentes, como discursos de loco, en las que Perico ¡es claro! no decía esta boca es mía.

Toda la ternura del pecho de Antón iba á parar al burro, convertida en palmaditas cariñosas, á las que contestaba este, como siempre, volviendo la cabeza aguzando las orejas y mordiendo á veces la chaqueta de Antón.

Todos los días iba el hortelano á casa del médico, por el cual, según el decir de todos parecían no pasar los años. Allí, procuraba enterarse por don Luis de la marcha de la guerra y del movimiento de tropas. Luego se marchaba de nuevo á la huerta llevándose los periódicos viejos del día anterior y por la noche se entretenía en leer trabajosamente, casi delectando, los partes que daban cuenta de las escaramuzas y encuentros; pero, como leía tan mal, pasábase las horas inútilmente, sentado bajo el candil, acabando por dormirse rendido, sin haber descifrado aquellas rayas negras, simétricamente colocadas, que á veces le producían las angustias del vértigo. Las cartas que recibía de Manuel tenía que darlas á leer, porque, hasta que medio las sabía de memoria no podía descifrar lo que aquellos garabatos, trazados con torpeza, querían decir.

Aquellos escritos no le proporcionaban consuelo alguno.

El hubiera deseado hablar con su hijo, para que le explicase con claridad ruda todas sus penas y afanes.

Cada vez que leía los desiguales renglones de aquella correspondencia sus angustias iban en aumento y lamentaba no ser más mozo, para ir volando al lado de aquel hijo de sus entrañas que le había arrebatado una ley que el siempre creyó absurda y cruel.

Poco tiempo después de recibir las primeras cartas recibió otra en que le anunciaba Manuel que salía de Madrid, para un pueblo de muy lejos que le llamaban La Coruña, desde donde debían salir embarcados para Cuba. Esta carta le dejó más desconsolado y afligido de lo que estaba, hasta el punto que creyó volverse loco por completo.

Cayo en un estado lamentable de estupidez y no se atrevió á rogar que le leyeran aquella carta de nuevo, porque las palabras que contenía, trastornando su cabeza, le herían el corazón con saña.

Pasados los primeros momentos, gimió dolorosamente mesándose los cabellos:

—¡Se va más lejos!... ¡Se va más lejos!... Y se lo llevan al punto de peligro, á la guerra... ¡Allí lo mataran! ¡Allí quedara su cuerpecico!.. ¡Ya no lo golveremos á ver!

Y esto lo decía al burro, con tono lastimero, conteniendo los sollozos, y Perico, testigo y confidente único de aquel dolor agudizo, conservaba su seriedad filosófica y nada decía, no ya porque no hubiera podido, sino porque no habría sabido que decir en presencia de tan justo dolor, dado caso que en aquellos tristísimos momentos le hubiesen concedido el don preciosísimo de la palabra.

Desde aquel día no dejó uno de traerse el periódico de casa de don Luis; á más de lo que aquel buen señor le decía, quería saber por el mismo todo lo que allá, al otro lado de los mares, donde se despedazaban los hombres en defensa de la Patria á la que destrozaban bárbaramente por defenderla, ocurría.

Y á tal llegaba la afición de Antón por saber aquellas cosas, que acabo por descuidar de mala manera el cultivo de las hortalizas. Lo que le importaba á el sobre todas las cosas era la suerte de Manuel,

por el que hubiera dado hasta la vida, sin vacilaciones de ningún género.

¿Que le importaba la huerta, ni sus productos, ni la sangre de sus venas, ni la vida, sin su hijo?

¿Es que valía la pena vivir sin él? ¿No era preferible mil y mil veces la muerte que aquellas angustias que se veía obligado á saborear? ¿Para que le servía seguir trabajando, si con el trabajo no podía evitar á su hijo ninguna de las fatigas que pasaba, ni el más insignificante de los peligros?

Hasta el burro parecía participar de aquel enervamiento que solo el dolor continuado pudo producir; parábase algunas veces, casi al lado del tío Antón—como le llamaban ya los chiquillos del pueblo,— que leía atentamente aquellos papeles de Madrid, sin cuidarse ni mucho ni poco de las horas que corrían y de los días que pasaban. Perico, olfateando adivinaba la presencia de Antón y se detenía melancólicamente, calculando, tal vez, por la fatal apatía de su amo, lo apenante de la situación que á tal estado le había conducido.

Sin que nadie le mandara, y considerando probablemente aquel descanso perjudicial para el tío Antón, el burro, poníase de nuevo gravemente en marcha, logrando en algunas ocasiones sacar á su amo del sombrío ensimismamiento en que se encontraba, con los chirridos del eje.

XIV

La huerta presentaba el aspecto tristísimo de las cosas que mueren por consunción; aquel pedazo de terreno que tan fecundo llegó a ser, gracias a los afanes y trabajos del tío Antón y de sus ascendientes, iba perdiendo todos sus encantos, como resentido de la falta de cuidado.

La Tierra esta pidiendo constantemente sudor para ser fructífera, y sobre la huerta no sudaba nadie ya. Para un día que el tío Antón trabajaba con brío, dejaba de trabajar tres, entretenido en decifrar los partes de la guerra y las últimas cartas de Manuel en las que le anunciaba su llegada a la Habana y su salida a operaciones...

No estaba muy conforme con aquellos periódicos que no daban más que noticias extremadamente concisas para lo que el hubiera deseado.

Antón habría preferido que la prensa diese noticias de Manuel.

El nombre de los generales no le importaba; los hechos de armas, por brillantes que fueran menos.

Para él la lucha no habría significado nada si su Manuel hubiese estado alejado de ella.

Aun tuvo otra carta en la que el infeliz soldado le decía que se acordaba mucho de él, y de Perico y de la huerta.

¡Oh, tenía muchas ganas de volver y de encontrarse en aquel pedazo de terreno que para él resultaba lo mejor del mundo!

Después, nada. Los meses transcurrían para Antón lentamente, con esa lentitud irritante con que transcurren siempre para los que esperan con ansiedad algo que parece complacerse en no llegar nunca.

Manuel no daba señales de vida. En vano Antón esperaba la hora en que el cartero pasaba por la huerta, después de recoger en la estación la correspondencia escasisima del pueblo; la carta esperada no llegaba, los partes que en los periódicos leía de nada le servían porque por ellos nada averiguaba en concreto. ¡Decían los partes tan poca cosa!

Tras muchos meses de angustias supremas lleo la noticia al pueblo, y todos la supieron antes que Antón: Manuel había muerto en una de las continuas emboscadas con que mermaban nuestras fuerzas los insurrectos. La noticia la daba otro hijo del pueblo que andaba por la manigua á caza de la muerte. Pasaron algunas semanas sin que nadie se atreviese á participar á Antón tan terrible desgracia, hasta que un día se la dijo un amigo, bruscamente, sin calcular el daño que podía hacer.

Fua de sopetón, como escopetazo á boca de jarro, y tanta impresión hizo al pobre padre la tristísima y terrible nueva que cayo de espaldas como herido por un rayo.

El que tal impresión le había causado con el modo brusco de participarle la muerte de su hijo, llamo en su auxilio á los vecinos de la calle y todos se disputaron caritativamente ser los primeros en socorrer al desgraciado padre que tardo algunas horas en volver en si, aunque sin darse cabal cuenta de lo que le ocurría.

Cuando estuvo repuesto, salió de la casa del médico donde le habían socorrido, diciendo que no tenía nada, que nada sentía... Y se marchó á la huerta á paso lento, con todo el cuerpo inclinado hacia adelante de tal manera, que parecía imposible que pudiese mantener el equilibrio. Era una ruina humana, próxima á derrumbarse. Recorría aquel mismo camino que veintiún años antes había hecho en vertiginosa carrera, sin sombrero y despechugado, con una col en la mano, sin darse cuenta siquiera de como iba, ni atender á otra cosa que á llegar á casa del médico para que fuese en seguida á ver á su Amparo que estaba enferma...

Ahora no alborotaba á los perros á su paso, porque caminaba con la lentitud con que caminaría un enfermo casi agonizante. ¡Oh, que terrible había sido el Destino con el!

Las comadres, asomadas á las puertas veíanle pasar, cabizbajo y sombrío y á vista de desgracia tanta sentían tierna conmiseración.

—¡Pobre tío Antón! ¡Ha perdío su hijo! ¡Se lo han matao en la guerra!

—¡Quien lo había de decir!

—Si paece mentira que Manuel, aquel muchachote tan bueno y tan cabal se haya muerto.

—¡Tan trabajador como era!

Las jóvenes que recordaban á aquel hombre brioso á quien habían deseado, hablaban también lamentando la desgracia de aquel padre y la muerte del hijo, del que recordaban la prudencia con que siempre obraba y la bondad inmensa de su sano corazón.

Les parecía un sueño aquella desgracia y prodigaban elogios al muerto y frases de tierna conmiseración al vivo.

—¡Pobrecillo Manuel!

—¡Qué lástima de muchacho!

—¡Pobre tío Antón, cuanto debe sufrir!

Y lloraban recordando al mocetón muerto y viendo al afligido padre, y más de una protestaba gruñendo de que los pobres tuvieran que darle sus hijos á un rey que los mandaba á la guerra para que muriesen matando á enemigos á quienes no conocían y que eran también hombres que tenían madres, mientras los hijos de familias acomodadas continuaban gozando de la vida.

Viendo aquella desolación, se le habría ocurrido preguntar á cualquiera, sin ser filósofo, el por que los hombres instruidos, los que tienen la sacratísima misión de regir los destinos de los pueblos, no han encontrado un medio para evitar esos terribles derramamientos de sangre que llenan de angustiosa amargura el corazón de las madres y causan la sombría desesperación de los padres.

¡Y pensar que las grandes fiestas de los pueblos son los aniversarios de las grandes batallas donde se han matado los hombres sin piedad!...

XV

Antón llegó á la huerta. Iba solo; del dolor parecía huir la gente; ¡es tan poco simpático el dolor!! ¡tiene tan mala cara!

Letras había dejado caras compungidas, frases de lástima, pero nadie se atrevió á acompañarle, nadie quiso compartir con el aquel dolor profundísimo, aquella angustia inusitada.

Al pisar el umbral de la puerta, apenas si podía sostenerse en pie. Avanzo, sin embargo, trabajosamente algunos pasos mas, y, por fin, se sentó sin alientos en el suelo, jadeante, como el que acaba de hacer una gran caminata con mayor velocidad de lo que sus fuerzas le permiten.

Y entonces, por primera vez, después de haber sabido la fatal noticia, que tan extraordinario trastorno le había cansado, vio claramente la soledad y el abandono en que quedaba. Sintió en tal momento que temblaban todas las fibras de su cuerpo, que la aflicción le subía á la garganta apretándosela furiosamente, que sus ojos se nublaban y rompió á llorar, becerreando, porque quería hablar al mismo tiempo, lamentando su suerte.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Que había hecho el para merecer dolor tan agudo? ¿Acaso pesaba sobre su alma tristísima alguna maldición, de la que no se podía ver libre?

Y lloraba, lloraba, becerreando, sin darse punto de reposo, manifestando aquel dolor infinito que le ahogaba, por medio de gritos inarticulados, lastimeros é iracundos.

El burro, que no había sido enganchado á la noria aquel día y que permanecía ante su pesebre extrañando aquella holganza á la que tan poco acostumbrado estaba, al oír los lamentos de Antón salió del chiribitil que de establo le servía, y se dirigió, como si las voces

del amo le llamasen, hacia el sitio en que Antón se encontraba lamentando su mala suerte.

Iba lentamente aguzando las orejas y mirando á Antón.

Perico, al ver á su amo retorcerse en aquellas convulsiones y gritar de aquella manera tan desusada, se paro ante el aguzando las orejas y manifestando por su quietud reflexiva, que el era capaz de sentir las penas de su señor y compañero.

Antón no le había visto, ni se hubiera dado cuenta de la presencia de Perico si este en un raptó de ternura asnal no hubiese mordido la chaqueta de su amo, tirando de el hacia si, como participándole que debía llorar con el sus penas, ya que era el el único ser que en el mundo le quedaba.

El pobre hortelano alzo entonces la cabeza y la presencia del burro le conmovió más y mas. Levantóse y abrazándose al cuello de Perico, que parecía permanecer impassible, pero que en realidad debía de sentir la inmensa desgracia de Antón, lloró desconsoladamente, diciéndole entre sollozos que se habían quedado solos en el mundo, completamente solos, porque habían matado á Manuel allá, en la guerra...

Ya no les quedaba que hacer otra cosa sino morir lentamente, heridos por el dolor que les perseguiría sin tregua...

La conversación aquella duró mucho rato. Antón no se cansaba de lamentarse. Parecía que sus fuerzas se agotaban en aquella lamentación constante.....

El sol, un sol ardiente de Abril envolvía con sus rayos el extraño grupo que formaban Perico y Antón, mientras de la Tierra parecía salir el himno grandioso y vibrante de la) Fecundidad.

XVI

¿Por que vivió Antón durante aquellos últimos años? ¿Que esperaba? ¿Acaso la vida le servía para algo? ¿Es que el destino no había terminado su cruelísima labor?

No era el hombre violento, capaz de tomar resoluciones extremas, así es que aunque todo había concluido para el; aunque nada esperaba, y aunque no habría podido explicar el objeto de su vida, ni renegó de ella, ni pasó por su imaginación la idea de quitársela bruscamente, buscando en la muerte el reposo de todas sus fatigas y el lenitivo de todos sus dolores.

Su resignación, una resignación á toda prueba, parecía sostenerle.

Sin que el mismo hubiese podido adivinar la causa, fiaba y tenía vaguísima y remota esperanza en la infinita misericordia de quien todo lo hizo; y llegó á figurarse que todos los padecimientos á que se veía condenado, tenían origen altísimo é iban encaminados á una mayor gloria.

Confesare, sin embargo, que tales reflexiones no habían aminorado su desconsuelo, ni aumentado su conformidad. Y pasó por momentos tan amargos, que si no le obligaron á tirarse de cabeza al pozo de la noria, fué indudablemente porque su suerte le tenía reservadas nuevas desdichas, y porque siempre había sido de natural apacible y poco dado á desesperaciones extremas.

Dejaba deslizar su vida tristemente, con la estúpida pasividad de los regeneradores.

Como una maquina vieja á la que se hace servir mucho tiempo, gruñía, pero sin extremar sus gruñidos, convencido de que sus penas eran inacabables.

Antón, sumido en el mayor de los desconsuelos, había caído en un enervamiento sombrío de cuerpo y alma. Cuando paseaba por la huerta de noche, y la luna, caminando sobre la tierra, la inundaba de luz dulzona y suave, á la cabeza de Antón venía el recuerdo sacratísimo de Amparo ataviada en traje de boda, caminando á su lado encogidita, lentamente, como para retardar el momento supremo de la posesión...

El alma del pobre hortelano gemía angustiosamente ante el recuerdo de la queridísima muerta, viendo convertidos los sueños rosados de venturas inacabables, en horrible pesadilla. ¿Donde había ido á parar todo aquello? ¿Que se había hecho de su felicidad?

En penosa gradación iban pasando ante sus ojos todos los acontecimientos de su vida: los felices agujoneaban su dolor profundísimo, y los tristes aumentaban su pena hasta el punto de que, sentado sobre el terraplén de la noria, sollozaba con desconsuelo infinito al encontrarse completamente solo en este mundo de sufrimientos.

Para él se presentaba entonces la huerta como un Edén despojado de sus bellezas, donde las flores, no bien nacidas, habíanse tornado mustias é inodoras.

Pasando noches crueles en que sus dolores le martirizaban sin tregua, el sol le sorprendía casi siempre en sueño profundísimo del cual tardaba mucho en despertar. Las fuerzas aminoraban en él rápidamente, de tal modo, que rara vez cogía la azada para trabajar, y si la cogía era como cumpliendo una función orgánica, sin poner atención alguna en sus movimientos.

El trabajo, que antes constituyó para él la mayor satisfacción y el más honesto entretenimiento, había perdido para él su importancia.

Se abandonaba fatalmente, como si un poder misterioso se empenase en arrebatarse las fuerzas.

Sus relaciones con el burro, con el pobre Perico, viejo ya, y envejecido á fuerza de dar vueltas á la noria, fueron más estrechas. Con él solía hablar Antón de los ausentes por la muerte y de las dichas pasadas, y antes se olvidaba el desventurado hortelano de

comer que de dar el pienso al dócil Perico que tan filosóficamente escuchaba cuanto le decía, lamentándose de su mala suerte.

Algunas veces la soledad de la huerta le asustaba; sentía un frío extraño que le helaba los huesos, y creía ahogarse, como si el ambiente embalsamado con el perfume de las flores fuera sofocante é irrespirable, y la vista de aquellos objetos que le rodeaban tuviese algo de macabro y fatídico.

Entonces salía de su hacienda inútilmente, como huye un animal cualquiera de los lugares que pueden serle nocivos, sin darse cuenta siquiera de que huía del único punto donde podía ir arrastrando su vida y de que no por huir podía alejarse de su dolor.

Pero tenía miedo de salir solo y de encontrarse en el campo sin compañero alguno á quien dirigir la palabra, y desenganchando á Perico de la noria le hacia ir con el.

Sobre el desventurado hortelano ejercían sujeción los lugares que había recorrido en otro tiempo con Amparo, y allá iba, sin proponérselo, pero sin poderlo evitar tampoco, como si hacia ellos le empujase una fuerza irresistible.

Y le refería á Perico lo que habían hecho durante aquellos paseos, y los cuidados que prodigaba á la inolvidable muerta, cuando, embarazada de Manuel, la llevaba por aquellos lugares con el propósito de que adquiriese fuerzas.

Aunque ya viejo, Perico se sentía á veces algo juguetón al encontrarse en pleno campo, y como no tenía ronzal ni cosa alguna que le sujetase, apartabase de su amo y se iba á pacer la fresca hierba que crecía lozana á orillas de los arroyuelos. Antón, lejos de incomodarse por estas ligeras deserciones del burro, sentía cierto regocijo de verle feliz, comer y revolcarse, mientras recibía en su panza la ardiente caricia del sol.

Como no era egoísta agradábale ver que su único compañero estaba gozoso.

Antón sentábase á veces y se ensimismaba en sus pensamientos tristísimos, (viendo correr el agua que se deslizaba á sus pies murmurante, como si quisiera contarle con su voz apacible las bellezas que había visto á su paso y las flores que había besado en su rápida huida. Recordaba Antón las veces que se habían entretenido el y Amparo, sentados en aquel mismo sitio, arrojando al

agua restos de ramas, que la corriente se llevaba con rapidez para depositarlos muy lejos de allí, en la orilla, tras de haberles hecho caminar vertiginosamente.

Y le distraía llevando á su pecho placida languidez, aquel agua que, enamorada del mar, corría sin descanso en busca del río, que había de llevarla rápidamente al seno del grandioso amado...

Allí, encogido, ensimismado, escuchando la sonora canción de las aguas que huyen, pasábase Antón horas y horas sin pensar en volver á la huerta, como si tuviese miedo de penetrar en lo que fué paraíso y se convirtió en páramo solitario.

Algunas veces volvía, bien entrada la noche, acompañado de su burro, que resoplaba satisfecho y agradecido por el rato de expansión de que había disfrutado. Y como iba alegre y juguetón solía aguzar las orejas y morder el chaquetón de su amo, como si quisiera hacerle participe de su regocijo. Antón entonces le hablaba de las tristezas de la vida y le hacía caminar á su lado, como para sentir mejor la proximidad de Perico, único arrimo y apoyo que le quedaba sobre la tierra.

La luna había contemplado muchas veces, con mirada piadosa, aquel grupo formado por el burro y el hombre, y había derramado sobre ellos sus melancólicos rayos; los espíritus invisibles de las estrellas, asomabanse al cielo para verles pasar; los árboles, cabeceando pausadamente á impulsos del viento, parecían saludarles con reverencia...

Antón, hacia caso omiso de cuanto le rodeaba y solo herían sus ojos vivamente los objetos que guardaban algún recuerdo de los seres queridísimos é inolvidables á quienes no volvería á ver.

XVII

Con este ir y venir continuo, en que había más de atolondramiento que de consciencia, Antón solía olvidarse de su trabajo, y la huerta fué perdiendo paulatinamente sus encantos. De seguir las cosas así aquel pedacito de terreno, que tan ópimos frutos diera, acabaría por no producir nada.

La vida de Antón empezó á ser un misterio para cuantos le conocían: primero, dejo de llevar con regularidad á la plaza aquellos capachos repletos de hortalizas, que fueron siempre la base de su vida; luego abandono la huerta, de donde salía acompañado de Perico, para estarse días enteros en el campo, caminando al azar, devorando instintivamente la miserable merienda que llevaba; más tarde, sintiéndose como arrepentido de tales paseos de que tan poco fruto sacaba, experimentando remordimiento por haberse alejado del lugar donde guardaba todos los recuerdos de su vida, volvió á encerrarse en la huerta donde fué acostumbrándose á vivir casi sin trabajar, presa siempre de la pena que le acongojaba y mermaba sus fuerzas.

La huerta iba de mal en peor.

Aquel fertilísimo pedazo de terreno no producía ya ni la quinta parte de lo que daba en otro tiempo...

Y llego por fin, día en que el tristísimo hortelano no pudo pagar la contribución, por no tener dinero bastante para satisfacer la cuota que satisfizo siempre con religiosa puntualidad. Y tanto se descuido en el pago, que al fin fué apercebido y amenazado con el embargo si no pagaba pronto lo que pagar debía.

Aquel aviso fué como cruelísimo latigazo que hizo despertar á Antón del profundo y enervante sueño en que se encontraba

sumido. Le habían dicho que perdería la huerta, que pasaría á ser propiedad del Estado, y el quería conservarla á toda costa, por ser el patrimonio de sus abuelos, y el único rincón en que se encontraban los más sagrados recuerdos de su vida toda.

Lo único que le faltaba para completar su desdicha era el verse arrojado de su hacienda vergonzosamente, por tramposo. Pero aquello no podía ser y no sería.

Por las venas del pobre Antón corrió la sangre arduosamente, como en los tiempos felices de su existencia, y el temor de perder lo que con tanto afán habían conservado generaciones y generaciones de los suyos, enrojeció sus mejillas y pareció fortalecerle y animarle.

Pero el tiempo corría rápidamente y con el objeto de evitar la horrible catástrofe quiso apelar á recursos extremos. Pidió entonces á los amigos, inútilmente; los que hubieran podido favorecerle se negaron, y aprovecharon su ausencia para hablar mal de él, é inventar historias que nada tenían de verdad, pues hubo infame que hizo correr la voz de que, el encontrarse Antón en penuria tal, era debido á que el aguardiente le enloquecía y enervaba.

Esto era una infamia, pero ya sabéis que la infamia esta á la orden del día...

Otros, los que le querían de verdad y hubiesen dado cualquier cosa buena para ayudarle á salir de apuros, no contaban con lo necesario para vivir.

Antón, herido en su orgullo, tras de haber pasado inútilmente por la vergüenza de confesar su miseria; exarcebado su dolor por la negativa general, fué en aquella ocasión injusto, porque en sus conversaciones con el burro les midió á todos, justos y pecadores, con el mismo rasero.

Antón lloró desconsoladamente el desengaño recibido, y, considerando las miserias de la vida, maldijo de un mundo donde todo es engañoso y donde los hombres no saben ayudarse á pasar esta existencia en la que todo es mudable y perecedero.

Pero lo que más horrible le resultaba á Antón era aquella soledad absoluta en que su reatrimiento le había sumido, y verse sin tener con quien compartir la pena hondísima que le acongojaba...

Y tuvo ideas de dejarse morir en un rincón, pero un resto de orgullo le hizo reaccionar y hacer un propósito. El burro escucho cachazudamente razones como estas:

—Toos son unos charranes que me abandonan, pero no importa; ellos han de ver como el tío Antón no se ha güelto manco, y cómo sabrá quedarse con su güerta y pagar lo que debe.

Y, pasada por completo su indignación, condujo el burro al terraplén de la noria, y se dispuso á engancharle, con no poca extrañeza del animal que ya iba acostumbrándose á la vagancia. Antes de arrearle le dio unas palmaditas en los cuartos traseros, diciéndole:

—No hay más remedio que golver á trabajar, Perico mío, por lo que no hemos trabajao en estos tiempos de amarguras y de lágrimas. No hay más remedio que salir de estas miseriucas con que quieren asustarme, como si yo no fuera quien pa saber salir de too esto.

Y el pobre burro escucho aquellas palabras aguzando las orejas, y dio principio perezosamente á su tarea de dar vueltas alrededor de la noria.

XVIII

—¡Tía Josefica!

—¿Qué?

—¿Es verdá lo que me han dicho?

—Y ¿que es ello, hija mía?

—Que al tío Antón le quitan la güerta por tramposo.

—¡Ah, no lo creo! El probecillo nunca ha debió na á naide.

—Y, sin embargo, aseguran que es cierto. Mañana irán á embargarle.

—¿Pero es posible?

—Como osté lo oye.

—¡Probecillo!

—Por supuesto que le esta bien empleo.

—Y ¿por que?

—Hija mía, porque se ha olvidao de too y pilla ca borrachera...

—¡Quien lo había de decir!! A sus años!...

—¡Si la probecica Amparo levantase la cabeza!...

—Mas vale que se haiga muerto; porque pa ver estas cosas...

La conversación que acabo de transcribir, la sostenían dos comadres del pueblo, que no tenían, sin duda, otra cosa que hacer que ir por la mañana á besar el suelo de la iglesia, y por la tarde ocuparse en despellejar al prójimo.

Otras se hacían cruces, diciendo:

—¡El tío Antón esta perdío!

—Como no piensa más que en emborracharse, ha tenío que pedir dinero á too el mundo.

—¡Paece mentira!

—Por supuesto que naide se lo ha dao, y han hecho bien; es una lástima dar dinero pa alimentar vicios.

—¡Jesús, Dios mío!... ¡Quien había de pensarlo!...

A estos chismes y cuentos dio lugar Antón por solicitar la ayuda de sus amigos.

El desventurado ignoraba que en este mundo ocurre con mucha frecuencia que suele acabar la bondad y hombría de bien de un individuo, allá donde empiezan sus necesidades.

Todas las comadres, sobretodo las más beatas y santurronas del pueblo, creíanse ya con derecho de despellejar al tío Antón, porque teniendo un mediano pasar había caído en la miseria.

No miraban la serie de causas que habían llevado á tal extremo al pobre hortelano.

Lejos de eso, parecían complacerse en achacar á un vicio, que jamás había pensado tener Antón, lo que era motivado por la desgracia más espantosa.

Y lo más repugnante del caso era que en Antón se cebaba la maledicencia, empleando frases lastimosas, y que aquellas mujeres que le motejaban, lo hacían empleando palabras de conmiseración.

Las almas perversas parecen complacerse y regocijarse en el mal de los demás, y les basta ver á un individuo que va á caer para que se crean con derecho de empujarle, aparentando que acuden en su ayuda.

Pero, por fortuna, aun quedan almas piadosas en el mundo, y si hubo quienes motejaron al tío Antón de borracho, y perezoso, otros comprendiendo la intensidad de su desgracia, le compadecieron sinceramente.

Verdad es que estas almas compasivas eran precisamente las más necesitadas y por Antón no podían hacer otra cosa que sentir y compadecer su mala suerte.

A pesar de cuanto por el pueblo se decía, el embargo tardaría en llegar. Antón tenía aun un respiro.

Probablemente podría hacer un esfuerzo y salir triunfante si la suerte le ayudaba.

El había demostrado en otro tiempo que tenía fuerzas bastantes para convertir su huerta en jardín frondosísimo.

Ahora no necesitaba más que hacerla fértil y la huerta lo era.

XIX

El propósito fué firmísimo. Antón desechó sus flaquezas y preocupaciones, logrando salir de su enervamiento; y trabajó con ahínco, afanosamente, como en sus buenos tiempos, deseoso de demostrar que de nada ni de nadie necesitaba.

Poco tardó la huerta en ir cobrando su perdida lozanía; Antón se multiplicaba, dormía escasamente cuatro horas diarias y se pasaba casi el resto inclinado sobre la Tierra, regándola con el copioso sudor de su frente; y la huerta iba cambiando y mejorando, y poco tiempo tardaría en volver á estar tan hermosa como siempre.

Los maliciosos empezaron á cesar de hablar del tío Antón creyendo que este llevaba camino de salvarse y de volver á ser lo que siempre había sido.

Era indudable que, de favorecerle el cielo, podría salir Antón pronto de las angustias supremas que le acosaron cuando supo que iban á embargarle por tramposo; pero no siempre el cielo se muestra propicio.

Cuando Antón empezaba á experimentar gran satisfacción y á sentir cierta vaga alegría, que no había sentido desde fecha muy lejana; cuando veía con orgullo el florecimiento de aquel pedazo de terreno empapado con el sudor de su frente, una noche, después de haber regado, noto al levantar la vista, que el cielo se ponía obscuro, con medrosa obscuridad de caverna, y que las compactas nubes corrían hacia la aldea cabalgando en alas de violento huracán. Antón dejó la azada y se encaminó al casuco con objeto de cenar, pero antes de penetrar en el se detuvo para mirar otra vez hacia arriba, como si desde allí le llamase alguien. Quedóse estático mirando, con la boca abierta el horizonte, inspeccionándolo

detenidamente, como quien pretende leer, por la espesura del nublado, la cantidad de agua que contiene, y la fuerza con que va á caer.

La negra nube, que avanzaba rápidamente, le había hecho que se olvidase de la cena. Infinidad de veces había presenciado el estos espectáculos de la Naturaleza; vio en muchas ocasiones desgarrarse el cielo, sin experimentar por ello malestar alguno. Pero en esta ocasión sentía el pecho lleno de terror, y miraba anhelante al espacio como interrogándole, convencido de que aquella nube tan negra y tan compacta no podía traer nada bueno.

Acosado por el cansancio y rendido por las bruscas emociones que experimentaba, pretendió más de una vez meterse en la casa, cenar y acostarse tranquilamente; pero sus propósitos eran vanos, sus esfuerzos resultaban inútiles. Permanecía quieto, como si una fuerza superior le impidiese moverse, quitándole todo aliento, y se mantenía en el umbral de la puerta, inmóvil, como clavado, y fijaba su vista con ansiedad en la nube que avanzaba rápidamente, con su terrible acompañamiento de relámpagos y truenos, que cada vez se sucedían con más frecuencia y más intensos y potentes.

Como por inexplicable capricho de la misteriosa mano que rige y regula las cosas de allá arriba, el viento ceso de repente. La Naturaleza permaneció silenciosa como amedrentada; las hojas de los árboles no se movían, como si el horrísono tronar hubiera sobrecogido á la Tierra haciéndole experimentar el pánico horrible que acompaña á todas las grandes catástrofes.

La bóveda celeste estaba completamente negra, con negrura de cieno, y, con frecuencia pasmosa, veíase rasgada por culebrinas de fuego, que iban á morir á los confines del horizonte.

Otras veces los relámpagos, de una intensidad cegadora de implacable brillo, daban al cielo y al campo reflejos fatídicos de potente incendio...

Los truenos eran atolondrantes, estrepitosos, y hacían trepidar la Tierra que permanecía ante el espectáculo de la electricidad acumulada en las nubes, silenciosa, sobrecogida, amedrentada...

Antón, sin atreverse á penetrar en la casa continuaba en la puerta mudo, sombrío, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, sintiendo que el corazón se le oprimía y que su angustia iba su

aumento. A la luz de los relámpagos podía vérselo encogido y temeroso, fijando sus ojos fascinados en aquella terrible catarata de fuego, que parecía dispuesta á vomitar rayos sobre la Tierra, hasta desvastarla...

Y, dirigiéndose á la nube, murmuraba de tanto en tanto con voz temblorosa y enronquecida:

—Aoadé quia que vayas llevas la ruina.

Y, al decir esto, sentía extraño temblorcillo dentro del pecho, producido por la emoción profundísima que embargaba su animo. Y teniendo ganas, y más que ganas verdadera necesidad de reposo, continuaba quieto, inmóvil como si quisiera ser testigo presencial de la catástrofe que le amenazaba...

La perversa Curiosidad había clavado sus garras en él, quitándole todo movimiento, matando sus iniciativas todas, esclavizándole, haciéndose por completo dueña y señora de su albedrío.

La noche le miraba con sus ojos tenebrosos á la cárdena luz de los relámpagos.

Los truenos arreciaron y cada instante era mayor el horrísono estrépito que formaban, llevando invencible pavor á los corazones más fuertes.

Antón que no había podido moverse impulsado por el deseo de presenciar el terrible espectáculo se movió entonces, pero su movimiento fué impulsado por la caridad. Censo en el pobre Perico y tuvo fuerzas para arrancarse de la puerta y para ir al establo donde el pobre animal pasaba las noches. Encontróle tembloroso, aterrorizado ante el ruido estruendoso de los truenos, con el hocico metido entre las patas delanteras, única postura que encontraba adecuada para defenderse de la tempestad.

Y en previsión de que la lluvia empezara torrencialmente como era de esperar, y en vista de que en el pobrísimo establo podía mojarse, Antón determinó meterle en casa con el objeto de que el burro y el corrieran la misma suerte.

Desato, pues, á toda prisa el ronzal que le sujetaba al pesebre, y, dando las correspondientes razones á Perico, le traslado aunque con bastante trabajo, porque el susto y el endiablado temblor de las patas casi le impedían andar.

Penetraron ambos en la casa y Antón volvió á salir á la puerta, y allí se mantuvo inmóvil como antes.

Seguía la calma. De la tierra parecía salir una respiración abrasante; las hojas de los árboles no se movían. Arriba, el fragor de batalla arreciaba; abajo, no había más que quietud, la quietud trágica del agonizante presa de un síncope...

Algunos granizos gruesos empezaron á caer produciendo gran ruido al chocar contra la tierra seca, las hojas de los árboles y las hortalizas.

Al sentir aquel ruido Antón sacó la mano derecha del bolsillo y, extendiendo el brazo la expuso abierta para cerciorarse de si sus oídos le engañaban. Gruesos granizos cayeron en su mano con fuerza y entonces hizo un gesto de suprema angustia. Comprendió que la tormenta iba á descargar sobre la huerta y que las nacientes plantas quedarían destrozadas...

Los truenos continuaban sucediéndose con rapidez loca; los relámpagos cegaban, y á los primeros granizos sucedió una lluvia de ellos, tan violenta, que en pocos momentos quedo el suelo cubierto de espesísima capa.

El viento volvió á reinar, potente y bravío, impulsando con fuerza á aquella lluvia de granizos.

Antón recibió algunos en la cara que le hicieron el efecto de chinazos arrojados contra el con furiosa violencia.

A la luz deslumbrante de los relámpagos pudo ver como las tiernas ramas de los árboles colgaban desgajadas. Antón sentíase sobrecogido ante aquel espectáculo terrible que le sumía en la más espantosa miseria. Pensaba, con razón, en que la huerta quedaría arrasada...

No quiso ver mas...

Y apretando los puños con furia los levanto hacia el cielo que de tal manera destruía su trabajo; y tras aquella manifestación sombría de su impotencia, penetro en la casa acongojado y se abrazo al pescuezo del asustado Perico, becerreando desconsoladamente.

XX

Cuanto tiempo permaneció Antón sumido en su profundísimo dolor?

Los primeros rayos del sol penetrando por la puerta de la casa le sorprendieron sentado en una silla, apoyados los brazos en las rodillas y con la cara oculta entre las manos.

Perico, cerca de él, como si no hubiese salido del atontamiento que la tormenta le produjera, permanecía en pie en actitud grave, con la cabeza inclinada, casi tocando al suelo, y las orejas lacias. Parecía resuelto á no distraer la atención de su acongojado dueño, y permanecía silencioso y cabizbajo, como si en su limitada inteligencia de burro se reflejase claramente la situación angustiosa porque atravesaba Antón.

Este, acabo por experimentar un sacudimiento nervioso que pareció volverle á la vida.

Levanto entonces la cabeza, restregóse los ojos con las manos ásperas y callosas, y paseo su mirada velada, casi estúpida, por el triste casuco, sin ver nada, haciendo un esfuerzo por recordar la causa que en pesadumbre tal le sumía.

Al ver el burro tan cerca de él, empezó á darse cuenta exacta de su situación, y entonces se levanto de la silla que ocupaba, y, después de desperezarse y de bostezar ruidosamente, avanzo con paso vacilante como quien despierta de una borrachera, hacia la puerta. Una vez allí volvió á restregarse los ojos y se quedo asombrado al contemplar el espectáculo que ante su vista tenía.

Figurose la noche anterior, cuando la tormenta descargaba con toda su fuerza, que el destrozo seria tremendo, pero nunca pudo calcular que llegase á tanto.

Los árboles estaban sin hojas y de ellos pendían las ramas más tiernas, desgajadas y mustias, como si manos enemigas hubiesen tirado de ellas con furia con el exclusivo propósito de hacer daño; sobre la tierra harta de agua, hasta el punto en que había cuadros encharcados, veíanse restos de hortalizas, raíces blancas que asomaban á flor de tierra, como huesos de una fosa á medio enterrar...

Lo que el día anterior estaba lozano y ver—de siendo promesa halagüeña de abundancia, presentaba el aspecto sombrío de las cosas muertas violentamente. Lo que el agua, ayudando á la labor del incansable Antón, había hecho florecer, quedaba mutilado y destruido por el agua que el cielo arrojara hecha granizo devastador.

La huerta estaba convertida en un pedazo de terreno sobre el que no volvería á florecer la Naturaleza en mucho tiempo.

Si los que corrieron por aquella hacienda, la única de Antón, el día que este celebró sus bodas con Amparo, hubiesen penetrado ahora en la huerta, con seguridad que habríanse sentido sobrecogidos ante aquella devastación tristísima.

En los arriates no quedaban más que plantas estropeadas; sarmientos rotos con violencia; matas que parecían haber sido arrojadas allí para que se prudieran. Aquellos restos de lo que fué jardín florido no se podían contemplar sin sentir congojas supremas.

El resto de la huerta estaba convertido en campo estéril de arena infecunda. Los trabajos y afanes de Antón fueron infructuosos; el cielo no se había mostrado precipicio con aquel infeliz.

Al encontrarse ante aquel espectáculo de ruina y desolación, el pobre hortelano sintió que la ira se apoderaba de su pecho y pateo rabiosamente. Comprendía muy bien que el cielo había decretado la perdida de la huerta para el, pues se le alcanzaba que por muchas prisas que se diese para el trabajo, llegaría el ultimo plazo de la contribución y vendría irremisiblemente el embargo.

Y lo que más arreciaba su pena y colmaba su desesperación era el recuerdo de la maldita suerte que le había perseguido siempre, cuando el ningún daño había hecho á nadie.

Contadísimos años hacia que el Estado le quitara á su hijo, bajo el pretexto de que la Patria le necesitaba, y el hijo había muerto en la

guerra, despedazado por los enemigos, luchando contra ellos, sin saber á punto cierto el por que se le obligaba á pelear con aquellos hombres, ni estar seguro de Injusticia de la causa que defendía.

Aquella guerra, provocada, según el decir de todos, por abusos incalificables de los de arriba, había sumido á los de abajo en desesperación horrible.

Antón, muerto su hijo en defensa de la Patria, se había quedado solo y tras una existencia de afanes inmensos aguardabale una vejez tristísima, sin contar con un brazo juvenil y fuerte que le sostuviera en los amargo» trances de la vida.

Y ahora, como si aquello fuese poco, iban á quitarle también la huerta por no pagar la contribución, como si no fuese más que suficiente haber entregado su único hijo alas balas enemigas.

El pobre hortelano recorría la huerta como loco, contemplando con ojos espantados su ruina. La alberca estaba llena hasta salirse y, á través del agua trasparente, limpia y tranquila, veíanse ramas de árboles que la noche anterior había arrojado allí el vendabal. En los pedazos de terreno mejor labrados la tempestad había abierto hoyos profundos; solo uno de los rincones de la huerta, resguardado tal vez del viento por la raquítica tapia, había quedado intacto y frondosísimo, como para dar idea de lo que la huerta había sido. Aquel contraste que formaba la lozanía del trocito intacto y la aridez fría de lo desvastado arrancó lágrimas sentidísimas á Antón que pensaba apenado en que de nada sirven los afanes y trabajos de la vida cuando el Destino se muestra implacablemente contrario.

Perico, al encontrarse solo, y notar que los rayos del sol penetraban por la puerta de la casa, fué empujado por el instinto que le aconsejaba darse un baño de luz, y tardo poco en reunirse á su amo. No sentía muchas ganas de retozar, pero, sin embargo, la esplendidez del día habíale devuelto la tranquilidad que perdiera durante la noche cuando la terrible tormenta pesaba sobre su cabeza. El, en su condición de pacientísimo burro, no alcanzaba á comprender la situación en que el cielo acababa de colocar á su amo, lo que si le extraño fué ver que este no le enganchaba á la noria como de costumbre y sentía por esta holganza un vago regocijo.

Como no podía calcular las grandes pérdidas que su amo acababa de sufrir, no sentía otra cosa que la caricia del sol que templaba su cuerpo y llenaba sus ojos de luz.

Esta era la causa del regocijo que hacía bullir su sangre.

Por eso indudablemente se acercó á Antón, que continuaba contemplando el único rincón que la nube respetara, y alargando el cuello y aguzando las orejas, empezó á morderle un pico de la chaqueta como si quisiera invitarle al juego.

Obraba como siempre que se encontraba suelto y la luz penetraba en todas partes y se extendía sobre la tierra alegrándolo todo.

El hortelano se volvió al sentir aquellos ti rones, y al verse frente á su confidente y compañero único, sintió que su congoja crecía, y contó al burro, mientras le acariciaba, todas sus penas, asegurándole que estaban perdidos, ¡perdidos para siempre!

Y el paciente animal le escucho impasible y grave, sin poder prodigarle consuelo alguno.....

El sol continuaba su marcha triunfal vivificando la Tierra, indiferente á los dolores humanos. El cielo parecía no encontrar mal lo que había hecho la noche anterior; las aves entonaban sus cánticos de júbilo, y la tierra de la huerta empezaba á secarse y recibía los rayos de sol, que parecían querer vivificarla, con placido é invisible estremecimiento.

XXI

La tormenta no había descargado por igual en aquella comarca, así es que no fueron tan grandes como era de esperar los perjuicios que ocasiono.

Fue, según expresión de la gente de aquel pueblo un ramalazo.

La lluvia torrencial de granizo no descargo más que en una zona bastante reducida.

Por algunos lados no había caído ni una gota de agua.

El destrozo fué por fortuna insignificante.

Pero en esa insignificancia el más perjudicado había sido Antón que lo había perdido todo.

De no haberse encontrado en situación tan precaria, tal vez le hubiese importado menos y todo habría quedado reducido á una perdida grande, si, pero remediable.

Con trabajar después con ahínco, y poder resistir por algún tiempo la mala suerte, habríase podido ir reponiendo poco á poco acabando por quedar en el mismo estado que an tes, con la única diferencia que la de tener un poquito mermado el rincón de los ahorros.

Pero Antón no podía resistir mas, ni se encontraba en disposición de hacer el soberano esfuerzo que necesitaba para salir á flote.

Antes del amanecer los labradores salían de sus casas dirigiéndose á sus tierras para enterarse del estado en que habían quedado después de la nube.

En todas las caras, pintábase la ansiedad mezclada con la angustia de la incertidumbre.

¿Que habría ocurrido? ¿Como encontrarían sus haciendas?

Aquellos hombres que vivían constantemente con el alma en un hilo, pendientes siempre de un capricho de la Naturaleza, de un fenómeno atmosférico, sabían muy bien que una tormenta como la pasada podía sumirles en la más sombría de las desesperaciones.

Algunos se lamentaban.

¡Oh, si, realmente era una vida muy penosa la que arrastraban, siempre pendientes del cielo!

Los disgustos y la angustia no cesaban nunca.

Primero se quejaban por que no llovía, y por que con la tierra seca no se podía sembrar.

Luego porque llovía demasiado y el grano que había de dar multiplicadas las semillas corría el riesgo de pudrirse.

Mas tarde porque las heladas eran muy intensas y el frio mataba los retoños nuevos.

Después porque hacia falta una rociada...

Y siempre con el mismo tema y en la misma lamentación.

Aquello no era vida; los espíritus estaban siempre sobresaltados; depender de la agricultura era vivir en una agonía constante, en una preocupación eterna.

Había que añadir á todas aquellas contrariedades una mas; la mayor, tal vez: los gobiernos tenían olvidada aquella fuente de riqueza y no se cuidaba de otra cosa que de ir cobrando las contribuciones con la mayor puntualidad posible. Lo demás que les importaba?

El caso era embolsar el dinero á manos llenas.

Le pasa á nuestros gobiernos lo que á los caseros avarientos, que poseen una casa vieja.

Dan lo malo por bueno y todavía riñen y amenazan á los vecinos porque hay goteras, obligándoles á taparlas.

El Cuquillo, aquel amigo de Antón, que había ido también á ver su pujal, el cual no había sufrido daño alguno, entro en la huerta con objeto de hacer una visita al hortelano, y enterarse de lo que allí había pasado la noche anterior.

Encontrose á Antón, cabizbajo y sombrío, al lado del burro y le pareció notar que su amigo había envejecido en aquella noche de angustias.

Por lógica asociación de ideas, al ver á aquel viejo que se inclinaba hacia la tierra como si no pudiese soportar los dolores que llevaba encima, recordó sucesos acaecidos en fecha muy lejana ya.

Por su memoria desfilaron imágenes de otro tiempo, y creyó ver á Antón en la puerta del casuco, joven y vigoroso, engalanado con lo mejor que tenía en el fondo del arca, la tarde aquella en que fué á pedirle una azada, y que el le dijo que esperaba la visita de Amparo.

El, en todo el tiempo transcurrido había pasado por angustias también, aunque no tan extraordinarias como las de Antón.

El Cuquillo se fijó en el destrozo horrible en que había quedado aquello que pareció en otro tiempo un rincón del paraíso y sintió hondísima conmiseración.

Y no atreviéndose á llamar la atención de su amigo porque no sabía lo que había de decirle para consolarle, se alejó, murmurando:

—¡Pobrecillo, Antón, paece que le persigue la negra!

Y sin detenerse se dirigió otra vez á su pujal, lentamente, temiendo que su presencia podía aumentar el desconsuelo de su desventurado amigo.

>XXII

Desde aquella fecha, Antón dejó de trabajar con la afición que antes trabajaba. Si había procurado arreglar lo mejor posible la huerta, pero esto lo hizo sin orden ni concierto. Su labor parecía la de un maniático. Pasábase unas cuantas horas trabajando con ardor, y luego dejaba correr el tiempo, sin hacer otra cosa que hablar con el burro de las nuevas desdichas que le amenazaban, y de las que ya habían caído sobre él.

Y á tal estado había llegado en su amilanamiento que ya no pensaba siquiera en arrojarse al pozo de la noria.

Un día en la plaza del pueblo le dijeron que si la nube, que tan mal parada dejara la huerta, hubiese descargado en todas partes por igual, tal vez habría sido posible librarse por un par de años del pago de la contribución, pero como no fué más que un ramalazo, que perjudico á bien pocos, podía estar seguro de que por ellos no se haría gracia alguna y que tendrían que pagar como si no les hubiera ocurrido tal desgracia.

Desde luego, el que habría tenido poder bastante para librarles de la pesada carga, con seguridad que ignoraba hasta el lugar en que se encontraba el pueblo.

Este era el diputado del distrito pero á tal caballero le había bastado para que la gente le votase, prometer por escrito al Alcalde algunas cosas que no había de cumplir nunca, y una vez conseguido su objeto,—el de ser el representante del distrito,—no se ocupaba en otra cosa que en divertirse por Madrid y en hacer los mejores negocios posibles, valiéndose de su representación.

No había, pues, salvación para aquel desgraciado que se pasó la vida en afanes continuos; el ultimo golpe gravitaba sobre su cabeza

y no podría evitarlo, á no ser que la muerte, mostrándose una vez cariñosa y maternal, se lo llevase á otro mundo mejor, al mundo donde deben reposar los buenos.

Pero ni esa ultima suerte cupo al pobre Antón. Aunque quebrantadísimo de salud tenía, sin embargo, fuerzas bastantes para vivir y padecer durante algunos años mas. No se consumía por enfermedades; fuera de aquel costipado que tuvo en los comienzos de su vida matrimonial, y que tan bien le hizo sudar Amparo, no recordaba haber sentido dolencia alguna. Los que iban consumiéndose eran los dolores morales y sabido es que estos matan lentamente, como si en si llevaran una suma imperceptible de intención y se gozaran saboreando las amarguisimas angustias que producen.

Y, por fin, llego el día tan temido. Como si hubiera sido un tramposo que se hubiese negado á pagar, como si no hubiesen pagado entre el y sus antecesores, más de lo que la huerta valía, le amenazaban con el embargo, por moroso.

El ignoraba que cantidad debía, lo único que se le alcanzaba era que la justicia se presentaría en la huerta de un día para otro, y que le arrojaría de ella, quitándosela á la fuerza, sin atendera razones como si no fuese efectivamente suya.

Otra angustia mayor que todas aguardaba á Antón: en el estado ruinoso en que su tristísima hacienda se encontraba no valía, ni con mucho, la cantidad que adeudaba, y como providencia le embargarían también la *riqueza pecuaria*.

Realmente aquello era risible. ¡Embargar un burro viejo y matalón que apenas si podría tenerse en pie!

Pero la Ley es inexorable y tiene que cumplirse. La riqueza pecuaria de Antón la constituía Perico, el fiel compañero de su vida, el testigo y confidente de todos sus dolores, y el embargo pesaría sobre el, *riqueza pecuaria*, como sobre la huerta, *riqueza inmueble* de Antón.

Todavía aquellos caballeros que habían de efectuar el embargo le dieron un ultimo plazo que, lejos de aliviar el espíritu de Antón, aumento sus congojas.

Durante aquellos últimos días el infeliz hortelano no hizo otra cosa que hablar con el burro.

En sus tristes conversaciones llenas de incoherencias que ponían de manifiesto el mal estado de su cerebro, llenaba de improperios cuantos pudieran tener la culpa de su malhadada fortuna. De noche no podía conciliar el sueño. A todas horas creía escuchar ruidos extraños que le sobresaltaban y le sobrecogían.

Un avaro que guarda cuidadosamente su tesoro y ve penetrar ladrones en su casa, no está tan intranquilo y asustado como Antón.

Quando la fatiga le rendía y el sueño le cerraba los ojos, no descansaba; acosabanle pesadillas horribles que le hacían padecer horroroso martirio.

Unas veces sonaba que un diablo negro descendía de las alturas y se llevaba la huerta dejando aquel espacio vacío, convertido en un barranco sin fin; otras era el burro el que se llevaban por los aires sin que sirvieran de nada los fervientes ruegos que dirigía á los que le despojaban de lo único que sobre la tierra le quedaba...

Todo lo que constituía y causaba su obsesión diaria venía á ser el incubo de sus pesadillas, de aquellas pesadillas tristísimas que le dejaban aniquilado.

Por las mañanas, cuando salía del triste casuco, caminaba encorvado, mirando al suelo, como si buscara un lugar donde reposar eternamente.

Iba derecho al establo donde le esperaba Perico, dispuesto siempre á ser enganchado á la noria y á sufrir, con resignación ejemplar, el monótono destino á que estaba condenado de dar vueltas constantemente al rededor de un mismo punto.

No parecía sino que el pobre burro había podido hacer comparaciones y ver que en el mundo existían seres superiores destinados poco más ó menos que él á arrastrar su existencia voltijando alrededor de algún personaje que con seguridad daría menos de sí que la noria, centro de su vida.

Aquellos días, aunque no buenos, pasaron con rapidez; la catástrofe final estaba encima. Ya no había que esperar mucho.—Mañana—le habían dicho á Antón—se llevara á efecto el embargo, con que... arréglatelas como puedas.

Aquel «arréglatelas» quería decir:

—Busca donde meterte, porque desde mañana la huerta no sera tuya, ni tuya la casa... Desde mañana no tendrás donde guarecerte hasta que no te busques un rincón donde poderte ir muriendo poco á poco. De tu hacienda no te quedara nada, absolutamente nada. La ley no te concede más que la cama, los útiles de cocina y la azada... No debes, pues, dormirte porque los encargados de aplicar la Ley te la aplicaran con todo rigor, y no valdrán ni lágrimas ni suplicas.

Todo esto zumbaba continuamente en los oídos de Antón, como si se lo repitiesen sin tregua.

Parecíale aquello que le dejaba la ley un sarcasmo horrible.

Lo único que veía claramente era que se había quedado solo, pobre y viejo.

Se habían llevado á su hijo, joven y fuerte, el único sostén y apoyo que sobre la tierra le quedaba; se iban á llevar también la huerta, el sitio queridísimo donde guardaba todos sus recuerdos; le quitarían al mismo tiempo la *riqueza* pecuaria, el burro pacientísimo, su más fiel confidente... Y todo esto, en nombre de la Ley, en nombre de una Ley, que para él resultaba absurda y cruelísima, y acababa siendo sarcástica.

Porque sarcasmo y más que sarcasmo era, dejarle los útiles de cocina, cuando no tenía que comer, y la azada, cuando sus fuerzas flaqueaban y no podían ganarse la vida con su trabajo.

¡Oh!, la Ley. Si, debe cumplirse siempre al pie de la letra, pero debiera ser algo más piadosa aunque no dejara de ser inexorable.

Indudablemente Antón habría preferido un tiro en la cabeza antes de ver como le arrebataban lo que habla pertenecido á sus abuelos y el no pudo conservar.....

XXIII

El día fué esplendido, de los mejores y más brillantes de aquel año. La brisa que soplaba suavemente era cálida y llevaba fragancias paradisiacas; el ambiente parecía embalsamado de santa alegría. El cielo derramaba sobre la Tierra sus luces más puras, indiferentes al dolor de Antón. Las aves volaban llenando el espacio de armonías; la Naturaleza entera entonaba el potente himno de alegría y de vida en alabanza de quien todo lo puede...

Los rayos del sol penetraron alegremente en la huerta, y sobre los árboles enfermos, de los que todavía pendían algunas ramas desgajadas, iban a pararse los gilgueros emprendiendo su charloteo armonioso de niños traviesos...

Antón sumido en sombrío aniquilamiento, sentado bajo el tupido emparrado, donde tan felices horas pasara, aguardaba la hora fatal en que había de ser arrojado de lo que un tiempo fué su paraíso. Adán, tras su desobediencia, no sintió sin duda dolor tan profundo, ya que nuestro primer padre pecó con perfecta consciencia, cayendo bajo la Ley divina que había de castigarle, mientras que Antón veíase envuelto en los enredijos de la Ley humana, involuntariamente y sin que por su imaginación pasase la maldita y condenable idea del pecado.

Perico, estaba allí, al lado de Antón, en su actitud seria y reflexiva de siempre, como si comprendiese los dolores profundísimos y amargos de su dueño...

Así permanecieron horas y horas sin levantar la vista del suelo, como dos vencidos que nada tienen que decirse.

Las bellezas de la Naturaleza; el esplendor del día, el canto armonioso de las aves lo perdían sus oídos, como si nada de

aquello existiese.

Encontrabanse fuera de toda realidad.

A las cuatro de la tarde llegó el secretario del juzgado y un alguacil, representante del juez, acompañados de un par de agentes de la autoridad.

Antón les recibió huraño, mirándoles con ademán hostil y receloso, y entonces sintió verdaderos deseos de ahogar entre sus crispadas manos á los que tan inicuamente iban á despojarle de lo que era suyo, exclusivamente suyo, porque se lo había ganado con el honradísimo y copioso sudor de su frente.

Por fortunada para aquellos señores Antón había perdido las fuerzas, y estaba estenuado y fatigoso, sin alientos siquiera para tenerse en pie.

Tras las formalidades de rubrica el embargo quedo hecho, y aquella gente que obraba con la indiferencia de los que están acostumbrados á presenciar frecuentemente escenas semejantes, obligo al infeliz hortelano á sacar fuera de la huerta lo único que caritativamente le concedía la Ley...

Y obedeció, con la sumisión rabiosa con que obedecen los esclavos siempre, aunque por su cabeza pasaron ideas horribles de destrucción y venganza.

Si, si, el lo hubiera aniquilado todo; habría pateado la huerta que fué su orgullo, haciéndola infecunda; habría cegado el pozo de la noria que le dio agua para regar sus árboles idolatrados y sus queridísimas plantas; hubiese destruido los regueros, que eran como las venas de aquel fértil pedazo de Naturaleza...

Y no hubiese acabado ahí todo, no; sus siniestros pensamientos le habrían llevado á dar muerte violentísima á los hombres que iban á despojarle; á los que le quitaron á su hijo; á los que fueron causa de su desesperación; á todos los hombres, porque todos los hombres eran malos, puesto que no había uno solo que hubiese querido favorecerle en tan críticos momentos, cuando el conservar la huerta no le costaba más que una miseriuca, un puñado de pesetas, que el mismo despreciaba.

Pero Antón comprendía su impotencia; conocía bien la debilidad de sus fuerzas y obedecía, trasladando, cargado como un burro, lo

que le dijeron que debía llevarse, y colocándolo en uno de los lindes del camino, sin saber para que lo dejaba allí.

El pobre hortelano estaba espantable, con los ojos inyectados en sangre; la mirada iracunda de la fiera acorralada, y el andar inseguro de los beodos.

La cama, las dos sartenes viejas... toda aquella hacienda risible que le dejaban, no la quería para que?... Y, sin embargo, cargo con aquello á costas.

Cuando todo hubo terminado, le obligaron á salir, porque la puerta tenía que quedar cerrada, hasta que alguien se encargara del cuidado de lo que había sido suyo.

Antón salió tambaleándose, con la azada al hombro, apretando nerviosamente el mástil con la mano derecha. Los que le embargaron seguíanle recelosos, temiendo que la excitación del hortelano le obligase á cometer una barbaridad...

Pero Antón no se volvió, y al llegar á la linde, donde en montón informe había dejado lo que le pertenecía, arrojó aquel instrumento de labranza, que pudiera haberse convertido en arma terrible contra los encargados de despojarle.

Después el hortelano, se dirigió á Perico, que era conducido del ronzal, por uno de aquellos hombres y le abrazó el cuello nerviosamente, despidiéndose de el, loco de dolor; y así hubiese permanecido largo tiempo á no apartarle con cierta brusquedad aquellos hombres que llevaban gran prisa de terminar su misión.

Entonces el desventurado Antón arrojose al suelo, cerca del resto risible de su hacienda y prorrumpió en sollozos amarguísimos. Los demás continuaron su marcha hacia la población, llevando del ronzal al pacientísimo Perico que sentía verdadera extrañeza al no escuchar la voz cariciosa de Antón y empezó á experimentar cierta desconfianza que le bacía volver la cabeza de tanto en tanto, anhelando ver llegar á su amo. La impaciencia y desconfianza del burro creció de punto basta el extremo de que una vez cerca del pueblo se volvió con tal violencia, que el ronzal se escapo de las manos de quien lo conducía.

Entonces, al verse libre, emprendió una carrera vertiginosa, como cuando era rucio, dirigiéndose hacia el lugar en donde su amo

quedara, con cuanta velocidad pudo...

Y luego, pero el esfuerzo había sido supremo y cayó á los pies de Antón, alargando el pescuezo, como solicitando una última caricia de su mano.

Antón al notar la presencia del burro, de aquel amigo inseparable, comprendió que debía haber escapado de la tiranía de aquella gente, y se arrojó enternecido á él, revolcándose por el suelo y pensando en que Perico, aquel burro espirante, que casi se había matado por correr á su lado, tenía mejor corazón que los hombres.....

El día terminaba como había empezado; el cielo purísimo se extendía sobre la Tierra exuberante, los últimos rayos del sol doraban las copas de los árboles; las aves entonaban el melodioso canto con que despiden el día.....

FIN

UNA TRAGEDIA VULGAR

UNA TRAGEDIA VULGAR

I

Era Alberto hombre alto, fornido, vigoroso, de fuertes músculos, desarrollados como los de un gimnasta, pero, dentro de aquel corpachón de Hércules encerrabase un espíritu excesivamente delicado y perfectamente sensible.

De una familia orgullosa, perteneciente á esa clase media, que tiene ciertos pujos aristocráticos, no aprendió oficio alguno, que pudiera darle lo indispensable para vivir.

Los años de su juventud los perdió en las reuniones de los cafés y en los billares.

Su padre habíase empenado en darle carrera y le mando á Madrid donde curso los primeros años del bachillerato.

Luego, por buenos que fueran los deseos de BU familia, no pudieron librarle del servicio militar y en él pasó tres años, en los que sus adelantos para ser útil á la sociedad y á si mismo fueron nulos.

Cuando tomó la licencia había muerto ya su padre y quedo en la situación más aflictiva que imaginarse puede.

Aquel hombretón robusto y fornido no servía para nada, porque nada sabía hacer.

Tuvo ideas de continuar en la milicia, viendo en el cuartel el único punto de salvación, pero sus hermanas y su madre se opusieron resueltamente; según ellos aquello no era muy decente, para una persona fina de origen tan distinguido.

Ya solicitarían un empleo á propósito para el y pondrían en juego cuantas influencias encontrasen, para que pudiese conseguirlo.

Alberto, que como todos los hombres de gran corazón, era excesivamente bondadoso y complaciente, se avino á cuanto las mujeres de su casa querían. Él sabía muy bien que el trabajo

ennoblece y que todos (los oficios son de una honradez sin limite; pero por dar gusto á los suyos decidió esperar el destino deseado.

Aquella familia, que no tenía donde caerse muerta, sonaba con grandezas, estúpidamente y no podía consentir que el único hombre de la casa se ocupase en oficio bajo y ruin. Como si hubiesen trabajos que degradasen.

A más ya era tarde para ponerse á aprender un oficio por sencillo que fuese.

Y el bondadoso muchacho veía que era victima del orgullo de su madre y de sus hermanas; pero las quería tanto y era tan escasa su iniciativa, que no se atrevía á oponerse á los estúpidos caprichos engendrados por aquella manía de grandezas, aunque, midiendo sus fuerzas se consideraba perfectamente inútil, porque no sabía nada.

La colocación vino; un modestísimo empleo en el ministerio de la Gobernación, y haciendo un gran esfuerzo trasladáronse todos á Madrid; ellas, contentas porque llevaban muchos pájaros en la cabeza y el, triste porque preveía el martirio en que su vida iba á transcurrir.

Los destinos son poco duraderos; cualquier combinación política, cualquier cambio de Gobierno, echa á la calle una enormidad de empleados, que nada saben y para nada sirven, para colocar á otra enormidad, que sirven para menos y no saben nada.

Estando empleado un año y dos cesante, dedicándose á escribir pliegos para una notaria y haciendo combinaciones raras, Alberto fué arrastrando pacientemente su vida.

Por fortuna una de sus hermanas se había casado con un ricacho del pueblo, y se había llevado á toda la familia. Alberto se encontró solo, sin tener que atender á otras necesidades que á las suyas, y vivió, como as consiguiente con más desahogo de lo que había vivido hasta entonces.

Pero la soledad constituía para el un martirio insoportable; la falta de caricias entristecía su apocado espíritu...

Su corazón bondadoso necesitaba comunicarse con otro para vivir en constante paz.

Y sin saber ni el mismo lo que deseaba, paseaba agitado y taciturno por las calles de Madrid, en las horas en que sus ocupaciones le permitían, sintiendo anhelos infinitos y murrias inexplicables.

II

fué un desbordamiento de pasión.

Carolina era indudablemente el tipo sonado; una muchacha modestísima, sin pretensiones, bondadosa y delicada, que no sonaba con más grandezas que con las de su amor.

Porque Carolina amaba á Alberto con delirio. Primero, le resulto su tipo agradabilísimo; después quedo encantada de su bondad. Daba gozo verle, decentemente vestido, gallardo, ancho de hombros, airoso...

Vaya, que se habían encontrado; que parecían hechos el uno para el otro.

Ella era corsetera; trabajaba en un taller de la calle Alcalá y vivía sola y llevaba una vida inmaculada.

Cuando Alberto anuncio á su familia que se iba á casar y con quien, ellas se atrevieron á hacer ciertas apreciaciones que hicieron enfadar al muchacho.

Iba á hacer una gran locura—le decían,—una locura inmensa. Sin mirar ni su educación ni sus principios iba á unirse, con una cualquiera, con una corseterucha de tres al cuarto. ¡Jesús, si parecía mentira que un hombre llegase á cegarse de aquella manera; que una persona distinguida descendiese á tanto!

Pero el amor de Alberto era grande y ella se lo merecía, porque á pesar de aquella diferencia, de educación y de origen, tan decantada por aquella gente estúpida, Carolina valía, más mucho más por si sola que toda la familia de Alberto reunida.

Y el, que lo comprendía así, aunque á nadie se lo dijera no tuvo inconveniente en llevar al altar á la eorseterucha, y menos aun en pasar una luna de miel deliciosa y una temporada llena de paz.

De aquel matrimonio nació una niña, Rosa, que aumento los encantos de aquel vivir sosegado y tranquilo.

Alberto tuvo algunas temporadas malas que Carolina soporto con resignación, haciendo prodigios de economía y sabiendo hacerle dar de si al dinero hasta lo inconcebible.

En estas temporadas, pensaba Alberto, tristemente, en lo distinta que hubiese sido su vida de haber aprendido un oficio á la perfección, y no haberse dejado llevar del orgullo de su familia.

Cuando solicitaba colocación y le preguntaban por lo que sabía hacer se ponía rojo de vergüenza al tener que contestar que no tenía especialidad alguna, pero que haría lo que le mandasen.

y como eso de servir para todo no convence á nadie, porque equivale á no servir para nada. Alberto arrastraba su cesantia meses y meses, agotando sus fuerzas en una inacción espantosa.



Tuvieron, sin embargo, una temporada en que, trabajando los dos con alguna suerte, lograron ponerse al corriente y hasta hicieron alguna economía.

Pero poco después Carolina cayó en cama y tras una penosísima enfermedad murió, sumiendo al pobre Alberto en la más sombría desesperación.

La miseria penetra en aquella casa triunfante y atrevida, avasallándolo todo—como si todo fuera suyo,—avanzando tercamente sin retroceder una línea ante la enérgica actividad que desplegaba Alberto para no sucumbir á los rudísimos golpes del implacable Destino.

Alberto se dio prisa á participar á su familia la horrible desgracia que acababa de experimentar, pero fueron sordos á sus ruegos al principio, y luego le contestaron que si les hubiese hecho caso y no se hubiese casado con aquella mujer ordinaria, otra cosa muy distinta sería de él.

Aquel insulto inconcebible le puso fuera de sí, y decidió hacerse cuenta de que los suyos habían muerto para él. Solo le quedaba en el mundo un gran cariño y una sagradísima obligación: su hija; y tenía que hacer un esfuerzo titánico para que nada le faltase.

No hubiera él utilizado sus fuerzas en hacer el menor daño, su noble corazón impedíale obrar mal y hubiera sucumbido antes de que tuviesen que señalarle con el dedo.

Ante todo, por un sentimiento innato de repugnancia al mal, creía que el hombre debe ser inmaculado en sus costumbres, y sobre todo, que está obligado á sufrir, sin hacer disparates, cuantas penalidades se presenten en el camino.

Pero á pesar de su bondad y quizá por ella misma, faltábale cierto descaro, que sin llegar á la desvenguenza, suele ser necesario en este mundo, para salvar airosamente los obstáculos, invencibles á veces, con que suele tropezar el hombre.

Toda la energía que desplegó fué á estrellarse contra el Destino que parecía haber marcado una senda de amarguras infinitas á Alberto.

Para salir vencedor en el combate inacabable por la vida, sobra muchas veces la sensibilidad.

Desde que Carolina, su tiernísima esposa murió, la alegría fué cosa desconocida para el desdichado. Aunque joven supo encerrarse en su triste viudez, negándose á todo amor.

El amor para él no existía ya sino en el recuerdo de la queridísima muerta, y las más gallardas hermosas no habrían hecho impresión alguna en su animo.

Sentía la necesidad del recuerdo constante, y su pensamiento no dejaba nunca de estar ocupado en aquella mujer que había sabido acompañarle, cariñosa y tierna, en la terrible lucha, sin desmayar nunca por grandes que fueran las calamidades.

Y tuvo la desgracia de que hasta la vivaracha Rosa—hija única y sola ilusión de aquel infeliz—perdiese su flexible agilidad de ángel y se tornase taciturna.

¡Una niña taciturna! ¡Oh, que cruel es la desgracia, cebándose hasta en la inocencia!

Rosita no podía acostumbrarse á la ausencia de su madre. La echaba de menos á todas las horas y sentía la necesidad de sus caricias dulcísimas, y de sus continuos cuidados.

Por eso la desventurada niña no cesaba de preguntar:

—¿Por que se han llevado á madre? ¿Quien se la ha llevado? ¿Donde esta? Yo quiero ir con madre...

Estas eran las únicas palabras que salían de boca de la angelical criatura que, rotas las alas, había caído con estrépito sobre la Tierra, lago de amarguras inacabables.

Alberto sentía que se le desgarraba el corazón al escuchar aquellas preguntas, y, no sabiendo que contestar, habíase visto precisado á inventar algunas historias que contó á la niña.

Primero le dijo que su madre había tenido que ir á tomar baños porque se encontraba muy malita; luego, como lo de los baños duraba mucho y Rosa se impacientaba, le aseguro que había tenido que ir al campo donde se pondría buena y... volvería; después ideó otra cosa, y empleo cuantos recursos le parecieron utilizables para tranquilizar á la pobre niña.

El sentía el corazón destrozado el escuchar de boca de Rosa aquellas preguntas á que tenía que contestar mintiendo, y, á fuer de hombre honrado, podéis creerme, le repugnaba la mentira. Pero no encontraba medio mejor para salir del suplicio aquel.

Engañaba para hacer un bien, para tranquilizar su tierno corazón de ángel. A más Rosa estaba en esa edad dichosa en que aun no se tiene la idea de la muerte.

Cuando los males vienen, llegan atropellándose los unos á otros, como si en si llevaran una suma imperceptible de intención y se hubieran puesto de acuerdo para aniquilar al hombre más fuerte.

Verdad es que *no solo de pan vive el hombre*, pero más verdad es aun que sin pan la vida se hace intolerable primero, imposible después.

Nuestro desgraciado protagonista después de la muerte de su mujer tuvo una desgracia más casi tan horrible como aquella.

A Alberto se le acabó el trabajo, única distracción de su triste vida; sus brazos vigorosos de hombre activo tuvieron que cruzarse sobre el ancho pecho y holgar á la fuerza, enervándose.

Repetidas veces habíase encontrado en posición idéntica, pero ahora le arredraba mas, porque no podía ver con paciencia que la delicada Rosa careciese de pan, ya que vivía sin madre.

No tardo en venir lo que era de esperar, lo que tenía que llegar necesariamente á paso rápido: la miseria, con su espantable cara y horrible aspecto; el hambre, macilenta y pesada...

Los recursos que hubieran podido quedarle después de una larga temporada de laboriosidad y de suerte, los había agotado durante la larga dolencia que arrebató la vida á Carolina.

Esto hizo que desde que cesó de trabajar, empezaran las penosas privaciones, las privaciones sin cuento, los alarmantes y

cruel alarido del estomago, las noches interminables, preñadas de negruras, y repletas de pavorosos ensueños.

Y salía en busca de trabajo y pan, con el corazón oprimido, y parecía encontrar el cielo menos claro, más fríos los rayos del sol, é indiferentes con crueldad los hombres.

IV

Si trabajando no podía hacer gran caso de la pobre niña, viéndose en la necesidad de dejarla sola en las horas de trabajo, ahora, que nada hacia, veíase obligado á abandonarla casi por completo.

Cuando el hombre no tiene donde ganar una peseta tranquilamente, tiene que lanzarse á la calle y corretear constantemente para conseguir media.

Unas veces tocábale estar todo el día en una notaria, por si se daba el caso de tener que hacer una escritura de prisa; otras era el amigo B. que le citaba para ver el modo de arreglar una combinación cualquiera que diese por resultado un pedazo de pan.

El caso era vivir siempre en horrible ajetreo, cansándose para no poder conseguir nada...

La pobre Rosa quedábase sola en casa, sentadita en un rincón, conversando afablemente con una muñequita de trapo—fabricada por ella misma,—única compañera de la infeliz muchacha. Charloteaba y las suaves y dulces inflexiones de su vocecita salían de su boca, tristemente, como gemido de ave que perdió el nido.

Las conversaciones sostenidas con la compañera de trapo eran bien sencillas y reflejábase en ellas, vigorosamente, la penuria reinante en la casa.

—Madre se ha ido y tarda mucho en volver. Cuando venga iremos á esperarla. Padre esta triste, y desde que se fué madre me quiere menos, porque no me da tantos besos, ni me trae cosas buenas para comer.

Estas conversaciones sostenidas por Rosa con su muñeca, fueron escuchadas, en más de una ocasión, por el infeliz Alberto,

que llegaba al paroxismo de la desesperación y sentía desgarradas las entrañas. ¡Aquello era horrible, brutal, insoportable! Si había cometido durante su vida algún pecado, lo pagaba con creces. ¡Y la tierna Rosa, que vivía y crecía milagrosamente en el frío páramo, era el instrumento de tortura!

Muchas veces hizo el desgraciado detenido examen de conciencia; pero por más que repasaba con la memoria toda su vida, no encontraba falta alguna por la cual fuera merecedor de tan inmenso castigo: el había sido bueno, era bueno, tenía intención de ser bueno siempre.

Y había tenido aquella bondad con exceso, y no había perjudicado á nadie. ¿Era, pues, un castigo lo que sufría? Estaba seguro de que no, y, aunque su modestia era mucha, seguro de que no merecía tan mala suerte.

Cuando lo recorría todo, agotando todas las fuerzas, solía encontrarse con amigos, que le decían:

—¡Si supieras hacer estol...

Pero él no sabía nada; era un hombre perfectamente inútil, su familia por querer hacerle una persona distinguida le había perdido por completo.

¡Que envidia experimentaba cuando veía á algún obrero, comiendo en el suelo una modesta comida en medio de una plaza, acompañado de su mujer, sentados en un banco!

—¡Si yo fuera albanil!....—exclamaba.

Tras la pasmosa actividad que desplegó al principio, vino la reposada pereza del enervamiento, la estéril y terrible resignación del agotamiento de energías, y el pobre Alberto pasábase horas y horas en actitud meditabunda, pero sin meditar ni pensar en nada, sin hacer otra cosa que saborear su amargura, y en esto, aunque casi resulta increíble, parecía experimentar un *doloroso placer*, porque estaba cierto de que la vida no se prolongaría mucho, y á fuer de buen hombre, tenía vaga esperanza en algo infinito que, por mucho que tardase en llegar, llegaría al fin.

En tales casos, solo la voz de Rosa era capaz de sacarle de aquellas meditaciones, y cuando despertaba á la realidad era cuando salía á la calle vivamente herido, sintiendo dolorosas crispaciones de nervios al acordarse de que aquella criatura,

teniendo derecho á vivir, no debía consumirse como el pensando en la agobiante desgracia. Y á la vuelta era portador de lo necesario para no morirse, o, mejor dicho, para prolongar por más tiempo aquella agonía.

V

Un día salió Rosa de su cuarto en busca de otros niños con quienes hablar, cansada de que su confidente única—la muñeca de trapo—no le contestase. Recordaba que cuando su madre vivía salían á la plaza inmediata, donde jugaba con otras pequeñuelas.

Y sentía la necesidad, que experimentan los niños y los animales jóvenes, de corretear por todas partes y de llenar el aire de alegres gritos.

Salió del piso sintiendo un ligero estremecimiento de miedo, como todo aquel que da el primer paso en lo desconocido.

Alberto estaba fuera, cansando sus pies en balde, buscando trabajo.

La Casualidad, esa diosa protectora de los desheredados, hizo que en la misma escalera de la casa encontrase á una niña de su edad ataviada lujosamente. Si hubiera mirado al sol, no habría quedado Rosa tan deslumbrada. Como iba aquella niña tan bien vestida? ¿Por que ella, Rosa, no tenía unos vestiditos iguales, blancos, con adornos de encajes y cintas de color?..

Por primera vez en su vida experimento la pobre muchacha algo muy parecido á la vergüenza.

¡Oh! ¡Debía estar muy mal, horriblemente mal, y fea, con los andrajos poco limpios que llevaba puestos!

Así, de improviso, revelóse en Rosa ese sentimiento innato en las mujeres que, empezando por ser deseo de pulcritud, degenera frecuentemente en coquetería. De aquel sentimiento instintivo nació otro, mil veces peor; la envidia.

Ella hubiera querido tener aquel traje tan bonito, tan admirablemente adornado.

¿Por que no lo tenía ella, teniéndolo las demás? ¿No era ella una niña igual que las otras?

Lo que más le llamo la atención de todo lo que veía fué una gran muñeca que la envidiable niña llevaba. Rosa no pudo resistir á la tentación de curiosidad y se aproximó cuanto pudo, con objeto de contemplar de cerca tal maravilla. Su asombro no tuvo límites. ¡Si parecía la muñeca una persona de verdad! ¡Tenía cara, ojos, narices! ¡Que feliz debía de ser la dueña de tan inestimable juguete! Con los ojazos extremadamente abiertos, Rosa miraba á la niña y á la muñeca, y parecíanle tan lindas que no recordaba haber visto nunca maravilla semejante, ni en sueños. ¡Que diferencia entre la lujosa muñeca que contemplaba y su rebuño de trapo! Que diferencia entre la señorita y ella!.. Pero por que, vamos á ver, por que? Rosa, no sabiendo á que achacarlo, lo achaco á que la niña, causa de su admiración, debía tener madre, como ella la había tenido hacia tiempo y la volvería á tener... cuando volviera.

Yo no se como, pero el caso fué que la conversación empezó, y en aquel descanso de la escalera dio principio una amistad franca y pura; amistad de niños que nada saben de las intrincadas cuestiones de clases, y que se aman sin reservas de ningún genero.

Por fortuna para Rosa, Consuelo no conocía el orgullo, y esto fué causa de que el tierno corazón de la desheredada no trocarse la naciente envidia en tremendo odio. Al contrario, todo lo que pudiera haber sido mala pasión cedió paso á verdadera simpatía y vivísimo cariño, toda vez que Consuelo fué tan amable que hasta le permitió que jugase con la lujosa muñeca.

Desde que murió su madre, no recordaba haber experimentado una alegría parecida á la que sentía en aquel momento.

La afortunada Consuelo tuvo que ofrecer otra vez su juguete.

Rosa vacilo aun antes de atreverse á tocarla; temía que pudieran mancharse los finísimos encajes del precioso vestido al contacto de sus manos; pero tras largas vacilaciones vino la confianza: y la muñeca, en los brazos de la pobre niña, recibió infinitas manifestaciones deternura inmensa; ternura que se desbordaba del corazón de Rosa haciéndole sentir inefable placer.

La niña rica, contemplaba á Rosa atentamente, como no comprendiendo que se pudiese experimentar tanta alegría como aquella manifestaba solo por el hecho de poder tener en los brazos un juguete ajeno.

Consuelo le preguntó que si tenía muñeca. Rosa contesto que no, poniéndose muy encarnada. Parecióle ridículo confesar el mal gusto de haber tenido tanto tiempo por confidente un vil y asqueroso trapajo.

¿No era una vergüenza contar con tan insignificante y pobre entretenimiento?

El miedo al ridículo le hizo ocultar su debilidad infantil, porque en su viva imaginación de niña desgraciada se presentaba claramente la idea de que cuando se tiene lo superfino y es malo, más vale no tenerlo.

Entraron en el recibimiento de la casa de Consuelo para continuar jugando, y Rosa tuvo ocasión de admirar otros juguetes superiores á la encantadora muñeca. De natural bueno, la desheredada chica hizo prodigios de prudencia, temiendo disgustar su maravillosa amiga. Esto, unido al de bondad que la caracterizaba, hizo que Consuelo quedase prendada de ella, hasta el punto de exigirle que bajara todos los días.

Rosa subió á su habitación, que había dejado abierta, y al ver el muñeco de trapo que estaba sobre una silla, en un arranque de pueril indignación le arrojó al suelo, murmurando:

—¡Que feísimo es!

Y el pobre lío de trapo rodó, como ruedan las cosas que nos hastían, por buenas que nos hayan parecido en otro tiempo, y acabo por ser lanzado con fuerza por la ventana, tira de con todo el vigor de que era capaz su ingrata dueña.

Y por la noche, después de haber devorado la escasa cena que á fuerza de grandes apuros logro llevar Alberto, Rosa recibió el acostumbrado beso paternal, se acostó y durmióse profundamente, pensando en los bellos juguetes de Consuelo.

Y durante toda la noche le persiguió el recuerdo de la vecinita, con sus trajes adornados y sus caprichos satisfechos.

VI

La amistad naciente entre las dos niñas fué agrandando, siendo más franca y más tierna cada día. Rosa observaba una puntualidad rigurosa, anhelando siempre con todas las fuerzas de su alma que llegase la tarde.

Desde aquel día se aseo mas, lavándose mejor la cara y permaneciendo muy quieta cuando su padre la peinaba.

Quería poderse presentar á su amigi todo lo más limpia posible para evitar que aquella pudiese tener reparo en admitirla en su casa.

Y á sus solas, procuraba imitar los gestos de la niña del principal y los movimientos que á ella le parecieron más simpáticos.

La dulzura de Rosa y la melancólica expresión de su lindo rostro, la hizo simpática á la madre de Consuelo, bondadosa señora que tenía algo de santa.

Temerosa, no obstante de que su hija pudiera acostumbrarse á las malas costumbres que pudiera tener Rosa, procuro estudiar hasta sus menores movimientos para ver si por ellos deducía la clase de pájaro que se le había metido en casa.

Averiguo quien era Rosa y la situación en que vivía, y la compasión que experimento al saber la verdad, fué fecundo germen de tierno cariño, que le hizo sentir verdaderos deseos de proteger á aquella desgraciada. Viviendo con desahogo y no contando con más hija que Consuelo, bien podía, protegiendo á Rosa, dar á su hija compañera que bien educada llegaría á ser la más fiel servidora de la casa.

Me veo en la precisión de confesar que estas ideas de la madre de Consuelo eran inspiradas más por la caridad que por el egoísmo.

La señora mando recado á Alberto, rogándole que fuese á visitarla.

El pobre hombre vacilo, sin saber si presentarse ó no á aquella señora.

¿Para que podía necesitarle? ¿Que pretendería de el?

Por fin se hizo la reflexión de que teniendo tan poco que perder tenía más probabilidades de ganar.

Esto le hizo decidirse y después de cepillar SU raída ropa se decidió á ver lo que la señora quería.

Al entrar el desdichado en la casa vio en el recibimiento á Consuelo jugando con una gran muñeca, ante la cual se paro pensando en lo feliz que seria su pobre Rosa si pudiera tener otra igual.

La niña, que no conocía á Alberto, le contemplaba á distancia con verdadero asombro, no exento de temor, calculando que aquel hombre, que con tanta atención miraba su juguete, podría apoderarse de el y salir corriendo de la casa.

Por fin, entro Alberto en la habitación donde le esperaba la señora. La conversación, aunque llevada hábilmente por la madre de Consuelo, no dejo de torturar á Alberto.

Después de hablar de los sacrificios que imponen la educación de los hijos, la madre de Consuelo acabo por decir lo que pretendía.

Quería que Rosa quedase allí en la casa, para que sirviera de compañera á Consuelo.

Allí nada le faltaría y podía creer que seria querida y cuidada con mimo.

La proposición de que dejase allí á su Rosa, rodeada de lujo y de comodidades que el no podría darle nunca, aunque halago su amor paternal, no dejo por esto de desgarrarle el corazón. La señora le parecía buena, muy buena y hablaba con abrumadora lógica.

—Nada de enojosas prohibiciones,—había dicho;—usted podrá venir á verla siempre que quiera, que no pretendo yo robarle el cariño de su hija.

Alberto, conmovido, acabo por decir que lo pensaría; que no tenía fuerzas bastantes para decidirse; que agradecía con toda el alma tanta bondad y morosidad tanta...

Y subió la escalera cabizbajo, pensando en la conferencia que acababa de tener y sintiendo que el corazón se le hacía pedazos.

¡Oh, si, era mucho aquello de tener que entregar su hija á manos extrañas, pero ¿acaso él le daba lo indispensable?

Al llegar á su casa encontrose el pobre hombre con el desahucio: le daban veinticuatro horas de tiempo para desalojar el ya desalojado piso, que no había pagado en algunos meses.

Ni siquiera quiso pensar en la crueldad de aquel lanzamiento; después de todo el dueño de aquella casa había empleado un capital en hacerla, y tal vez obraba bien exigiendo á todo el mundo que pagase los alquileres.

El, Alberto, no satisfacía, ó mejor dicho, no debía satisfacer más que dieciocho pesetas al mes. Despertó á Rosa, la vistió cuidadosamente y espero hasta la tarde, pareciéndole aquellas horas tan breves como las horas de venturas de otro tiempo. Nuevamente sentó á la atolondrada niña sobre sus rodillas y la volvió á acariciar convulsivamente, apretándola con fuerza sobre su pecho hasta hacerle daño, como antes, y no era cosa de que un caballero que tenía mucho capital, perdiese aquellas pesetas mensuales.

Alberto tomó asiento en una de aquellas sillas modestísimas hartas de servir.

Llamó á si á Rosa y la sentó sobre sus rodillas, colmándola de caricias con tanta efusión, que la niña no recordaba haber sido acariciada por su padre de aquel modo. Alberto tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y lo consiguió á duras penas.

Después de cenar, Rosa se acostó quedando dormida al poco rato.

Alberto entro á contemplarla enardecido, y la tempestad de su corazón estalló entonces en amargos sollozos y en ardientes lágrimas.

Y arrodillado á la cabecera de la cama, llorando con suprema angustia mientras mordía históricamente su pañuelo vió llegar el día.

Despertó á Rosa, la vistió cuidadosamente y espero hasta la tarde, pareciéndole aquellas horas tan breves como las horas de venturas de otro tiempo. Nuevamente sentó á la atolondrada niña

sobre sus rodillas y la volvió á acariciar convulsivamente, apretándola con fuerza sobre su pecho hasta hacerle daño, como si quisiera confundirse con ella en un abrazo de inmensa ternura, de delirante cariño.

Luego bajo la escalera despacio muy despacio, y entro acompañado de Rosa en la casa, donde fué recibido en seguida.

Accedía á lo propuesto. Allí quedaba Rosa, la hija de su corazón, ¡para siempre! El, probablemente no la vería en mucho tiempo, porque ahora que la dejaba bien, emprendería un viaje largo para ver si mejoraba su fortuna.

Besó, un poder reprimir las lágrimas, la mano lo la señora; hizo algunas recomendaciones á la niña, y luego, cogiéndola en brazos estampo en su boca un beso largo, muy largo, casi interminable.

Salió ahogándose de amargura, pensando en su desgracia, en aquella desgracia que ni le consentía tener hijos.

Ya en la calle, se quedo contemplando la casa largo rato, y emprendió la marcha con las manos enlazadas á la espalda, que se estrechaban nerviosa y furiosamente, como se estrujarían enemigos mortales con animo de triturarse.

Y así se alejo, como la sombra de la desesperación, resuelto á emprender ese viaje largo y misterioso del que no se vuelve jamás...

VII

Rosa, buena siempre, ha llegado á ser una mujer feliz. Pero todas las noches se acuerda con trizteza de aquel hombre mal vestido que una vez cuando niña, la acaricio tan apasionadamente que le hizo daño.

Y sin saber la causa y sin que nadie la obligue, dedica á el todos los días un dulcisimo recuerdo.

Barcelona, Abril, 1902

FIN

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**